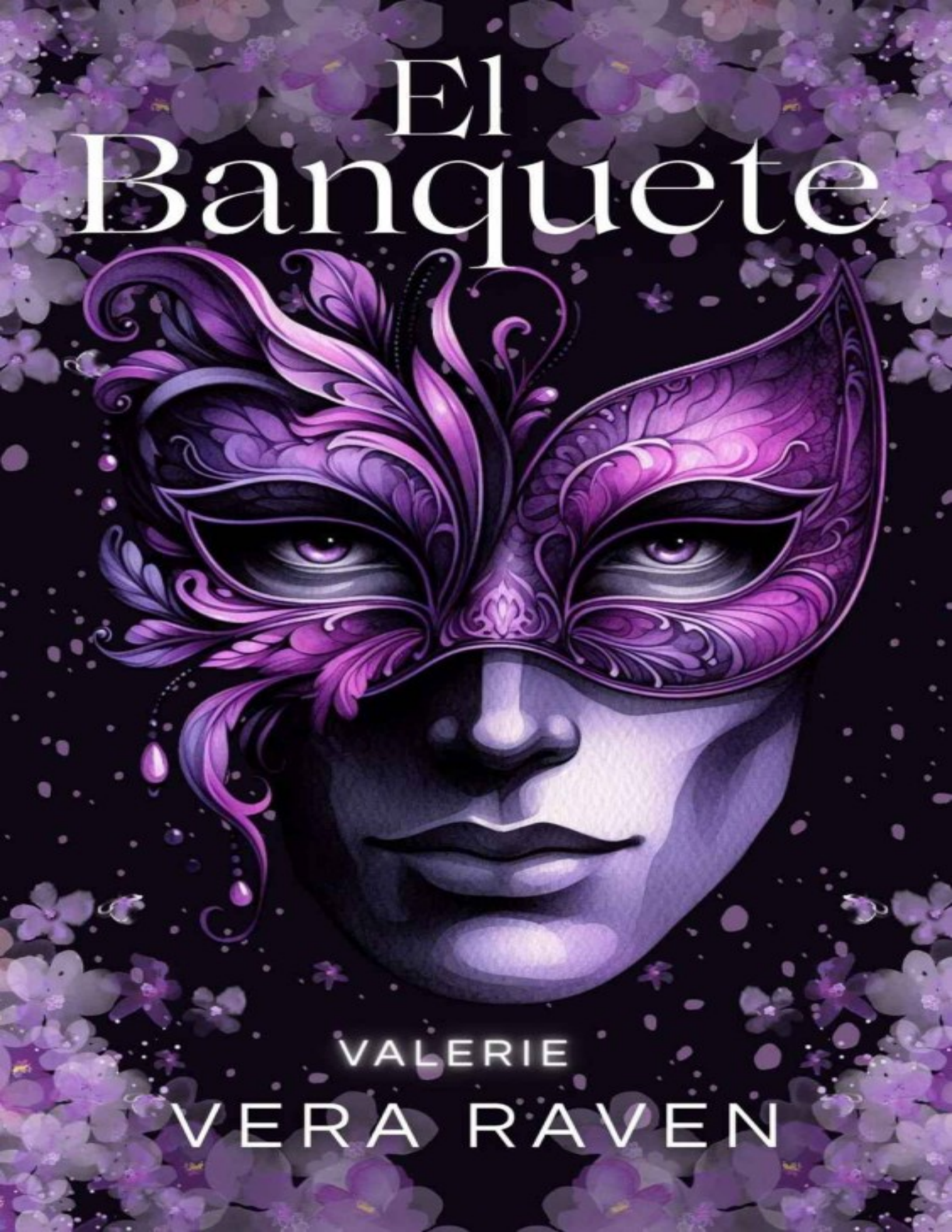
El Banquete



VALERIE

VERA RAVEN

El Banquete
(Valérie)

VERA RAVEN

Copyright © 2025 Vera Raven
Todos los derechos reservados.

Capítulo 1: El Juego Comienza

A veces pienso que fue un sueño colectivo. Que el vino era demasiado fuerte. Que las máscaras distorsionan los recuerdos.

Pero yo recuerdo sus dedos. Recuerdo cómo me partió en dos con una sola frase: "Arrodíllate".

Ahora camino por este campus como si alguien me vigilara. Porque yo sé lo que esconden los muros.

Lo que ocurre en El Banquete.

Sus manos me tienen inmovilizada contra la pared de terciopelo carmesí, el calor de su cuerpo atravesando mi camiseta. La máscara dorada oculta su rostro, pero reconozco esa presencia que me ha perseguido durante semanas. Sus dedos trazan mi clavícula con una precisión que me desarma.

—Valérie —susurra, y mi nombre en sus labios suena como una promesa y una amenaza—. ¿Sabes por cuánto tiempo he deseado tenerte así?

Mi corazón martillea contra mis costillas. Debería empujarlo, huir de esta sala secreta donde las reglas normales no existen. Pero cuando sus dedos rozan el borde de mi escote, un gemido traicionero escapa de mis labios.

—No sabes quién soy —añade, su voz distorsionada por el dispositivo, pero hay algo familiar en su tono que me eriza la piel—. Pero tu cuerpo me reconoce, ¿verdad?

Tiene razón. Cada célula de mi ser vibra con una electricidad peligrosa, como si hubiera estado esperando este momento sin saberlo.

—¿Quién eres? —logro susurrar.

Su risa es baja, íntima, y su máscara roza mi oreja.

—La pregunta real es: ¿estás lista para descubrirlo?

Tal vez no. Tal vez nunca lo esté, porque la posible respuesta me aterra y me emociona a partes iguales. Nunca debería haber entrado en este juego de identidades ocultas, de máscaras y una pasión tan desbordante que amenaza con calcinarme.

Pero ya es demasiado tarde. El juego ha comenzado, y yo soy la presa que ha caído voluntariamente en la trampa.

Capítulo 2: La Invitación del Diablo

—Joder, Valérie, deja de mirar a Marchand como si quisieras degollarlo —susurra Camille, siguiendo mi mirada hacia la mesa de los jugadores de rugby.

No puedo evitarlo. Léon Marchand está ahí, repantigado en su silla con esa arrogancia que me saca de quicio, rodeado de sus lacayos como un rey en su corte. Su risa resonando por encima del murmullo de conversaciones, esos ojos verdes que a veces se clavan en mí con una intensidad que me quema la piel.

—No le miro —miento, volviendo la atención a mi café frío.

—Claro, y yo soy virgen —replica Camille, su pelo rosa vibra bajo las luces fluorescentes de la cafetería mientras niega con la cabeza—. Lleváis dos años en esta guerra fría que tiene más tensión sexual que un concierto de k-pop.

Antes de que pueda protestar, noto algo extraño asomando en mi bolso. Un sobre negro que no estaba ahí esta mañana, pesado entre mis apuntes de Géneros periodísticos. Mi nombre está escrito en caligrafía dorada: Valérie Dupont.

La saco con el ceño fruncido.

—¿Es una carta de amor o una amenaza de muerte? —bromea Camille, pero su sonrisa se desvanece cuando ve mi expresión.

Abro el sobre con dedos temblorosos. Dentro hay una tarjeta negra con letras doradas, parece la invitación a una boda de la realeza.

El Banquete te espera. Descubre quién eres realmente cuando nadie mira. Sábado, 23:00. Las instrucciones llegarán el día del evento. Código de vestimenta: máscara obligatoria. Puedes traer a dos invitadas.

El aire se me escapa de los pulmones como si me hubieran dado un puñetazo.

—Joder —murmura Camille, leyendo por encima de mi hombro—. ¿El Banquete? ¿En serio?

El Banquete. La leyenda susurrada en los pasillos de la Sorbona, el evento más exclusivo y secreto de la élite universitaria. Máscaras, juegos de poder, y según los rumores, mucho más que copas de champán.

—Es una broma —digo, pero mi voz suena insegura incluso para mí.

—¿Una broma? —Camille me arranca la invitación de la mano para examinarla más de cerca, sus ojos verdes brillando con emoción—. Esto es real. Alguien te ha elegido.

Sus palabras me provocan un escalofrío que baja directo a mi estómago. Alguien te ha elegido. ¿Pero quién? ¿Y por qué yo, la chica de la beca que se gana la vida escribiendo artículos incendiarios contra la élite universitaria?

Entonces siento su mirada. Léon Marchand me observa desde su mesa, sus ojos verdes clavados en mí con una intensidad que me paraliza. Por un segundo, su máscara de indiferencia se resquebraja, mostrando algo crudo, primitivo. Como si supiera exactamente que tengo la invitación a una orgía de lujo entre en las manos. Tal vez lo sabe. Tal vez él ha recibido una igual.

El aire entre nosotros se carga de electricidad, y tengo que aferrarme al borde de la mesa para no temblar.

Un instante después, él aparta la mirada, fingiendo indiferencia, pero veo cómo sus nudillos se blanquean alrededor de su botella de agua.

—Dime que vamos a ir —insiste Camille, pero su voz suena lejana.

Porque de repente lo entiendo todo. Esta invitación no es casualidad. Es una declaración de guerra.

Capítulo 3: El Enemigo que Deseo

He estado evitando a Léon durante dos días, pero el destino, o mi maldita mala suerte, conspira contra mí. Lo encuentro en mi rincón favorito de la biblioteca, el que reservo para escribir mis artículos más vehementes. Está sentado en MI silla, leyendo MI libro de Sociología Crítica.

—¿Qué coño haces aquí? —espeto, dejando caer mis libros en la mesa con más fuerza de la necesaria.

Él levanta la vista lentamente, esos ojos verdes recorriéndome de arriba abajo de una manera que debería molestarme pero que, en cambio, enciende algo traicionero en mi bajo vientre.

—Estudiando —dice con esa voz grave que odio admitir que me afecta—. ¿O este rincón también es territorio exclusivo de la princesa rebelde?

Princesa rebelde. Su apodo para mí desde aquella noche en el Paláis Garnier, cuando todo cambió entre nosotros.

—Devuélveme mi libro —exijo, extendiendo la mano.

En lugar de dármelo, se recuesta en la silla, estudiándome con una intensidad que me pone nerviosa.

—¿Vas a ir? —pregunta de repente.

No hace falta que especifique a qué se refiere. El Banquete flota entre nosotros como un secreto cargado de peligro.

—No sé de qué hablas —miento, pero mi voz tiembla.

Su sonrisa es pura depredación.

—Claro que lo sabes. La pregunta es: ¿tienes las agallas para presentarte?

Se levanta bruscamente, y tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para sostener su mirada. Está tan cerca que puedo oler su perfume, amaderado, especiado, delicioso, y una parte primitiva de mí quiere acortar esa distancia hasta que no quede espacio entre nosotros.

—Cuidado, Valérie —susurra, inclinándose hasta que su aliento acaricia mi oreja—. Algunos juegos son más peligrosos de lo que parecen.

Sus dedos rozan mi mano al pasar, un toque tan ligero que podría ser accidental, pero la electricidad que se dispara por mi piel me dice lo contrario.

Se aleja, dejándome temblando y furiosa a partes iguales.

Ignorar a Léon nunca ha sido fácil. No desde aquella noche antes de que fuéramos enemigos.

Fue en una gala benéfica en el Paláis Garnier, una jaula de cristal llena de riqueza y falsedad. Yo estaba ahí por la beca, con un vestido de segunda mano. Él, porque los Marchand nunca faltan a un evento donde puedan recordar a París que son intocables, con un esmoquin que valía más que mi alquiler de un año.

Huí a la terraza, buscando silencio. El aire nocturno olía a lluvia reciente, y las luces de la ciudad brillaban como estrellas caídas. Apoyé las manos en la barandilla fría, respirando libre por primera vez esa noche.

Hasta que él apareció.

Léon se acercó con la gracia perezosa de un depredador que sabe que es lo más peligroso de la sala. Su esmoquin negro le quedaba como una segunda piel, y su cabello castaño claro captaba destellos dorados bajo los faroles. Sostenía una copa de champán con descuido, girándola entre dedos largos, de pianista o quizás de asesino.

Pero sus ojos eran el verdadero peligro. El verde jade de una piedra preciosa, afilados y directos. Se clavaron en los míos, y por un momento, olvidé que toda una ciudad respiraba a mi espalda.

—Tienes pinta de no querer estar aquí —dijo, su voz grave, burlona, apoyándose en la barandilla con una calma estudiada.

—Y tú de estar demasiado cómodo —repliqué, sosteniendo su mirada.

—¿Encantador o pretencioso? —Su sonrisa era puro desafío.

—Pretencioso —respondí sin dudar—. Pero te doy puntos por intentarlo.

Se rio, una risa real, no la pulida que esperaba. Por un segundo, vi más allá de su fachada de niño rico, algo crudo, sin filtros. Intercambiamos pullas, las palabras como chispas. Su perfume, una representación perfecta del pecado, me envolvió mientras se acercaba para retirar un confeti extraviado de mi pelo. Sus dedos rozaron mi mejilla, dejando un rastro de calor.

El aire se cargó, vibrando con algo que ninguno podía nombrar. Éramos demasiado parecidos: tajantes, tercos, atraídos por la pelea. Me gustaba que no cediera. A él le gustaba que yo no me achatara.

Y entonces lo estropeé todo.

Mi columna en el periódico universitario no iba dirigida a él, no directamente. Escribí sobre las becas deportivas, cómo los atletas de élite, como él, recibían tratos de favor: exámenes flexibles, tutores personales, profesores que hacían la vista gorda. Lo llamé privilegio.

El equipo de rugby estalló. Correos furiosos, historias en Instagram, un hilo en Twitter lleno de "sacrificios" que yo nunca entendería.

Léon me encontró primero, acorralándome en un pasillo, su voz tensa por la rabia contenida.

—¿Ahora eres experta en beca deportivas? —espetó, sus ojos verdes ardiendo.

—No hace falta serlo para ver lo evidente —dije, sin retroceder.

—¿Evidente? —repitió, con una sonrisa que no era tal—. No tienes ni idea de lo que hablas.

—¿Por qué te molesta tanto? —Él ni siquiera necesitaba esas becas; su familia estaba forrada—. ¿Porque es verdad o porque te viste reflejado en el artículo?

Su rostro se ensombreció, un destello de algo herido cruzando sus ojos antes de desvanecerse.

—Crees que mi vida es perfecta, ¿no? —Su voz era hielo—. Típico de alguien que juzga sin saber nada.

Se alejó, pero no lo dejó pasar. De alguna forma, convirtió mi artículo en un escándalo, azuzando al equipo, alimentando la

narrativa de que yo atacaba sus “sacrificios”. Mi nombre se volvió un chiste.

Desde entonces, es una guerra. Nos atacamos en público, nos ignoramos en privado. Pero cada vez que nuestras miradas se cruzan, no es solo odio. Hay algo más, algo que quema más fuerte, y eso nos enfurece a los dos.

Capítulo 4: Secretos en las Sombras

—Necesito respuestas sobre el Banquete —anuncio, irrumpiendo en el apartamento de Nathalie como un huracán de determinación y nervios.

Camille, que me ha seguido hasta aquí porque no quiere perderse ni un detalle de lo que hablemos sobre el Banquete, se deja caer como una princesa en su trono en el sillón de Nathalie.

Nuestra amiga nos mira desde el sofá donde está pintándose las uñas de un rojo intenso. Está envuelta en una bata de seda verde con bordados dorados de elefantas y flores de loto, porque es una hippy pija.

—¿Y crees que yo tengo un manual secreto? —pregunta Nathalie, arqueando una ceja.

—Conoces a Paul Vigneron —explico—. Y él sabe cosas.

Paul Vigneron, el aristócrata decadente que colecciona secretos como otros coleccionan sellos. Si alguien puede darme respuestas sobre el Banquete, es él.

—Paul es peligroso, Val —me advierte Nathalie, pero hay algo en su tono que me dice que ella también siente curiosidad—. No es de los que comparten información gratis.

—Entonces tendré que pagar su precio —murmuro, aunque no estoy segura de estar preparada para lo que podría pedirme.

Nathalie deja el esmalte y me mira seriamente.

—¿Estás segura de que quieres meterte en esto? El Banquete no es solo una fiesta exclusiva. Es... intenso.

—¿Cómo de intenso?

Se muerde el labio, dudando.

—Mi prima fue una vez. Hace dos años. Volvió... cambiada. No habla de esa noche, pero a veces la veo tocándose una cicatriz en la muñeca, como si fuera un recordatorio de algo.

Un escalofrío me recorre la espalda, pero también siento una curiosidad morbosa que me aterra.

—¿Qué tipo de cicatriz?

—Forma de llama —susurra Nathalie—. Pequeña, pero perfecta. Como una marca.

El aire se vuelve denso entre nosotras. Una marca. ¿Marcan a los participantes del Banquete? ¿Como ganado? ¿O como trofeos?

—Ni idea, tal vez solo se cortó con un vaso roto —dice Nathalie, pero su voz carece de convicción—. Aún podemos echarnos atrás.

—Ni hablar, esto es lo más interesante que nos ha pasado este año —interviene Camille, haciendo un puchero.

Ella siempre se lo toma todo a la ligera, hasta una orgía donde la gente sale extraña y con cicatrices.

—Necesito saber quién me invitó y por qué —declaro con más firmeza de la que siento.

Tengo la terrible sospecha de que ya sé la respuesta. Esos ojos verdes que me persiguen en sueños, esa voz grave que pronuncia mi nombre como una caricia prohibida.

Léon Marchand me ha elegido. La pregunta es: ¿para qué?

Capítulo 5: El Precio de la Verdad

Paul Vigneron, aristócrata decadente, heredero de una dinastía vinícola, coleccionista de relojes antiguos y corazones rotos. Sus ojos castaños, cansados, me siguen a veces, provocándome escalofríos.

Lo encontramos en la biblioteca, solo junto a una ventana, con Las Flores del Mal abierto ante él y envuelto en el halo dorado del atardecer. Cierra el libro lentamente al acercarnos.

—Mademoiselle Dupont —ronronea, su voz como terciopelo—. Qué placer inesperado.

Su mirada pasa por Camille y vuelve a mí, cargada de intención.

—Necesito respuestas —digo, sentándome frente a él. Coloco la tarjeta entre nosotros—. Sobre esto.

No muestra sorpresa, pero sus ojos cambian: reconocimiento, luego algo más oscuro. ¿Envidia? ¿Deseo? No estoy segura.

—¿Dónde la conseguiste? —pregunta, su voz perdiendo por primera vez ese tono condescendiente.

—La pregunta es por qué la tengo —corrijo, sosteniendo su mirada—. ¿Quién está detrás?

Paul extiende una mano, sus dedos pálidos rozando la tarjeta como si fuera piel.

Contengo el aliento.

—El Banquete —dice, limpiándose los labios con deliberada lentitud— no es solo una fiesta. Es un ritual de iniciación.

—¿Iniciación a qué?

—A un mundo donde las reglas normales no existen. Donde el poder se ejerce de maneras... creativas.

—Basta de acertijos, Paul —interrumpe Camille, impaciente—. ¿Quién envía estas invitaciones?

Una sonrisa lenta curva sus labios.

—Los organizadores eligen cuidadosamente a sus invitados. No por dinero o apellido, sino por potencial. Buscan almas que puedan transformar.

—¿Transformar cómo?

—Despojándolas de sus inhibiciones, sus miedos, sus límites autoimpuestos —sus ojos brillan con un conocimiento oscuro—. El Banquete es donde descubres quién eres realmente cuando nadie te está juzgando.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Has ido?

—Una vez —admite—. Cambió mi vida por completo.

—¿Y la marca? ¿La llama?

Su expresión se oscurece ligeramente.

—Es... voluntaria. Para aquellos que quieren recordar la experiencia para siempre.

Se levanta, dejando la invitación en la mesa.

—Una última cosa, Valérie —dice, inclinándose para susurrar en mi oído—. Si decides ir, prepárate para enfrentar tus deseos más oscuros. Porque el Banquete tiene una manera de sacarlos a la superficie.

Capítulo 6: La Tentación Llega a Casa

Estoy en ropa interior frente al armario, intentando decidir qué ponerme para una noche que podría cambiar mi vida para siempre, cuando suena el timbre.

No espero a nadie.

Abro la puerta con una bata puesta y me encuentro con un mensajero que me entrega una caja negra elegante sin decir palabra. Cuando vuelvo a mirar, ya se ha ido.

Dentro de la caja hay un vestido que me roba el aliento. Seda negra que fluye como agua, con un escote favorecedor. Junto a él, unos zapatos Louboutin que no quiero ni pensar cuánto valen, y una nota en papel caro:

"Esta noche, pisa fuerte, Valérie. Lo suficiente para destrozarme el corazón del todo."

Mis manos tiemblan mientras toco la seda. Es exquisita, obviamente hecha a medida para mí. Alguien conoce mis medidas exactas, mis gustos, mi talla de zapatos. Me ha estado observando, estudiando, preparándose para esta noche.

El teléfono suena. Un número desconocido.

—¿Diga?

—¿Te gusta el vestido? —su voz suena forzadamente rasposa, pero hay algo familiar en el tono que me eriza la piel.

—¿Quién eres?

—Esta noche lo descubrirás. Póntelo, Valérie. Quiero verte radiante cuando finalmente seas mía.

La línea se corta, dejándome con el corazón acelerado y una excitación traicionera creciendo entre mis piernas.

Me pongo el vestido. Se ajusta a mi cuerpo como si hubiera sido creado específicamente para mí, acentuando cada curva, haciendo que me sienta poderosa y vulnerable a la vez. Los zapatos añaden una altura que cambia completamente mi postura y mi actitud.

Me miro en el espejo y veo a una extraña. Una mujer capaz de cualquier cosa, dispuesta a todo.

El timbre vuelve a sonar. Esta vez es Camille, que se queda boquiabierta al verme.

—Joder, Val. Estás... increíble.

—¿Demasiado?

—Para lo que vamos a hacer esta noche es perfecto.

Camille lleva un vestido rojo que abraza su cuerpo como una segunda piel, y Nathalie, que llega cinco minutos después, está espectacular en azul medianoche.

—¿Estamos listas para esto? —pregunta Nathalie, pero su voz tiembla ligeramente.

—No —admito—. Pero vamos a hacerlo de todas formas.

Capítulo 7: El Umbral del Deseo

La mansión donde se celebra el Banquete es un templo de decadencia y poder. Ventanas góticas que brillan con luz dorada, jardines perfectamente cuidados, y la sensación de que secretos milenarios habitan entre sus muros.

La entrada está custodiada por hombres de negro que revisan invitaciones con la eficiencia de guardaespaldas profesionales.

Cuando llega nuestro turno, el guardia me mira durante demasiado tiempo.

—Señorita Dupont —dice, como si me estuviera esperando—. Bienvenida.

El interior es aún más impresionante. Mármol, terciopelo, candelabros de cristal, y una multitud de personas hermosas envueltas en seda y secretos. Todos llevan máscaras elaboradas, convirtiendo la reunión en un baile de disfraces para adultos.

—Esto es surrealista —murmura Nathalie, aferrándose a mi brazo.

—Es perfecto. —Los ojos de Camille brillan con excitación.

Nos mezclamos con la multitud, aceptando copas de champán de camareros silenciosos. El ambiente es eléctrico, cargado de promesas no dichas y deseos contenidos. Parejas se susurran secretos al oído, manos rozan piel desnuda con casualidad estudiada, miradas se sostienen durante demasiado tiempo.

Es entonces cuando le veo.

Un hombre con máscara dorada que destaca entre la multitud como una llama en la oscuridad. Está apoyado contra una columna de mármol, observándome con una intensidad que me quema la piel incluso a distancia. Su esmoquin está hecho a medida, su postura es de poder absoluto, pero es su presencia lo que me paraliza.

—¿Quién es ese? —pregunta Camille, siguiendo mi mirada.

—Problemas —susurro, incapaz de apartar los ojos.

Él se endereza, moviéndose hacia nosotras con la gracia letal de un depredador. Mi respiración se acelera, mi corazón martilla contra mis costillas.

Cuando se detiene frente a mí, el resto del mundo se desvanece.

—Valérie —dice, y mi nombre en sus labios suena como una caricia prohibida. Parece estar forzando su voz para que suene rasposa, como si hubiera estado en un incendio y el humo le hubiera herido las cuerdas vocales.

—¿Nos conocemos? —pregunto, aunque mi voz tiembla.

Su sonrisa es pura depredación.

—Mejor de lo que crees —murmura, extendiendo su mano—. ¿Bailas?

No es realmente una pregunta. Sus dedos envuelven los míos, y me guía hacia la pista de baile antes de que pueda protestar.

Su mano en mi cintura me quema a través de la seda del vestido, y cuando me acerca a su cuerpo, siento cada músculo duro, cada línea de poder contenido.

—¿Por qué yo? —susurro mientras nos movemos al ritmo de una música que parece venir de otro mundo.

—Porque desde la primera vez que te vi, supe que eras mía —su voz es baja, íntima, cargada de promesas oscuras—. Solo tenía que esperar el momento adecuado para reclamarte.

Sus palabras me provocan un escalofrío que baja directo entre mis piernas. Esto es peligroso, más peligroso que cualquier artículo que haya escrito, que cualquier línea que haya cruzado.

—No soy de nadie —protesto, pero mi voz carece de convicción.

—Esta noche lo serás —susurra contra mi oído—. Esta noche descubrirás a qué saben todos esos deseos que has estado negándote a ti misma.

La música cambia, volviéndose más lenta y seductora. Su cuerpo se pega al mío, y puedo sentir su excitación a través de la tela de su pantalón. Mi respiración se vuelve irregular, y un cosquilleo intenso ataca mi vientre.

—El verdadero Banquete comienza a medianoche —me informa, sus labios rozando mi cuello—. Solo los elegidos pasan a la siguiente fase.

—¿Y si no quiero ser elegida?

Su risa es baja y arrogante.

—Tu cuerpo ya me ha dado su respuesta, Valérie. Estás tan excitada que puedo olerlo.

Sus palabras brutalmente honestas me roban el aliento. Tiene razón, y odio que tenga razón.

—Bastardo —susurro.

—Completamente —acepta, girándome hasta que mi espalda queda contra su pecho—. Y esta noche, vas a descubrir lo mucho que te gusta eso.

Capítulo 8: Máscaras y Promesas Rotas

El aire está cargado de incienso y promesas que nadie piensa cumplir. Regreso con mis amigas, esquivando sus preguntas con la excusa de buscar otra copa. Mi corazón aún late desbocado por el encuentro con el hombre de la máscara dorada, sus palabras "Desde la primera vez que te vi, supe que eras mía " quemándome como un tatuaje invisible.

Camille y Nathalie están junto a una columna, sus máscaras reluciendo bajo los candelabros.

—¿Otra copa? —bromea Nathalie, alzando su propia bebida—. Vas a necesitar un hígado nuevo, Val.

—O morfina —respondo, forzando una sonrisa. Pero mi atención se desvía hacia Camille, que está rígida, mirando fijamente a un hombre al otro lado de la sala.

Es alto, elegante, con un esmoquin que parece cosido a su cuerpo. Su máscara plateada cubre solo la mitad de su rostro, dejando a la vista una mandíbula marcada y unos labios que se curvan con una mezcla de arrogancia y desdén. Algo en su postura, en cómo inclina la cabeza, hace que Camille contenga el aliento.

—Es él —susurra, más para sí misma que para nosotras—. Adrien Beaumont.

—¿Tu profesor de económicas? —pregunto, frunciendo el ceño. Adrien Beaumont, el académico de treinta y pocos años que imparte clases con una intensidad que hace que las alumnas suspiren y los chicos se sientan pequeños. Nunca lo he tenido, pero su reputación lo precede: brillante, guapo a rabiar, distante, con un magnetismo que hace orbitar a la gente a su alrededor.

—No estoy segura —admite Camille, mordiéndose el labio—. Pero esa forma de moverse... Es él. Tiene que serlo.

Antes de que podamos detenerla, Camille se separa de nosotras, su andar felino atrayendo miradas. Se detiene frente al

hombre de la máscara plateada, inclinando la cabeza con esa mezcla de desafío y seducción que solo ella domina.

—Señor Beaumont —dice en un ronroneo—. No esperaba verlo en un lugar como este.

El hombre la observa, sus ojos oscuros brillando tras la máscara. Hay un destello de reconocimiento, pero su expresión se endurece, fría como el mármol.

—Estás equivocada —responde en tono seco y cortante—. No me conoces.

Camille parpadea, desconcertada, pero no retrocede. Se acerca más, dejando que su mano roce el brazo de él, un gesto calculado.

—¿Seguro? Porque juraría que he pasado horas memorizando esa voz en tus clases. —Su sonrisa es un caramelo a la espera de ser comido—. ¿O aquí jugamos a ser desconocidos?

El hombre tensa la mandíbula, y aunque no se aparta, su mirada la atraviesa como si fuera un inconveniente.

—No estoy aquí para juegos de estudiantes, pequeña. Vuelve con tus amigas.

El rechazo es un latigazo. Los ojos de Camille destellan con furia y humillación, pero su sonrisa no vacila.

—Qué aburrido —dice, encogiéndose de hombros con una despreocupación fingida—. Pensé que tendrías más... imaginación.

Se gira, el vestido rojo ondeando como una bandera de guerra, y regresa hacia nosotras. Pero antes de alcanzarnos, un hombre se interpone en su camino. Es alto, con una máscara mínima que apenas cubre sus ojos, una mandíbula cuadrada y una sonrisa que promete problemas. Su traje negro se ajusta a un cuerpo que grita peligro.

—Debe estar loco—dice, su voz baja, divertida.

Camille lo evalúa, entrecerrando los ojos. Luego, con una mirada rápida hacia Adrien, que sigue observándola imperturbable desde la distancia, decide jugar. Se acerca al desconocido, posando una mano en su bíceps con una audacia que hace que Nathalie me apriete el brazo.

—Supongo que le confundí con alguien que no es —declara Camille, su voz cargada de desafío—. Estoy buscando a alguien que no tenga miedo de divertirse. ¿Cómo te reservo?

El hombre ríe, un sonido grave que resuena en el espacio entre ellos.

—Aquí escogemos nosotros —susurra, inclinándose hasta que su aliento roza su oreja—. Y me gusta tu oferta.

Camille tiembla, y no estoy segura si es de placer o de arrepentimiento. Sus ojos buscan a Adrien de nuevo, como si esperara una reacción, pero él sigue inmóvil, su expresión indescifrable tras la máscara oscura. La rabia en Camille se intensifica, y se pega más al desconocido, dejando que su mano suba por su pecho.

—Entonces elige rápido —dice, provocativa—. No me gusta esperar.

Nathalie y yo nos miramos, alertas. Este tipo tiene un aire peligroso que no me gusta nada. Mi instinto periodístico grita, y el ambiente se vuelve más denso, como si la sala supiera que algo está a punto de romperse.

Pasan unos momentos, durante los cuales Camille y el desconocido tontean, y Nathalie y yo los observamos incómodas e intercambiamos miradas con su amigo.

De repente, un guardia aparece, discreto pero firme, su uniforme negro fundiéndose con las sombras.

—Señorita, debe irse —le dice a Camille en tono plano.

Camille parpadea, aun tocando al desconocido.

—¿Qué? —Su mano cae, incrédula.

—Las reglas. No puede quedarse —insiste el guardia, dando un paso hacia ella.

—¿Qué reglas? —espeta Camille, retrocediendo, su voz temblando de indignación—. ¡Nadie me dijo nada de reglas!

Sin respuesta, otro guardia se materializa, sujetándola por los brazos con una firmeza que no admite discusión.

—¡Suéltame! —grita, forcejeando, su pelo rosa cayendo en mechones desordenados—. ¡No me voy!

El hombre al que provocó avanza, tenso, como si quisiera intervenir.

—¿Qué coño hacéis? Dejadla en paz —suelta, pero un guardia lo empuja, forzándolo a retroceder.

—¿Qué pasa? —exijo, intentando acercarme, pero su amigo se interpone, bloqueándome el paso.

—Tranquila, lo resolverá —me asegura con una sonrisa falsa.

—Mierda —murmura Nathalie, apretándome el brazo, sus ojos buscando patrones en la multitud, como si pudiera descifrar el caos.

Intento avanzar, pero otro tipo, con una máscara que apenas cubre sus ojos, me rodea la cintura. Le aparto la mano con un manotazo que resuena, y me recuerda a aquella noche en primero cuando empujé a un borracho por Nathalie y Léon, sorprendentemente, me respaldó.

—Paciencia —me sugiere el tipo—. No querrás que te echen a ti también.

Nos están distrayendo.

Nathalie me arrastra hacia atrás, mientras busco desesperadamente el pelo rosa de Camille en la multitud. La sala es un laberinto de sombras y recovecos, máscaras reluciendo como ojos hambrientos. Camille ha desaparecido, engullida por el Banquete, y sus protestas aún resuenan en mis oídos.

Miro hacia donde estaba Adrien Beaumont. Sigue ahí, inmóvil, su máscara plateada brillando bajo la luz. Pero ahora, sus ojos están fijos en un pasillo oscuro, que me hace sospechar que es hacia donde se han llevado a Camille. Veo un destello de algo en su mirada sombría. Culpa, deseo, o tal vez ambos, antes de que se gire y se pierda entre la multitud.

Capítulo 9: Maestro de marionetas

Camille está en algún rincón de esta mansión, arrastrada por matones con máscaras y reglas que no entendemos. No sé quién la sacó ni por qué, pero no pienso dejarla colgada. Mi pulso martillea, una mezcla de rabia y adrenalina que me empuja a moverme. Sobre todo, cuando veo que he perdido a Nathalie de vista.

Giro la cabeza y la veo asomada a la puerta de un balcón, la luna recortando su silueta como un pájaro atrapado.

—Nathalie —la llamo con urgencia. Ella se gira, el alivio en su rostro evidente—. Creo que se la han llevado por ese pasillo.

Asiente, sin preguntas, y cruzamos la multitud. La fiesta es una fachada de elegancia: risas suaves, copas tintineando, susurros que esconden cuchillos. Todo parece normal, pero ahora sé que alguien mueve los hilos, y Camille es su primera jugada.

Nos colamos por el pasillo lateral hacia el que miraba Adrien Beaumont, es mi única pista. Las sombras se tragan la luz y la música del salón se apaga. El aire aquí es cálido, almizclado, cargado de gemidos que se filtran por puertas entreabiertas. Mi piel se eriza. Ignoro el calor en mi nuca y sigo adelante. No hay tiempo para distracciones.

—Este lugar se siente más como una trampa que una fiesta —susurra Nathalie, apretando sus dedos alrededor de mi muñeca.

—Dímelo a mí —respondo, manteniendo la voz baja. Los móviles están prohibidos, regla número uno del Banquete, así que no podemos llamar a Camille.

Doblamos una esquina y nos topamos con un pasillo largo, vacío, salvo por un guardia junto a una puerta cerrada. Es alto, de hombros anchos, su traje negro impecable. Sus ojos fríos nos evalúan.

Voy a preguntarle por Camille cuando se me adelanta para regañarnos.

—No pueden estar aquí. —Tiene un acento que no ubico. Del este, tal vez.

Nathalie intenta su truco, inclinándose para que su escote haga el trabajo.

—¿Ni un poquito? —pregunta, su tono meloso, un rizo cayendo sobre su hombro.

El guardia no parpadea.

—Vuelvan al salón. Ahora.

—Mierda —murmuro, buscando una grieta, un plan. Pero entonces lo siento: esa mirada que quema como un hierro al rojo. Giro la cabeza por instinto, y ahí está.

En el otro extremo del pasillo, medio oculto en la penumbra. Máscara dorada, esmoquin que abraza un cuerpo letal, postura relajada pero peligrosa, como un depredador que no necesita moverse para cazar. Sus ojos, invisibles a esta distancia, me atraviesan como una premonición, recorriendo mi cuello, mis labios, mi escote, dejando un rastro de fuego donde intuyo que se posan.

El mundo se desvanece. El guardia, Nathalie, el pasillo... Todo se reduce a él y a mí. Mi respiración se atasca, el tambor en mi pecho ensordecedor. No me muevo. Él tampoco. Es un duelo, un juego de quién cede primero. Y yo no cedo.

Doy un paso hacia él, lento, el vestido pegándose a mi piel, mis tacones resonando como un desafío. Pero un roce en mi hombro me saca del trance. Un grupo de chicas sale de una sala, riendo, chocando contra mí. Parpadeo, y cuando vuelvo a mirar... Ha desaparecido de nuevo.

Maldigo en silencio. El calor de mis mejillas y mi vientre amenazando con hacerme arder.

—¿Val? —Nathalie me toca el brazo, preocupada—. Estás roja.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre con un chasquido. El guardia se aparta, y ahí está Camille. Su vestido rojo está intacto, pero sus ojos están dilatados, brillantes, como si hubiera visto algo que la perturba. Se mueve con una lentitud deliberada, oliendo a un perfume dulce y embriagador que no llevaba antes. Masculino.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, corriendo hacia ella.

Camille suelta una risa seca, sus labios más rojos que nunca.

—Sigo aquí, y no pienso largarme, le joda a quien le joda —dice, y echa una mirada hacia la sala de la que acaba de emerger.

Nathalie y yo nos miramos, descolocadas.

—¿Cómo que sigo aquí? —exijo—. ¡Te arrastraron, Camille!

Ella levanta una mano, sus uñas brillando como dagas.

—Cometí el error de mencionar nombres. Pero ya está arreglado.

—¿Te han intentado echar por nombrar a tu profesor de económicas? —deduzco, frunciendo el ceño.

—Esa es la versión oficial —sisea, agarrándonos a ambas por los brazos y tirando de nosotras hacia el pasillo, lejos del guardia—. Vamos, nos vigilan.

—¿Quiénes? —pregunta Nathalie, con un ligero temblor en la voz.

Camille se detiene, su mirada puro hielo.

—Buena pregunta, chérie.

Volvemos al salón, la música sensual nos recibe como una caricia. Camille camina delante, su postura rígida, a punto de estallar. Nos plantamos en un rincón junto a una mesa de champán, las burbujas doradas hipnóticas bajo la luz.

—Explícate —suelto, cruzándome de brazos, el vestido tensándose contra mi piel.

Camille exhala, dudando. Eso me pone nerviosa. Ella nunca duda. Finalmente, baja la voz, obligándonos a acercarnos, nuestros cuerpos casi rozándose.

—Me llevaron a una sala oscura. Una silla, un hombre —susurra, su calma inquietante—. Máscara completa, de las que cubren toda la cara y sin detalles. Una túnica ceremonial. Olía a madera, cuero... y cítricos.

—¿Te tocó? —pregunto, un nudo en la garganta.

Niega con la cabeza, pero sus ojos brillan con un fuego febril.

—No exactamente. Dijo que podía quedarme, pero no pasar al siguiente nivel.

La amenaza me tensa los hombros.

—¿Qué más?

Camille imita una voz grave, distorsionada.

—No estás preparada para lo que hay detrás de esas puertas —. Un escalofrío la recorre—. Le dije que no decida por mí.

Por supuesto que lo hizo. Es Camille.

—¿Y luego? —insisto.

—Se rió. Dijo que me arrepentiría. Y entonces me dejaron salir.

Nathalie resopla, bebiendo champán como si fuera agua.

Hace unas horas, mi plan era de manual periodístico: infiltrarme en el Banquete, investigar quién me había enviado aquel vestido y zapatos de Cenicienta pervertida con la invitación, y desaparecer antes de que la noche se tornara demasiado turbia. Ahora, atrapadas por nuestra maldita curiosidad y tal vez instintos más bajos, estamos metidas hasta el cuello.

—De acuerdo —dice Nathalie, acariciando el borde de su copa —. Yo apuesto por Adrien Beaumont como el de la túnica.

Camille se cruza de brazos con una seguridad que me desconcierta. Sus dedos tamborilean sobre el encaje negro que cubre sus antebrazos.

—No es él —suelta, rotunda.

—¿Cómo estás tan segura? —pregunto, escaneando cada centímetro de su rostro. Hay algo que no nos ha contado.

Camille respira hondo, sus ojos recorren el salón antes de volver a nosotras.

—Porque Adrien no hubiera… —se detiene, pareciendo pensárselo mejor—. El tipo de la túnica fue... inquietante. No encaja con el serio señor Beaumont que conocemos.

Mi piel se eriza al imaginar lo que pudo ocurrir en aquella habitación.

—¿Entonces quién? —insisto, conteniendo el aliento por si suelta algún nombre que confirme mis sospechas.

Ella se encoge de hombros, y la luz dorada de las lámparas de araña se refleja en los mechones rosados de su melena.

—Ni zorra. Y no creo que lo pillemos tan fácilmente —dice, con una sonrisa que intenta aligerar el ambiente—. Esto no es Scary Movie, no va a llevar la túnica colgando del bolsillo del esmoquin.

Nathalie suelta una carcajada, mientras sigue con descaro la silueta de un par de hombres que pasan junto a nosotras. Sus trajes hechos a medida revelan cuerpos trabajados bajo la tela cara.

—Me ofrezco voluntaria para cachear a todos en busca de un distorsionador de voz —bromea, levantando su copa en un brindis imaginario—. ¿Quién quiere ser el primero?

—No es mal plan —admite Camille, chocando su copa contra la de Nathalie.

—Solo digo que el tipo te reconoció, Camille —insiste Nathalie, inclinándose hacia nosotras—. Eso significa que es alguien de nuestro círculo. Que el señor Beaumont parezca un hombre decente mientras imparte lecciones, no quiere decir que no le vaya las cosas turbias cuando se esconde tras una máscara.

—No veo a mi profesor capaz de intentar asustarme... con algo bastante subido de tono —confiesa finalmente, bajando la voz hasta convertirla en un susurro íntimo—. Como si quisiera mostrarme que lo que viene después no es para principiantes.

Un silencio cargado se instala entre nosotras. El barullo de la fiesta pasa a un segundo plano mientras procesamos sus palabras.

—Dijiste que no te tocó —le recuerda Nathalie, con el ceño fruncido.

—Y no lo hizo... al menos no directamente —responde Camille, y su sonrisa se vuelve un enigma que me inquieta y fascina a partes iguales.

—¿Cómo de subido de tono? —pregunto, inclinándome hacia ella, aunque dudo que nuestra conversación pueda escandalizar a estos ricachones con afición por los placeres prohibidos.

Camille ladea la cabeza. Sus pendientes largos acarician la curva de su cuello, y por un momento, sus ojos brillan con una intensidad que nunca le había visto.

—Digamos que usó lo único que tenía a mano —dice, enigmática—. Para mostrarme lo que podría pasarme si me quedaba para la segunda fase. El tipo de cosas que te hacen temblar, pero no precisamente de miedo.

Siento un calor inesperado subiendo por mi cuello.

—¿Y aun así quieres quedarte? —pregunto, con la voz más ronca de lo que pretendía.

Camille sonríe, salvaje.

—Ya sabes que nunca he sabido resistirme a lo prohibido —dice, levantando su copa—. Así que nos quedamos para la siguiente fase. Quiero ver hasta dónde llega todo esto.

—Ni de coña —suelto, aunque el pulso se me ha acelerado al imaginar qué podría ocurrir después de la medianoche—. Vamos a descubrir quién me invitó y a largarnos antes de que esto se convierta en Eyes Wide Shut.

Camille aparta la mirada sin comprometerse y Nathalie intercambia una mirada cargada de dudas entre las dos.

Mientras nos mezclamos en la multitud, siento esa mirada otra vez. Él está aquí, observándome. Y por mucho que lo niegue, una parte de mí espera que me encuentre. Que me arrastre al siguiente nivel, donde las máscaras caen y los secretos se pagan con piel.

Capítulo 10: Las reglas del banquete

Mi mirada se detiene en un tipo que me parece identificar como Paul Vigneron. Está apoyado contra una columna de mármol. Sostiene una copa en su mano derecha, pero apenas ha bebido. Sus ojos escanean constantemente el salón, como si esperara una señal. A unos metros, Adrien Beaumont charla con dos mujeres que no reconozco, pero su atención parece dividida. De vez en cuando, cruza miradas con Paul.

Hay una tensión palpable entre ellos, como un cable invisible que vibra.

Me acerco con movimientos calculados, fingiendo interés en una escultura cercana. Paul tamborilea con los dedos sobre su copa, un gesto nervioso que contradice su aparente calma. Adrien le dice algo al oído a una de las mujeres, y ella ríe, pero cuando Camille los mira, la sonrisa de Adrien se vuelve casi depredadora.

—Estás demasiado seria para una fiesta como esta —dice una voz grave a mi espalda, provocándome un escalofrío que baja por mi columna.

Me giro despacio, controlando mi expresión. Es un hombre alto, con un esmoquin azul medianoche que abraza su cuerpo con precisión milimétrica. Su máscara cubre todo su rostro, con un agujero oscuro donde debe estar la boca, es inquietante. Lo que sí puedo vislumbrar es el brillo de sus ojos. Ojos que me estudian como si fuera un espécimen bajo un microscopio.

—Solo estoy observando —respondo, forzando una sonrisa que espero parezca auténtica.

Sus ojos recorren mi cuerpo en un movimiento lento y deliberado. Me siento desnuda bajo su mirada, y odio la parte de mí que reacciona a esa intrusión.

—¿Buscas algo en particular? —pregunta, con un tono que finge simple curiosidad, pero esconde algo retorcido—. ¿O a alguien?

Le sostengo la mirada, negándome a retroceder, aunque mi instinto me grita que mantenga la distancia.

—Digamos que quiero entender cómo funciona este circo —respondo, manteniendo mi voz ligera mientras doy un pequeño sorbo a mi copa.

Él suelta una risa baja. Casi parece que se está riendo de mí.

—Las reglas son más simples de lo que crees —dice, inclinándose ligeramente hacia mí. Su perfume intenso invade mi espacio—. El Banquete tiene fases. La primera es esta: copas, miradas, el ritual del cortejo. Decidir quién te... intriga.

—¿Quién me intriga? —repito, arqueando una ceja y apartándome un poco de él.

—Intentaba ser sutil —dice. Su mano se acerca peligrosamente a mi cintura, sin llegar a tocarme—. La primera fase es para elegir. Y ser elegido.

—Vale. ¿Y la segunda? —pregunto directamente, resistiendo el impulso de alejarme.

Me parece intuir que su sonrisa se ensancha. Se inclina más, hasta que su aliento acaricia mi oído.

—Hay reglas, chérie. La primera es no hablar de la segunda fase —susurra—. Solo te diré que es la que le da nombre al evento.

—El Banquete —murmuro, sintiendo cómo la palabra adquiere un nuevo significado en mi boca.

—Exacto —confirma, y su voz se vuelve más profunda, casi íntima—. La pregunta no es quién hace las reglas. Es quién te ha elegido como su... cena.

Sus palabras caen sobre mí como hielo líquido, provocándome un escalofrío que no consigo disimular. Se aleja con una última mirada cargada de promesas oscuras, dejándome con los nervios de punta.

Mi mirada busca instintivamente entre la multitud, tratando de localizar al hombre de la máscara dorada. Si es el tipo que me ha invitado, como sospecho, ¿me ha elegido? ¿O es solo mi deseo traicionándome con fantasías que debería enterrar?

Encuentro a Camille y Nathalie en un rincón apartado, cerca de una de las salidas laterales. Sus rostros reflejan la misma

inquietud que siento yo.

—¿Alguna pista? —pregunta Camille, con la copa medio vacía. Espero que no haya bebido demasiado.

Les cuento lo de Paul y Adrien, la extraña dinámica que he observado entre ellos, y la perturbadora conversación con el hombre del esmoquin azul. Cada palabra que pronuncio parece hacer el aire más denso.

—Entonces lo de las copas y las charlas es como un casting para que elijan a su presa —resume Nathalie, bajando la voz hasta convertirla en un susurro tenso—. Suena a amenaza de secta.

—Lo sé —murmuro, y la imagen del hombre de la máscara dorada atraviesa mi mente como un relámpago. Mi corazón y mi cuerpo parecen estar en guerra: uno me grita que huya, y el otro... el otro quiere quedarse a descubrir qué ocurre cuando el espectáculo empieza.

—Yo también tengo algo —dice Camille, inclinándose hacia nosotras

—¿Qué has descubierto?

—He estado coqueteando con varios de ellos. Nada comprometedor, solo juegos de miradas y palabras con doble sentido —explica, bajando la voz hasta que apenas es audible—. Pero he notado un patrón en lo que dicen, en cómo me miran. Creo que una vez que entras en la segunda fase, la palabra "no" desaparece del vocabulario.

Mi estómago se contrae con una mezcla de repulsión y, para mi horror, un destello de curiosidad morbosa.

—¿Qué quieres decir con que desaparece? —me tiembla la voz al preguntarlo.

Camille me sostiene la mirada, y por primera vez en toda la noche, veo miedo real en sus ojos.

—Por cómo hablaban, cómo se referían a lo que viene después... Es como si una vez que aceptas participar, te sometes a sus reglas, sean las que sean.

Me cuesta respirar. De repente, entiendo el escalofrío que ha estado recorriendo mi espalda durante toda la noche. Esto no es

solo una fiesta exclusiva; es un terreno de caza donde las presas acceden voluntariamente a ser devoradas.

—Eso es completamente ilegal —suelto, con la voz quebrada por la indignación—. No es no, incluso en un nido de ricachones retorcidos.

Camille se encoge de hombros, pero hay una dureza en su mirada que nunca le había visto.

—Esa es la impresión que me he llevado. No sé si es tan literal como suena, pero... hay algo profundamente turbio en todo esto.

Abro la boca para replicar, aunque las palabras se me atascan en la garganta, cuando el ambiente cambia de manera drástica. Las luces se atenúan gradualmente hasta que el salón queda sumido en una penumbra íntima, rota solo por el resplandor de velas estratégicamente colocadas. La música, antes un murmullo de fondo, se transforma en un ritmo profundo, casi tribal, que reverbera en el pecho como un segundo corazón.

Los murmullos cesan. Las conversaciones se apagan. Incluso las respiraciones parecen contenerse.

Y entonces, una figura aparece en lo alto de la escalera principal.

Un hombre con una túnica plateada que fluye a su alrededor como sombras líquidas. La capucha cubre parcialmente su rostro, pero incluso desde la distancia puedo distinguir el brillo de una máscara completa bajo ella. Permanece inmóvil, como una estatua antigua que observa a sus adoradores.

El tiempo parece suspenderse. Mi respiración se congela en mis pulmones.

Todo lo que ha ocurrido hasta este instante: las copas, las miradas, los juegos de seducción, era solo el preludio.

El verdadero Banquete comienza ahora.

Y una parte de mí, la que debería estar aterrorizada, siente una anticipación que me recorre como electricidad bajo la piel.

Capítulo 11: La Selección

El hombre con túnica plateada y máscara a juego, irradia autoridad absoluta. La multitud se calla instantáneamente, como si su sola presencia hubiera detenido el tiempo.

No está solo. Detrás, en la escalera, emergen cinco figuras más, envueltas en túnicas a juego con sus máscaras que centellean bajo la luz de los candelabros. Parecen guardianes de un ritual que rezuma poder y peligro.

Mi piel se eriza, cada vello respondiendo a una amenaza primitiva que mi cerebro aún no comprende pero mi cuerpo ya anticipa.

Y entonces le veo. El hombre de la máscara dorada. Su esmoquin ha desaparecido bajo una túnica del mismo color oro, la capucha cubriendo parcialmente su rostro y la máscara que resplandece como un pecado recién pulido.

—Bienvenidos al Banquete —la voz del líder plateado, distorsionada por algún dispositivo, resuena por todo el salón—. Habéis sido invitados porque poseéis algo especial. Esta noche, algunos de vosotros descubriréis exactamente qué es.

Mi corazón se acelera. A mi lado, Nathalie me aprieta la mano.

—Solo los elegidos por nuestros anfitriones participarán en la ceremonia —continúa el hombre de plata—. El resto... bueno, esta noche termina aquí para vosotros.

Figuras con máscaras blancas se mueven entre la multitud, entregando sobres negros a invitados seleccionados. Siento un nudo en el estómago cuando uno se acerca a mí, extiende un sobre con una reverencia ceremoniosa.

Lo abro con dedos temblorosos. Dentro hay una sola palabra: Elegida.

Camille y Nathalie también reciben sobres. Somos las tres elegidas, lo cual me parece demasiada coincidencia.

—Los seleccionados, por favor, entrad por esa puerta —anuncia el hombre de plata.

Las puertas dobles al fondo del salón se abren, revelando un pasillo oscuro iluminado por antorchas. El aire que sale exhala aromas a cera y especias exóticas.

Soy una de las diez personas que se mueven hacia las puertas. Mi misterioso acompañante de la máscara dorada aparece a mi lado, tan silencioso como una sombra.

—¿Nervios? —pregunta con esa ronquera que parece intencionada para que no reconozca su voz.

—¿Debería tenerlos?

—Absolutamente —responde, y puedo oír la sonrisa en su tono—. Pero no te preocupes. Me aseguraré de que disfrutes cada segundo.

Cruzamos el umbral, y las puertas se cierran detrás con un golpe seco, como un clavo en un ataúd. Siento que dejo algo atrás, seguridad, sentido común, mi cordura, pero ya es tarde.

El pasillo es estrecho, con paredes de piedra que parecen absorber la luz. Al fondo, una mesa cubierta de documentos. Los papeles están alineados con una precisión casi ceremonial. La tinta negra brilla sobre el blanco inmaculado, como una advertencia escrita con elegancia.

Los invitados se acercan, uno a uno, y leen en silencio. Algunos firman sin pestañear, como si acabaran de aceptar una invitación a un club exclusivo. Otros se detienen. Dudosos. Intrigados. Casi temblando.

Camille se adelanta, coge una hoja y la escanea con los ojos mientras su boca se curva en una sonrisa torcida. Yo tomo una copia. Mis dedos tiemblan al desplegarla.

REGLAS DEL BANQUETE

Lo que veas aquí, muere aquí. Lo que sientas, te pertenece.

Los anfitriones llevan máscara. Los invitados deben mostrarse sin artificios.

Una vez que entres, no puedes marcharte hasta que te lo permitan.

Si un anfitrión te escoge, puedes enfrentarlo… o rendirte.

El deseo es la única regla. La sumisión, un juego. La elección, tuya.

El silencio posterior es parte del pacto.

Disfruta. O arriésgate a desear haberlo hecho.

Las palabras se clavan como garras suaves. No hay nada abiertamente amenazante. Nada represivo. Y sin embargo… lo insinúan todo.

—"Rendirse… o enfrentarse" —repito en voz baja, saboreando las palabras con el estómago encogido.

Nathalie lee por encima de mi hombro, frunciendo el ceño.

—¿Van en serio? —murmura con una mezcla de incredulidad y sarcasmo.

Camille no dice nada. Solo firma. Su mirada brilla con una mezcla de adrenalina y provocación.

—Esto es una fantasía cuidadosamente construida —dice al fin, devolviéndonos la pluma—. Un contrato sin fuerza legal, pero con todas las promesas del mundo. Es parte del espectáculo. Si no te tiemblan las piernas, no estás viva.

—Yo no firmo cosas con cláusulas tipo "la sumisión es un juego" —protesta Nathalie, mordiéndose el labio—. ¿Y si esto se nos va de las manos?

—¿Y si no? —responde Camille, como si acabara de aceptar un reto secreto.

Todas me miran, dejándome el peso de la decisión a mí. No soy capaz de irme a estas alturas. No mientras esa máscara dorada siga esperándome, entre sombras, con su voz que aún vibra en mis huesos.

Y entonces lo hago. Firmo.

No porque confíe. Sino porque quiero descubrir qué pasa cuando el deseo se mezcla con el miedo. Y quién se esconde tras la máscara que me reclama.

Nathalie nos mira como si fuéramos dos kamikazes. Suspira, coge la pluma y garabatea su firma, torpe pero válida, con un bufido que dice "me vais a meter en un lío".

El pasillo nos lleva a una habitación que me roba el aliento. Es como el salón de un castillo medieval, con techos abovedados, columnas de mármol negro, y una chimenea monumental que crepita proyectando sombras danzantes. Pero lo que domina la escena es la mesa: larga, majestuosa, cubierta por un mantel de seda negra que refleja las llamas como un espejo líquido.

Hay diez sillas alrededor de la mesa, cada una con ataduras de seda negra en los brazos y las patas.

—Bienvenidos al verdadero Banquete —dice el hombre de plata, apareciendo como por arte de magia en la cabecera de la mesa—. Aquí, las máscaras caen. Los deseos se liberan. Los límites se exploran.

Mi boca se seca completamente.

—Las reglas son simples —continúa—. Una vez que os sentéis, no podéis levantaros hasta que la ceremonia termine. Si un anfitrión os reclama, no podéis negaros. Vuestros placeres son nuestros, y los nuestros... bueno, pronto lo descubriréis.

Debería irme. Cada instinto de supervivencia me grita que corra. Pero cuando el hombre de la máscara dorada pone su mano en mi espalda baja, cuando siento su calor a través de la seda del vestido, toda razón abandona mi mente.

—Tu elección, Valérie —susurra en mi oído—. Pero si te quedas, no habrá vuelta atrás.

Miro a Camille, que ya se está dirigiendo hacia una silla con determinación temeraria. Nathalie me busca con la mirada, buscando una señal.

Tomo mi decisión.

Me siento en la silla que él me indica, sintiendo cómo la seda fría se ajusta alrededor de mis muñecas cuando los sirvientes me atan. No es doloroso, pero es definitivo. Estoy a su merced ahora.

—Buena chica —murmura, sus dedos acariciando mi mejilla con una ternura que contrasta con la situación—. Va a ser una noche que nunca olvidarás.

Después se marcha con el resto de anfitriones por una puerta lateral para dejarnos esperando, aplastados por el peso de expectación.

Capítulo 12: El Banquete

Somos diez en total: seis mujeres y cuatro hombres. Una pelirroja joven, apenas salida de la adolescencia, arruga el tejido de su vestido burdeos entre los dedos, con la mirada fija en el suelo y los labios temblando ligeramente. Una morena alta y esbelta, con aire de modelo internacional, examina la situación con una sonrisa calculadora que sugiere experiencia previa en estos círculos. Una mujer de piel oscura y brillante, enfundada en un vestido de satén azul medianoche, juega nerviosamente con uno de sus pendientes de diamantes, su rostro aparentemente sereno traicionado por el ritmo frenético de sus dedos.

Entre los hombres, dos parecen encantados con la situación: un rubio con aspecto aristocrático sonríe como si acabara de recibir la herencia familiar; un moreno con barba de tres días observa a la pelirroja con un interés depredador que me revuelve el estómago. Los otros dos muestran más cautela. Uno, de piel olivácea y rasgos angulosos, parece estar cuestionando cada decisión vital que lo ha llevado hasta este momento, sus ojos escrutando cada sombra como buscando trampas ocultas. El último, alto y atlético, con el pelo castaño artísticamente despeinado, es el único que parece tan fuera de lugar como yo me siento. Sus ojos recorren metódicamente la sala con una cautela profesional que me resulta familiar, como si estuviera memorizando cada detalle, cada salida, cada amenaza potencial.

Mi espalda se tensa instintivamente cuando un sirviente se aproxima a mí con pasos medidos. Sin pronunciar palabra, toma mis muñecas con delicadeza profesional y las ata a los elaborados brazos de la silla. La seda es exquisitamente suave, casi sensual contra mi piel, pero el nudo es inesperadamente firme. Demasiado firme para ser decorativo. Intento mover la mano experimentalmente, y el nudo resiste sin ceder un milímetro. Mi pulso se dispara porque mi cuerpo

comprende la gravedad de la situación antes que mi cerebro racional pueda procesarla.

A mi izquierda, Nathalie me dirige una mirada interrogante, buscando en mis ojos la confirmación de que esto es meramente parte del espectáculo. Pero ambas sabemos que hemos traspasado ese umbral. Esto ya no es un juego inocente.

El sirviente se arrodilla con elegancia estudiada y ata mis tobillos a las patas ornamentadas de la silla. Estoy completamente a la merced de unos enmascarados y lo peor de todo es que me he metido yo solita en esto. ¿Tan aburrida era mi vida como para acceder a esto?

No soy la única replanteándose sus decisiones. La pelirroja contiene visiblemente la respiración, parpadeando con rapidez mientras sus mejillas se tiñen de un carmesí que compite con su cabello. El moreno barbudo prueba discretamente la resistencia de sus ataduras, con una mueca que delata su incomodidad creciente ante una situación que escapa a su control. El rubio aristócrata, en marcado contraste, parece genuinamente divertido, como si todo esto fuera un capricho excéntrico del club privado al que ha pertenecido toda su vida.

Cuando todos estamos firmemente atados, los sirvientes retroceden con precisión militar, alineándose contra las paredes como centinelas silenciosos e inmóviles. Y entonces, sin previo aviso, las sillas comienzan a inclinarse mecánicamente hacia atrás movidas por algún mecanismo del suelo, que no percibido antes. Mi cuerpo se tensa por reflejo, el mundo gira momentáneamente, pero no caigo. Los sirvientes controlan el mecanismo con pericia, dejándonos reclinados en un ángulo estudiado, vulnerables y expuestos, con las piernas elevadas. ¡Ni siquiera puedo cerrarlas por las malditas ataduras! El corazón me late desbocado en la garganta, y un temblor involuntario recorre mi cuerpo.

Nathalie, junto a mí, exhala un suspiro tembloroso, su melena negra cayendo hacia atrás, una cascada de tirabuzones.

—Bueno, aquí estamos —dice Camille, con una ironía forzada que no logra ocultar el nerviosismo que vibra en cada sílaba.

Mi mente trabaja frenéticamente, evaluando escenarios y posibilidades. ¿Es esto parte del espectáculo? ¿Una estrategia calculada para llevarnos al límite de nuestra zona de confort antes de que regresen los misteriosos anfitriones? ¿O hemos cruzado definitivamente el punto de no retorno? Si gritara ahora exigiendo mi libertad, ¿respetarían mi decisión? La idea me tienta poderosamente, pero mi maldita curiosidad me mantiene anclada a la silla, prisionera tanto de las ataduras de seda como de mi propia obsesión por experimentar lo nunca vivido.

El ambiente se ha cargado de una electricidad primitiva que me tiene al borde del delirio.

Un sirviente se adelanta y habla con una voz serena pero autoritaria.

—Los anfitriones llegarán en breve. Aguarden en sus posiciones.

Já, cómo si pudiéramos movernos aunque quisiéramos.

Los sirvientes de máscaras blancas se retiran en silencio sepulcral, moviéndose con una sincronización inquietante que sugiere ensayos exhaustivos. Las puertas se cierran con un golpe seco que resuena como una sentencia, y el silencio se vuelve casi tangible, roto únicamente por el crepitar rítmico de la chimenea.

Nadie se atreve a poner a prueba los límites, a excepción de los jadeos nerviosos de los invitados que intentan controlar su respiración.

¿En qué momento se me ocurrió que sería una buena idea escribir un artículo sobre esto? Maldigo internamente mi compulsión patológica por querer documentarlo todo, porque si esta noche termina mal, la responsabilidad será enteramente mía.

—No es la cena romántica que me había imaginado —suelta la morena alta, con un tono irónico que no esconde su inquietud, como si ya hubiera fantaseado con algo así en sus noches más oscuras.

—Siempre podemos pedir el menú infantil —bromea Nathalie, con un sarcasmo. No sé si solo lo noto yo, que la conozco, pero le tiembla la voz.

—Creo que ya somos el plato principal —dice el moreno, y su comentario cae como plomo, sin arrancar ni una risa.

La pelirroja suelta un suspiro tembloroso, probando sus ataduras con dedos nerviosos.

—¿Alguien ha intentado soltarse? —pregunta, en voz baja, parece temer la respuesta.

—¿Quieres probar a gritar? —responde Camille, con una risa que intuyo más valiente de lo que siente.

Un estallido sacude la sala. Mi corazón se dispara mientras sombras danzantes se proyectan en las paredes, y los anfitriones irrumpen como depredadores en un festín. Uno salta sobre la mesa, sus botas aplastando porcelana, su máscara negra ocultando toda humanidad. La opulencia del banquete se desmorona bajo sus pasos, cera ardiente salpicando el mantel de lino.

Los anfitriones se mueven entre nosotros como depredadores eligiendo su presa. Máscaras doradas, plateadas, negras, todas ocultando identidades, pero no intenciones. Sus manos exploran, acarician, provocan gemidos y suspiros que llenan el aire cargado.

A mi izquierda, Camille ha perdido completamente su compostura habitual. El líder plateado ha roto de un tirón las correas de su vestido, exponiendo sus pechos al aire frío de la habitación. Ella arquea la espalda, ofreciéndose sin pudor.

Un anfitrión se detiene frente a mí, su ropa salmón brillando bajo las velas. Sus ojos fríos me estudian, y su voz, distorsionada, susurra:

—Llevo toda la noche esperándote.

Sus dedos enguantados rozan mi mandíbula, un toque helado que despierta un escalofrío. Desciende por mi cuello, lento, prometiendo más, hasta que una mano lo detiene.

El anfitrión de la máscara salmón se congela, y yo también. Mis ojos trepan por el brazo que lo sujeta: un guante negro, dedos largos y firmes que aprietan como un cepo. El dueño de esa mano no necesita palabras para imponerse. Máscara dorada, hombros anchos que tensan la túnica negra, una presencia que electrifica el espacio como un relámpago

—¿Qué coño haces? —escupe el de la máscara salmón, la voz distorsionada vibrando con rabia—. Las reglas no funcionan así.

Sus miradas chocan, un duelo silencioso que corta el aire. El de la máscara dorada lo empuja con un movimiento preciso, una fuerza contenida que lo lanza hacia atrás como si fuera un títere.

—Lárgate —ordena, con una sola palabra cargada de una autoridad que no admite réplica.

El tipo retrocede, tambaleándose, sus ojos ardiendo con una furia impotente. Me lanza una mirada final, cargada de un deseo frustrado que me atraviesa como un dardo, antes de desvanecerse en las sombras.

El aire regresa a mis pulmones, pero no me calma. Porque ahora él está aquí. La máscara dorada refleja la luz, ocultando sus ojos, pero siento su mirada quemándome. Se inclina, su aliento cálido rozando mi oído.

—Has sido muy valiente viniendo aquí —murmura, su voz rasgada ahora sin distorsión, demasiado esquiva para saber si me resulta familiar o no—. Ahora voy a recompensarte por esa valentía.

Sus manos suben por mis piernas, lentamente, saboreando cada centímetro de piel que tocan. Cuando alcanza el borde de mi vestido, se detiene, mirándome a través de su máscara.

Un grito atraviesa la sala, seguido del sonido de cristal haciéndose añicos. Él gira la cabeza hacia el origen del ruido, pero sus dedos permanecen anclados a mi muslo, sin romper la conexión entre nosotros. Lo siento tensarse, debatiéndose entre permanecer o acudir.

—Ahora vuelvo —afirma, una promesa que suena a amenaza.

Se incorpora con una elegancia depredadora y se aleja hacia el centro del salón, donde el caos parece intensificarse. Me deja sola con mi corazón acelerado y una sensación de vacío inexplicable. La posición de la silla me mantiene parcialmente reclinada, vulnerable, las cuerdas presionando contra mis muñecas y tobillos con la suficiente firmeza para recordarme que estoy atrapada, pero sin causar verdadero dolor. Mi cabeza cuelga ligeramente hacia atrás, permitiéndome ver la sala desde un ángulo invertido, como si el mundo hubiera perdido su centro.

Observo los acontecimientos que me rodean, buscando algo a lo que aferrarme. A mi derecha, Nathalie está sometida a las atenciones de un anfitrión con máscara azul. Sus manos recorren el corpiño de ella con una precisión metódica, mezclando firmeza y suavidad de una forma que le arranca suspiros ahogados. El enmascarado desliza la mano bajo su vestido. La cabeza de Nathalie se mueve de un lado a otro, sus caderas elevándose contra las ataduras en un movimiento involuntario. Sus mejillas están sonrojadas, sus labios entreabiertos en una expresión de sorpresa y placer.

Aparto la mirada, pero lo que encuentro al otro lado es igual de inquietante. Un anfitrión con máscara negra se ha detenido frente a la pelirroja. En su mano brillan unas tijeras que capturan la luz de las velas. Con un movimiento preciso, las desliza bajo el borde de la ropa interior de ella y corta la tela con un chasquido seco. Ella inhala bruscamente, sus piernas temblando mientras él retira la prenda y la desliza por su rostro en un gesto deliberadamente transgresor. Sus ojos, visibles pese a su media máscara, reflejan una mezcla compleja de emociones.

Mi cuerpo comienza a traicionarme. La posición forzada de la silla, la exposición de mis piernas, el calor creciente de la habitación, todo conspira para despertar sensaciones que no puedo ignorar. Mi vestido se ha deslizado hacia arriba, revelando más piel de la que pretendía mostrar. Intento moverme, pero cada pequeño ajuste solo hace que las cuerdas se tensen, recordándome mi posición. La sala parece vibrar con sonidos íntimos: respiraciones entrecortadas, susurros urgentes, el roce de la tela contra la piel, creando una sinfonía de deseo contenido que me envuelve.

Entonces, él regresa.

—No te dije que miraras —susurra, su voz grave y distorsionada deslizándose sobre mi piel como un roce prohibido—. Pero veo que no puedes evitarlo.

Sus dedos enguantados atrapan mi barbilla, alzándome la cabeza desde mi posición reclinada para que lo mire. El cuero roza mi piel, frío y cruel, antes de deslizarse por mi cuello, deteniéndose en el borde de mi escote. Mi respiración se acelera, mis pechos

tensándose bajo la tela. Él lo nota, y un sonido grave, casi un ronroneo, escapa de su máscara. Sus dedos bajan más, palpando la curva de mis senos sin tocar del todo, un roce fantasma que me hace arquearme aún más contra las cuerdas, la silla crujiendo bajo mi peso.

—¿Lo sientes? —susurra—. Cómo tu cuerpo me llama.

Sus manos descienden, lentas, tortuosas, trazando mis costados con una precisión que me desespera. Levanta mi vestido más arriba, la tela deslizándose por mis caderas expuestas con un susurro que me eriza. Se arrodilla frente a mí, su máscara a centímetros de mi piel desnuda. La inclinación de la silla me deja a su merced, mis caderas alzadas hacia él, mis piernas abiertas por las ataduras.

El aire entre nosotros es denso, casi tangible, cargado de una electricidad que me quema. Sus dedos trazan mi muslo, alternando caricias suaves con arañazos que me arrancan gemidos. Su boca asciende, mordiscos y besos marcando un camino hacia mi centro.

La máscara dorada se alza ligeramente, revelando solo su boca, unos labios firmes que no puedo identificar desde mi posición y en la penumbra.

Cuando sus dientes rozan el encaje de mi ropa interior, tirando de él, un gemido escapa de mis labios. La tela cede, dejándome expuesta.

Su aliento acaricia mi piel, y sus dedos rozan mi clítoris, el fantasma de un toque que se desvance demasiado rápido, pero me hace arquearme contra las cuerdas.

Su sonrisa es devastadora incluso semioculta por la máscara.

—Estás empapada para mí —observa, y su voz ronca me provoca un escalofrío—. ¿Cuánto tiempo llevas deseando esto, Valérie?

Sus dedos comienzan a ascender, caricias suaves al principio, trazando líneas lentas por la cara interna de mis muslos. El cuero se desliza con una precisión que me eriza, dejando un rastro de calor a su paso. Mi piel se tensa bajo su toque, mis músculos temblando mientras el placer y el miedo se enredan en mi pecho. No sé qué

hará después, y esa incertidumbre me marea, un vértigo que me hace arquearme aún más contra la silla.

De pronto, su tacto cambia. Las uñas, apenas perceptibles bajo los guantes, se clavan ligeramente, arañando mi piel con un roce controlado que me arranca un gemido. El leve escozor se mezcla con un placer inesperado, un filo que me despierta. Sube más, los arañazos marcando líneas invisibles que arden y me hacen jadear. Mi cuerpo responde sin permiso, mis caderas alzándose hacia él en un movimiento instintivo, atrapadas por las cuerdas que atan mis tobillos.

Él murmura algo, un sonido grave que vibra contra mi piel, pero no entiendo las palabras. No importa. Su aliento cálido me golpea entonces, un roce húmedo que precede el primer mordisco. Sus dientes se cierran sobre la carne tierna de mi muslo, justo por encima de la rodilla, una presión firme pero contenida que me hace soltar un grito ahogado. Es un placer agudo, casi doloroso, que reverbera hasta mi centro. Mi cabeza cae más atrás, mis manos luchando contra las ataduras mientras mi cuerpo se retuerce en la silla, buscando y temiendo lo que viene.

No se detiene. Su boca asciende, alternando entre mordiscos y succiones suaves, dejando marcas que siento palpitar en mi piel. Cada roce de sus dientes es un latigazo, cada pausa un tormento que me hace suplicar en silencio. Sus manos acompañan el ascenso, los dedos arañando ligeramente los costados de mis muslos, abriendo surcos de fuego que me queman desde dentro. Mi piel está viva, hipersensible, y el calor entre mis piernas se intensifica, un pulso húmedo que me avergüenza y me consume.

Mi respiración es un caos, jadeos entrecortados que se mezclan con los gemidos que no puedo contener. La inclinación de la silla intensifica cada sensación, mi cuerpo arqueado hacia él, suplicando sin palabras. Siento cada caricia, cada mordisco, como si mi cuerpo ya no me perteneciera, como si él lo hubiera reclamado con cada marca que deja.

Sus manos llegan al borde de mi ropa interior, los dedos rozando la tela con una lentitud que me desespera, un roce que promete más pero no lo entrega aún. Mi cuerpo tiembla, mi piel

ardiendo bajo las huellas de sus dientes y uñas. Entonces, sus dientes atrapan el borde de mis bragas, el roce de su aliento contra mi carne arrancándome un gemido más profundo. Tira hacia abajo, arrancándolas con una lentitud que es pura agonía, el tejido cediendo en un suspiro que resuena en mi sangre.

Estoy expuesta, temblando, mi cuerpo inclinado como un sacrificio. Sus manos se posan en mis muslos, separándolos aún más con una autoridad silenciosa. Sus dedos trazan líneas lentas, subiendo por mi piel, deteniéndose justo antes de donde el calor me consume. La anticipación me quema, un fuego que me hace retorcerme contra la silla. Roza el borde de mi deseo, un toque leve que me arranca un jadeo, pero se detiene. Levanta la mirada, y aunque no veo sus ojos tras la máscara, siento el peso de su placer, una sonrisa que intuyo en su aliento.

—No tan rápido —susurra, su voz un filo de terciopelo ahora que el distorsionador está apagado, revelando un timbre que me resulta dolorosamente familiar, pero no puedo ubicar—. Quiero que lo saboreemos.

Sus dedos vuelven a ese punto entre mis piernas, más firmes, deslizándose por mi piel húmeda, explorando con una paciencia que me destroza. Cada roce es un latigazo de placer, cada pausa una tortura que me hace jadear. La inclinación de la silla intensifica cada sensación, mi cuerpo arqueado hacia él, suplicando en silencio. El calor entre mis piernas es insoportable, una cascada que me traiciona bajo su control.

Se inclina más, su aliento acariciándome primero, cálido y húmedo, un roce que me hace temblar en la silla. Sus labios se posan entre mis piernas, un contacto suave que se transforma en algo más profundo. Su lengua traza un camino lento, elegante, saboreándome con una reverencia que contrasta con la ferocidad de mi postura. Es un arte, una danza de placer que me desarma. Cada movimiento es preciso, cada caricia un incendio que me consume. Mis gemidos se escapan, un canto roto que resuena en la sala, mi cabeza hacia atrás mientras mi cuerpo lucha contra las cuerdas.

De pronto, se detiene. Levanta la cabeza, su aliento aún rozándome, y el vacío me golpea como un latigazo. Mi cuerpo

tiembla, al borde, desesperado por más. Él murmura algo ininteligible, su voz un susurro que me acaricia y me hiere.

—Pídemelo —dice, su tono cargado de una orden suave pero implacable.

Mi garganta se cierra, las palabras atrapadas, pero el deseo me vence.

—Por favor —susurro, mi voz apenas un hilo entre jadeos, rota por la necesidad.

Satisfecho, regresa. Su boca me reclama con una intensidad renovada, su lengua hundéndose en mí con una voracidad elegante. El placer crece, denso, abrumador, un torbellino que me arrastra. La silla cruje bajo mi peso mientras mi cuerpo se tensa, mis músculos temblando bajo su asalto. El clímax me atraviesa como un relámpago, un grito crudo escapando de mi garganta mientras mi espalda se arquea aún más, mi cabeza colgando en el vacío. Él me sostiene en la cima, bebiendo cada estremecimiento de mi rendición con una calma devastadora. Cuando finalmente se aparta, sus ojos brillan con intensidad tras la máscara dorada. Mi cuerpo sigue temblando, pequeños espasmos recorriendo mis músculos mientras intento recuperar el aliento. A mi alrededor, la sala continúa en su frenesí, risas, gemidos, el crujir del fuego en la chimenea, pero todo parece lejano, como si existiera en otra dimensión.

—No creas que esto termina aquí —advierte, su voz una promesa oscura mientras se incorpora, su figura dominando mi campo de visión.

Se aleja con pasos silenciosos, mezclándose con las sombras del salón, dejándome atada y expuesta, con el corazón martilleando en mi pecho y la mente en blanco.

Mi cuerpo lleva las marcas de su posesión, mi piel todavía ardiendo donde sus dientes y manos han estado. Mil preguntas giran en mi cabeza, pero mientras los sonidos del Banquete me envuelven, solo tengo certeza de una cosa: he cruzado un umbral del que quizás no haya retorno, y lo más perturbador es que no estoy segura de querer encontrarlo.

Capítulo 13: Equilibrar la Balanza

El eco de su toque aún quema mi piel, un fuego que no se apaga. Los sirvientes, sombras silenciosas, desatan las cuerdas con manos enguantadas.

Me pongo de pie e intento moverme para estirar mi cuerpo, pero uno de ellos posa una mano suave en mi hombro.

—No —susurra—. Debajo.

Me arrastro bajo la mesa, el espacio claustrofóbico oliendo a cera, vino y deseo. Nathalie tiembla a mi lado, sus ojos dilatados y Camille, con su melena rosa, se desliza con una sonrisa desafiante.

—Esto se ha puesto interesante —susurra, guiñándome un ojo.

El espacio es oscuro, un mundo paralelo donde la luz de las velas apenas se filtra, tiñendo todo de un rojo mortecino. La alfombra mullida amortigua mis rodillas y manos, pero el aire está cargado: cera derretida, vino tinto, un rastro de sudor y placer humano que se enrosca en mis pulmones como un perfume prohibido. Mi espalda aún siente el eco de la inclinación, un leve dolor que se mezcla con el calor que él dejó en mi piel. Me acomodo entre Nathalie y Camille, mi respiración entrecortada resonando en el silencio compartido.

Los demás van llegando con expresiones igual de contrariadas. El moreno de la barba se resiste.

—Joder —gruñe entre dientes, su voz áspera cargada de incredulidad mientras se ajusta los pantalones, el rubor tiñendo sus mejillas—. Esto parece una película porno chunga.

Sus hombros se tensan, y por un segundo parece que va a plantarse, pero la mano del sirviente en su espalda lo empuja con una gentileza implacable. Se desliza bajo la mesa con un resoplido.

Por encima, los sirvientes enderezan las sillas con un crujido seco

Los anfitriones toman asiento arriba, sus botas golpeando el suelo. El tintineo de las copas y sus risas distorsionadas llenan el aire.

—No parecen cómodos ahí abajo —comenta uno y emite una carcajada cruel.

—Se acostumbrarán —responde otro.

Bajo la mesa, la tensión es palpable.

—Esto es una locura —masculla un hombre de cabello oscuro, sus puños apretados.

Camille ríe.

—No te hagas el santo, cariño. Te oí gemir hace menos de diez minutos.

Se recuesta un poco contra la alfombra, sus dedos tamborileando un ritmo despreocupado.

Nathalie no habla. Sus manos tiemblan sobre su regazo. Su respiración es rápida, superficial, y cuando me mira, sus pupilas están dilatadas, un mar de incertidumbre que refleja el mío.

—¿Y ahora qué? —murmura la pelirroja, su voz casi un susurro que se pierde entre el murmullo de arriba.

La respuesta llega como un golpe. Sobre nuestras cabezas, alguien deja su copa sobre la mesa con un sonido seco, un eco que resuena como un martillo. El anfitrión de máscara plateada se acuclilla y levanta el mantel, su sombra alargándose sobre nosotros.

—Es hora de equilibrar la balanza.

La verdad nos golpea: ellos tomaron, ahora nos toca dar. Mi mirada se fija en las botas del hombre de la máscara dorada, su presencia tirando de mí como un imán.

Él desliza una copa de vino bajo el mantel, un gesto íntimo que me distingue.

—Bebe, preciosa —susurra—. Para calmarte antes de lo que viene.

El cristal roza mis dedos. Bebo, el vino dulce deslizándose por mi garganta, y siento sus ojos en mí, intensos y posesivos.

—Pruébame —murmura, su voz un ruego disfrazado—. Hazme tuyo.

Sus palabras son una invitación, un ruego envuelto en miel que me envía un escalofrío de placer por la espalda. No es una orden fría, sino un deseo susurrado que me hace sentir poderosa, deseada.

Mi respiración se entrecorta, mientras mis manos tiemblan aun sosteniendo la copa vacía que coloco con cuidado a un lado.

Alzo la vista hacia el borde del mantel, que ha dejado caer, y aunque no puedo verle siento el peso de su atención, cálida y envolvente, como si me estuviera atrayendo con hilos invisibles.

A mi alrededor, el movimiento comienza. Camille, con esa sonrisa traviesa que no la abandona, ya está levantando la túnica del portavoz del grupo. Sus movimientos seguros mientras su risa baja llena el espacio. Nathalie, a mi izquierda, duda un instante. Sus dedos rozan la tela de su túnica, y un jadeo suave escapa de sus labios cuando él murmura algo que no alcanzo a escuchar.

Yo me muevo hacia él, mi corazón latiendo con una mezcla de nervios y anhelo, el sabor del vino todavía fresco en mi lengua. Mis dedos rozan el borde de su túnica. La levanto con cuidado, revelando sus piernas fuertes, musculosas, cubiertas de un vello oscuro que me invita a tocar. Paso las yemas de mis dedos por su piel, cálida y firme, y un estremecimiento me recorre al sentir la fuerza contenida en cada músculo. No lleva nada debajo, y la visión de su desnudez me roba el aliento, un contraste perfecto entre poder y vulnerabilidad.

Me acerco más, mis rodillas hundiéndose en la alfombra mullida, y el aroma de su piel me envuelve, un matiz profundamente masculino que me marea. Es maravilloso, embriagador, y mi cuerpo responde antes de que mi mente lo procese. Mi piel erizándose mientras me inclino hacia él. Mis labios rozan la cara interna de su muslo, un roce suave, y siento cómo su cuerpo se tensa ligeramente bajo mi toque, una reacción que me llena de una extraña satisfacción.

Mis manos suben por sus piernas, explorando el vello áspero y la piel tersa, hasta que llego a su magnífico miembro que ya está erecto, para mí. Lo tomo con suavidad, mis dedos temblando de anticipación, y lo acaricio con una lentitud que me permite saborear

cada detalle. Su calor me quema las manos, y cuando me inclino para besarlo, un gemido bajo escapa de su garganta, un sonido que me atraviesa como una corriente. Mi lengua lo prueba primero, un roce tímido que se transforma en algo más profundo cuando su sabor me golpea: salado, intenso, con un deje dulce que me hace perderme en él.

Me entrego por completo, mis labios envolviéndolo con una mezcla de ternura y hambre. El tacto de su piel contra mi boca es adictivo, y cada movimiento mío despierta un placer en él que reverbera en mi propio cuerpo. Mi lengua danza sobre él, explorando, saboreando, mientras mis manos se aferran a sus muslos, hundiendo las uñas ligeramente en su carne. Él responde con un suspiro grave, sus dedos deslizándose bajo el mantel para rozar mi cabello, un gesto suave que me anima a seguir.

Estoy muy excitada, más de lo que esperaba. El calor entre mis piernas es insoportable, un pulso que late al ritmo de mi respiración acelerada. La situación, los sonidos de los demás bajo la mesa, los gemidos suaves y las respiraciones entrecortadas, me envuelven como un hechizo.

Pero yo solo tengo ojos para él, para el anfitrión de la máscara dorada. Mi boca lo reclama con más intensidad, un ritmo que se acelera mientras mis sentidos se llenan de su olor, su sabor, su calor. Sus piernas se tensan bajo mis manos, y un gruñido bajo escapa de su pecho, un sonido que me hace temblar de placer. Mis movimientos se vuelven más profundos, más seguros, y siento cómo él se entrega a mí, su cuerpo vibrando bajo mi control. Sus caderas saliendo a mi encuentro como si no pudiera evitarlo.

—Joder, Valérie —jadea—, eres maravillosa.

Sus palabras me incendian, y un gemido escapa de mis labios, vibrando contra él. El placer de complacerlo, de sentirlo tan cerca, me lleva al borde.

Su orgasmo culmina en jadeos distorsionados que me hacen vibrar de orgullo. Mi cuerpo tiembla, mi piel ardiendo mientras me pierdo en él, en este momento suspendido bajo la mesa donde todo lo demás desaparece. Su sabor me inunda y lo disfruto más que el vino.

Él es mío, y yo soy suya, y en ese intercambio, el equilibrio se vuelve un lazo dulce y eterno.

Capítulo 14: El Eco del Equilibrio

El aire bajo la mesa es denso, cargado de jadeos y susurros. Mi cuerpo vibra, atrapado en el recuerdo de su sabor, de su rendición. Pero el Banquete no da tregua.

Los anfitriones se levantan, sus túnicas rozando el suelo. Él, mi hombre de la máscara dorada, acaricia mi cabello antes de irse, un gesto que me quema el pecho.

Los sirvientes nos guían fuera. La sala, ahora fría, contrasta con el calor de lo vivido. Nathalie emerge temblando, su vestido torcido, mientras la pelirroja evita nuestras miradas.

Mi piel arde con su recuerdo: sus dedos, su aliento, el poder que sentí al hacerlo mío. La culpa me aprieta el pecho, pero el deseo es más fuerte. Como periodista, sé que esto es una historia explosiva. Como mujer, solo quiero volver a sentirlo.

Los anfitriones, sentados de nuevo, nos observan. Él está allí, inmóvil, pero su presencia me atrae como un faro. Un sirviente me entrega un sobre negro. Lo abro, mis dedos temblando.

Has equilibrado la balanza. Tu deuda está saldada, pero el Banquete no ha terminado. Tendrás una oportunidad de escapar.

Mi estómago se contrae. ¿Escapar? La idea me hiela, pero un fuego perverso me susurra que no quiero irme.

—Descansad —ordena el de la máscara plateada—. Lo necesitaréis.

Los sirvientes nos escoltan por pasillos fríos hasta habitaciones opulentas.

En la mía hay una cama de seda y un espejo que me devuelven mi reflejo: desaliñada, marcada por el deseo. Dejo la tarjeta en la mesita.

Me doy una merecida ducha, aunque el agua no logra atenuar mis emociones. Un vestido nuevo, de mi talla, espera en el armario, como si todo estuviera planeado. Me hundo en la cama, mi mente atrapada en él. Su voz, su forma de tocarme...

Un golpe suave en la puerta me saca de mis pensamientos tortuosos. Me levanto con esfuerzo, las piernas temblorosas, y abro para encontrarme con Nathalie. Su rostro sigue pálido bajo la luz tenue del pasillo.

—Val, no puedo dormir —susurra—. Cada vez que cierro los ojos veo... todo. Y no sé si quiero olvidarlo o... —Se detiene, incapaz de continuar, y traga saliva con dificultad antes de añadir—: ¿Qué hemos hecho, Val? ¿En qué nos hemos metido?

No tengo respuestas, no tengo consuelo que ofrecerle, pero me hago a un lado y la dejo entrar. Nos sentamos en la cama, dos náufragas, compartiendo el silencio denso de quienes han cruzado juntas un límite y no saben cómo volver, o si quieren hacerlo.

Nathalie se acurruca a mi lado, su cuerpo menudo buscando calor y consuelo. Apoyo la cabeza en su hombro, respirando el aroma a jazmín que siempre lleva.

—Sabes... creo que era él —murmuro, las palabras escapando antes de que pueda contenerlas—. El de la máscara dorada. Creo que es Léon.

Nathalie se tensa visiblemente, girándose para mirarme con ojos que de repente parecen más alerta, más vivos.

—¿Léon? —pregunta, la incredulidad tiñendo cada palabra—. ¿Ese cabrón arrogante que te ningunea en cada reunión editorial? ¿Por qué crees que...?

—No lo sé —la interrumpo, pasándome una mano por el pelo enredado—. Es una locura, lo sé. Pero había algo en su forma de moverse…

Nathalie me observa en silencio, su mirada calculando algo que no comparto.

—Val, si es él... esto es peligroso —dice finalmente, su voz apenas un susurro—. El tipo te tiene manía y ahora te invita aquí… No pinta bien.

Sus palabras caen pesadas, piedras en un estanque, creando ondas que se expanden por mi consciencia. Tiene razón, por supuesto. Si mis sospechas son ciertas, si el hombre de la máscara dorada es realmente Léon... esto no es solo un juego erótico. Es un abismo al que me asomo, tentando al vértigo.

—Lo sé —respondo, hundiéndome en la almohada—. Quizá esto sea todo. Un ritual retorcido de una sola noche, para exterminar la tensión sexual entre nosotros, y después seremos libres.

Incluso mientras lo digo, sé que miento. La tarjeta también decía "Solo tendrás una oportunidad de escapar". Y la verdad, que apenas me atrevo a admitir, es que una parte de mí, esa parte salvaje que el Banquete ha despertado, desea que él me pille antes de que pueda hacerlo.

Nathalie parece leer mis pensamientos, porque su mano encuentra la mía y la aprieta con fuerza.

—No estás sola en esto, Val.

—Gracias —murmuro, apretando su mano en respuesta.

Fuera, el cielo se tiñe de un azul oscuro, anunciando que aún le queda tiempo a la noche para asustarnos. El Banquete no ha terminado, y ya no estoy segura de si soy la cazadora o la presa.

Capítulo 15: La Cacería

Sobre las cuatro y media de la mañana, las puertas de la suite se abren con un crujido sin avisar antes. Los sirvientes enmascarados emergen, sus figuras recortadas contra la luz ámbar del pasillo.

—Es hora —anuncia uno de ellos, avanzando un paso.

Nathalie se acerca a mí. Nos conocemos desde el primer día de universidad, pero nunca la había visto así: dividida entre el miedo y una fascinación que no puede, o no quiere, ocultar. La que me había advertido que rechazáramos la invitación, ahora parece rendida a la hipnótica atracción de este juego.

—Te lo dije —me susurra—. No se va a quedar así.

—Síganme, por favor —indica el único sirviente que tiene detalles plateados en su máscara blanca.

En el pasillo encontramos a los demás que también parecen haberse aseado y cambiado de ropa. Algunos tienen rostros adormilados y otros, se nota que no han pegado ojo. Nos guían fuera de la suite, a través de la mansión, pero en lugar de conducirnos hacia el gran salón donde se celebró el Banquete, tomamos un desvío.

El sendero se estrecha y desciende por una escalera lateral de piedra antigua que no habíamos visto durante el recorrido. Los escalones, desgastados por siglos de pisadas, parecen susurrar historias prohibidas bajo nuestros pies vacilantes.

—¿Adónde nos llevan? —pregunta la pelirroja del vestido azul. Alguien la ha llamado Anne.

El sirviente no responde, limitándose a abrir una puerta de cristal esmerilado al final de la escalera. El aire nocturno nos recibe con una caricia fría, despertando mi piel entumecida y arrancándome del letargo inducido por el vino y el cansancio.

Ante nosotros se extiende un jardín, pero no uno ordinario. Un verdadero laberinto de setos altos se despliega bajo la luz

plateada de la luna llena, sus paredes vegetales entretejidas con rosales salvajes cuyas espinas brillan como advertencias silenciosas. Faroles antiguos, dispuestos estratégicamente en el recorrido, proyectan sombras. En el centro, una fuente de piedra murmura con una cadencia hipnótica, sus querubines tallados observándonos con expresiones que oscilan entre la picardía y la amenaza.

Nos detenemos junto a la fuente, el grupo de invitados formando un semicírculo inquieto. El sirviente de la máscara distinta se coloca frente a nosotros.

—Vuestra participación en el Banquete puede terminar aquí —declara con voz pausada—, si así lo deseáis.

Un murmullo nervioso recorre el grupo.

Philippe, tipo de cabello oscuro que había mantenido una actitud desafiante durante toda la velada, da un paso al frente.

—¿Qué significa exactamente eso? —pregunta, su tono cargado de recelo, pero también de esperanza.

—Significa que podéis regresar a la mansión y dar por concluida vuestra experiencia.

—¿Así de simple? —insiste Philippe, cruzándose de brazos—. ¿Sin consecuencias? No me lo creo.

Una sonrisa parece formarse tras la máscara grabada.

—Si lográis regresar a la mansión sin ser... interceptados.

El aire mismo parece densificarse con esas palabras.

Camille, con su bata roja entreabierta revelando un encaje del mismo tono, deja escapar una risa baja.

—Interceptados —repite, saboreando cada sílaba—. Qué forma tan elegante de decirlo.

—¿Van a cazarnos? —La voz de Nathalie suena indignada—. ¿Es eso lo que quiere decir?

—La casa está en esa dirección —responde el sirviente con calma inquietante—. Podéis avanzar hacia la mansión si completáis el laberinto, o —hace una pausa que carga el aire de significado— podéis quedaros aquí y esperar.

—¿Esperar qué? —pregunto.

El sirviente gira su máscara plateada hacia mí, y aunque no puedo ver sus ojos, siento su mirada atravesándome.

—A que os encuentren, señorita Valérie.

Mi nombre en sus labios suena como una sentencia.

—¿Y si nos encuentran?

—Estaréis a su merced —responde simplemente.

Todos captamos el significado sin necesidad de mayor explicación. El silencio que sigue solo es interrumpido por el murmullo constante de la fuente y nuestras respiraciones entrecortadas.

Es Camille quien rompe el hechizo, su risa cristalina elevándose en la noche como un desafío.

—Por fin —dice, ajustándose la bata con un movimiento deliberadamente lento—. Un juego que vale la pena.

Sus palabras desencadenan el caos. El grupo se fragmenta en un instante. Philippe maldice por lo bajo y se lanza hacia uno de los senderos, sus pisadas furiosas aplastando la grava. Anne lo sigue casi de inmediato, su figura esbelta fluyendo como agua entre los setos. Otros dudan, intercambiando miradas frenéticas bajo la luz plateada.

Nathalie me agarra por la muñeca, y clava sus dedos helados en mi piel.

—Tenemos que movernos, Valérie —me urge, sus ojos oscuros dilatados—. Ahora.

Camille nos alcanza, colocándose entre ambas.

—Os acompaño —dice, enlazando su brazo con el mío—. Será más divertido si permanecemos juntas.

La observo por un instante y comprendo: también está asustada, pero su miedo tiene un sabor distinto al nuestro. Es el miedo mezclado con anticipación y deseo.

Nos internamos en el laberinto, los setos elevándose a nuestro alrededor como muros vivientes. La grava cruje bajo nuestros pies, marcando nuestro ritmo acelerado como un metrónomo enloquecido. Mi vestido se engancha en las espinas de un rosal, arrancando un jirón de seda negra.

—Maldita sea —murmuro, liberándome con un tirón brusco.

—Cuidado con esas garras, cariño —me advierte Camille, señalando las espinas—. Aunque supongo que algunos arañazos son

parte de la diversión.

Nathalie nos hace señas para que guardemos silencio. Se detiene en una intersección, escuchando con atención. A lo lejos se oyen pasos, el crujir de ramas, voces distorsionadas que flotan en el aire como fragmentos de una pesadilla.

—Por aquí —susurra, tirando de mí hacia un pasillo más estrecho, donde los setos forman un túnel vegetal que apenas deja filtrar la luz de la luna.

Avanzamos en penumbra, nuestras respiraciones sincronizadas formando una melodía nerviosa. La humedad del jardín se adhiere a nuestra piel, mezclándose con el sudor del miedo. El aroma de las rosas es abrumador, un perfume dulce y embriagador que parece nublar mis sentidos.

Un crujido seco a nuestra izquierda rompe el ritmo de nuestros pasos. Nos detenemos, convertidas en estatuas de tensión y alerta.

—No tan rápido... —susurra una voz desde la oscuridad, grave y cargada de promesas.

Antes de que podamos reaccionar, una figura emerge de entre los setos. Una mano enguantada en cuero negro se cierra alrededor del brazo de Nathalie con precisión implacable. Ella suelta un grito ahogado, sus uñas rasgando mi piel mientras intenta mantener el agarre entre nosotras.

—¡Valérie! —exclama, su voz quebrándose en pánico genuino —. ¡Ayúdame!

Pero otra mano surge, tirando de ella con fuerza controlada. Me parece advertir en la semioscuridad que la máscara de su captor es azul.

—Vamos a jugar, querida —murmura, su voz distorsionada pero inconfundiblemente cargada de deseo—. No sabes cuánto me pone que finjas que quieres escapar.

Nathalie se debate, pero hay algo en su resistencia que parece calculada, como si siguiera un guion no escrito.

—¡Corre! —me grita, mientras su camisón se enreda entre las espinas, rasgándose con un sonido que atraviesa el aire.

La veo desaparecer tras el seto, arrastrada por su captor, y su último grito se desvanece en la noche como niebla al amanecer.

—¡Nathalie! —la llamo, pero mi voz parece pequeña e inútil en la vastedad del laberinto.

Estoy a punto de seguirla cuando siento a Camille tensarse a mi lado. Me giro justo a tiempo para verla tropezar, su habitual gracia abandonándola por un instante. Dos manos surgen de los rosales como serpientes, atrapándola por la cintura con una precisión que sugiere premeditación.

—Huye si puedes, pequeña hada —susurra una voz masculina desde las sombras, un tono aterciopelado que mezcla amenaza y seducción—. Pero te follaré antes del alba.

Camille forcejea. Sus ojos brillan con un fuego de diversión

—¡Escapa, Valérie! —me grita mientras golpea a su captor y ríe ante su gruñido. Corre en dirección contraria a él y los arbustos parecen engullirlos.

Me quedo sola, el corazón martilleando contra mis costillas con tanta fuerza que temo que puedan oírlo. El laberinto parece contraerse a mi alrededor, los setos moviéndose imperceptiblemente, cerrando caminos, abriendo otros. ¿O es mi imaginación, alimentada por el miedo y el vino que aún corre por mis venas?

Me obligo a respirar profundamente y a pensar. Los laberintos tienen soluciones, patrones. Si mantengo una mano en el muro derecho y avanzo consistentemente, finalmente encontraré la salida. Es un principio básico. Comienzo a caminar, rozando los setos con mis dedos, dejando que guíen mi camino.

A lo lejos oigo un grito, parece Anne, seguido de un silencio más aterrador que cualquier sonido. Luego, un gemido a medio camino entre dolor y placer.

Acelero el paso, mi vestido rasgado ondeando tras de mí como una bandera de rendición. El aire se vuelve más frío, y la niebla comienza a formarse a ras del suelo, enroscándose alrededor de mis tobillos como dedos fantasmales.

Un susurro detrás de mí me hiela la sangre.

—Esta vez no te escapas...

Me giro violentamente, pero el pasillo está vacío. ¿Imaginación? No, ahora oigo pasos, el crujir deliberado de botas sobre la grava. Alguien se acerca, y no quiero averiguar quién es. Tengo la sensación de que es el tipo que me explicó las reglas.

Un aliento caliente roza mi nuca, y un cuerpo me embiste desde un sendero lateral, fuerte y ardiente, estrellándome contra un arbusto. Las ramas crujen bajo mi espalda, y el aire se me escapa en un jadeo desesperado.

—Vaya, vaya… —murmura una voz distorsionada.

Levanto la vista y reconozco los ojos tras la máscara salmón, su mirada brillando con una mezcla de burla y hambre. Su mano roza mi mejilla, un calor que enciende mi piel, y cuando intenta bajar más, mi pierna se dispara en un espasmo de furia.

Le doy una patada en la espinilla con toda mi fuerza, arrancándole un gruñido ronco, y lo empujo con ambas manos, mi cuerpo temblando de adrenalina.

Se tambalea, y yo corro, mis pasos resonando en la noche.

Giro a la izquierda, luego a la derecha, tomando decisiones impulsivas que me adentran más en el corazón del laberinto. La grava se convierte en tierra húmeda bajo mis pies, y el aroma de las rosas se intensifica hasta ser casi mareante.

Los pasos me siguen, medidos, como si quien me persigue conociera el laberinto de memoria y supiera exactamente adónde me dirijo. Como si estuviera jugando conmigo, permitiéndome la ilusión de escape.

Doblo una esquina y me detengo en seco. Un callejón sin salida. Setos altos e impenetrables me rodean por tres lados. Me giro para retroceder, pero una figura bloquea el camino.

Máscara dorada. De pie en medio del sendero, inmóvil como una estatua tallada en oro puro. La luna baña su túnica en un resplandor líquido que parece fluir con cada respiración.

Mi sangre se congela en mis venas, pero mis pies permanecen clavados al suelo.

—Valérie —pronuncia mi nombre como si fuera una oración, su voz distorsionada pero inconfundible.

No retrocedo. No puedo. Algo en su presencia me mantiene inmóvil, como si un campo magnético invisible me atara a él.

El tiempo se estira entre nosotros, elástico y denso.

—Déjame ir —susurro, mi voz traicionándome con un temblor que delata mi confusión.

Él inclina la cabeza, un gesto lento y deliberado que me recuerda a un depredador estudiando a su presa.

—Eso no es lo que quieres, Valérie —responde con una certeza que me desarma—. Ambos lo sabemos.

Da un paso hacia mí, sus movimientos fluidos como agua, y mi piel responde con un escalofrío que nace en mi nuca y desciende por mi columna.

—Sí que lo es —jadeo.

El aire entre nosotros parece cargarse de electricidad estática, espeso y vibrante.

—Podrías intentarlo —continúa, su tono un desafío envuelto en terciopelo, un susurro que se desliza por mi columna como una caricia invisible—. Pero te atraparía de nuevo.

Mi respiración se entrecorta, y un calor traicionero sube por mi cuello mientras él da otro paso, más lento, sus movimientos fluidos como los de un felino acechando. La distancia se reduce a un hilo, y el aire se vuelve denso, eléctrico. Mi cuerpo tiembla, dividido entre el instinto de huir y el deseo de quedarme, de dejar que ese fuego que arde en su mirada me consuma.

Sus dedos se alzan, largos y seguros, y rozan el tirante de mi vestido con una delicadeza que contrasta con la tormenta que ruge dentro de mí. El calor de su piel traspasa la seda, encendiendo cada nervio de mi cuerpo.

Mi respiración se acelera, mi pecho subiendo y bajando bajo su mirada. Mi inmovilidad es una declaración de que le ofrezco más de lo que mi mente permite admitir.

Su pulgar desliza la tela con una lentitud tortuosa, arrastrando el tirante por mi hombro, dejando un rastro de fuego. La seda cede, cayendo en un susurro que expone la curva de mi pecho al aire fresco, y un estremecimiento me recorre, chocando con el calor húmedo entre mis piernas.

Él inhala profundamente, un sonido bajo y ronco que vibra en el aire, y sus dedos se detienen, como si quisiera saborear la visión de mi piel desnuda.

—Eres jodidamente perfecta —susurra, su voz distorsionada pero cargada de una reverencia que me hace temblar.

Sus manos se mueven de nuevo, deslizando el otro tirante con una determinación suave pero implacable. El vestido, ya rasgado por la persecución, se desliza por mi torso como un río oscuro, amontonándose en mi cintura. El aire lame mis pechos, mis pezones endureciéndose bajo la brisa, y me siento expuesta, vulnerable, pero viva bajo su mirada invisible.

—Podría dejarte ir —continúa, en un susurro íntimo que parece rozar directamente mi piel—. La mansión está cerca. Podrías correr y alcanzarla.

—¿Cómo de cerca? —pregunto, mi voz apenas audible.

—No importa —responde, y puedo sentir su sonrisa tras la máscara dorada—. Porque no vas a irte, ¿verdad, Valérie? Vas a quedarte conmigo, y voy a follarte como siempre soñaste.

El mundo se desvanece.

Sus labios chocan contra los míos con una fuerza que me roba el aliento, un beso hambriento y salvaje que me consume como un incendio. Es una invasión, profunda y desesperada, como si quisiera fundir mi alma con la suya.

El borde frío de su máscara roza mi mejilla, un contraste helado con el calor abrasador de su boca. Sus dientes capturan mi labio inferior, un mordisco firme que se derrite en placer cuando tira suavemente, liberándolo con un roce húmedo que me arranca un gemido. Su lengua se desliza entre mis labios, audaz y posesiva, inundándome con un sabor que me golpea como una revelación: vino dulce, sudor salado, un matiz oscuro y adictivo que se graba en mi paladar.

Nunca me han besado así. Es un huracán de sensaciones, un beso que barre todo lo que creía saber sobre el deseo.

Mi piel arde, mi pecho se aprieta con éxtasis y necesidad, y un calor líquido se extiende por mi bajo vientre, haciéndome apretar los muslos.

Sus labios se mueven con ternura y ferocidad, succionando antes de hundirse de nuevo, y mi lengua se enreda con la suya, tímida al principio, pero pronto me entrego, saboreándolo con una avidez que no sabía que tenía.

—Eres mía en sueños, pero esta noche me perteneces de verdad —susurra entre besos, un gruñido dulce que vibra en mi garganta, cargado de una posesividad que me envuelve.

Sus labios abandonan los míos, descendiendo por mi cuello, un sendero de fuego que quema y alivia. Su boca encuentra la piel bajo mi mandíbula, y su mordisco me arranca un gemido largo y tembloroso. Mi cuerpo se arquea hacia él, ofreciéndose sin que pueda evitarlo. Sus manos se deslizan hacia mis pechos, cálidas y seguras, cubriéndolos con una presión que me hace contener el aliento. Sus pulgares rozan mis pezones, endurecidos por el frío y el deseo, enviando una corriente de placer que me corta la respiración.

Ahogo un grito cuando su boca desciende, reclamando un pezón con una succión hambrienta, caliente y húmeda. Su lengua lo acaricia, girando en círculos lentos, y cuando sus dientes lo atrapan en un mordisco ligero, el placer me atraviesa como un relámpago.

Mi cabeza cae hacia atrás, las espinas de los rosales enredándose en mi cabello, pero el dolor se desvanece en la bruma de su atención.

Su boca se mueve al otro pecho, succionando con la misma devoción, y mis manos se aferran a su túnica, desesperadas por anclarme mientras él me reclama.

Sus manos bajan a mi cintura, levantando el vestido desgarrado con urgencia, Mi piel despierta y se vuelve más sensible a cada toque. El aire lame mis muslos, pero sus dedos lo eclipsan, trazando líneas de fuego.

Tiro de su túnica, encontrando la piel firme de su abdomen, los músculos contrayéndose bajo mis dedos. Él gruñe, un sonido primal, y me alza con una facilidad que me roba el aliento, mis piernas envolviéndose alrededor de su cintura.

Gira y me deposita sobre un lecho de hierba y pétalos aplastados, el aroma de rosas embriagándome. Se arrodilla sobre

mí, su máscara brillando como un sol oscuro, y sus manos levantan mi vestido con un cuidado que choca con el hambre en sus ojos. La seda se desliza por mis caderas, y sus dedos trazan mis muslos. Mi mira a los ojos un instante y arranca mi ropa interior con un tirón suave. El frío choca con el calor húmedo entre mis piernas, y un escalofrío me recorre.

—Valérie, haces que me vuelva un salvaje —murmura, su voz cargada de acusación.

Sus dedos rozan el interior de mis muslos, separando mi piel con suavidad. La yema de un dedo presiona mi clítoris con una habilidad que me arranca un jadeo agudo, mi cuerpo tensándose como si una corriente eléctrica me atravesara. Su pulgar toma el control, trazando círculos lentos que incendian mi bajo vientre, mientras un dedo se desliza en mi humedad, profundo y seguro, estirándome y haciéndome gemir. Un segundo dedo se une, y él comienza un masaje íntimo, moviéndolos con un ritmo que me tiene palpitando.

—Dime tu nombre —pido, mis manos ascendiendo hasta rozar los bordes de su máscara.

Él captura mis muñecas con suavidad, pero firmeza, deteniéndome.

—Paciencia —murmura y levanta la parte inferior de la máscara—. La noche es joven, y tenemos tiempo.

Se alza, quitándose la túnica con un movimiento fluido, su cuerpo esculpido reluce como una estatua de mármol bajo la luz de la luna. Se inclina de nuevo, su piel caliente contra la mía, y me besa con una urgencia que me roba el aliento.

Mis piernas se abren, invitándolo. Se me corta la respiración cuando la punta de su pene roza mi entrada, en un contacto deliciosamente provocativo. Él tantea, presionando con pequeños toquecitos suaves, su calor encendiendo llamas en mi piel. Cada toque es un tormento, y mi cuerpo se tensa, rogando por más.

—Joder, Marchand, no puedo esperar más… —susurro, mi voz quebrándose—. Te necesito dentro de mí.

El nombre se escapa como un ruego, pero quizá no lo ha escuchado porque sus ojos brillan con triunfo. Con un movimiento

rápido y poderoso, empuja su pene dentro de mí, llenándome por completo en una embestida que me arranca un grito de placer. La sensación es abrumadora, un estallido de calor y plenitud que me hace arquear la espalda contra la hierba, mis muslos temblando alrededor de sus caderas. Él se hunde hasta el fondo, grueso y duro, y el placer me inunda, mi interior apretándose a su alrededor con un latido salvaje.

Nos movemos juntos, un ritmo apasionado que mezcla ternura y ferocidad, sus manos en mi cabello, mis uñas clavándose en su espalda. Cada embestida es un reclamo, cada gemido una rendición, y el placer crece, un incendio que nos consume.

—Eres una jodida delicia —susurra contra mi boca, su voz un ronroneo cálido, y yo respondo con un gemido profundo, entregándome al torbellino.

El clímax nos golpea como una tempestad, un estallido simultáneo que une su gruñido grave con mi grito agudo, y reverbera entre los setos. Mi cuerpo se estremece bajo él, y él se tensa sobre mí, su calor fundiéndose con el mío en un instante eterno.

Nos quedamos allí, jadeando, el aire fresco rozando nuestra piel sudorosa. Sus brazos me rodean, atrayéndome contra su pecho, y siento el latido desenfrenado de su corazón contra mi mejilla. Sus dedos rozan mi rostro con una ternura inesperada, y su voz, baja y cargada de promesas oscuras, murmura:

—Pensé que… podría… Ojalá pudiera saciarme de ti, pero sigo igual de ansioso. Sigo queriendo tenerte bajo mi cuerpo, pegada a mi piel.

A lo lejos, la noche se llena de ecos: gemidos, gritos ahogados, crujidos de ramas. Nathalie, atrapada en su propio destino, y Camille, danzando con su cazador, sus voces un hilo de placer y desafío que se pierde entre los setos.

Me estremezco bajo su tacto, entregándome a la certeza de que, sea lo que sea lo que aguarda en las horas venideras, ya no hay vuelta atrás. He cruzado un umbral, y el mundo al otro lado es más oscuro, más peligroso y más fascinante de lo que jamás hubiera imaginado.

Capítulo 16: Sombras de la Verdad

El aire entre nosotros vibra, denso como niebla de madrugada, impregnado de sudor y deseo. Su cuerpo pesa sobre el mío con una presencia que me ancla a la tierra húmeda. No veo su rostro, la penumbra y la máscara dorada lo impiden, pero siento su mirada atravesándome como si pudiera leer cada pensamiento caótico que cruza mi mente aturdida.

Sus dedos permanecen aferrados a mis caderas, firmes pero temblorosos. No me muevo. Mi piel arde en cada punto donde me ha tocado, como un mapa de brasas que marcan su territorio. Pero entre la niebla del placer, algo lucha por emerger. Un nombre. Lo he llamado Marchand. Y él no lo ha negado.

Percibo cómo su cuerpo se tensa. Un cambio sutil pero revelador. Su respiración se corta un instante antes de que se incline hacia mí. La máscara dorada roza mi mejilla, fría contra mi piel ardiente.

—No intentes adivinar quién soy, chérie —susurra con voz alterada pero profunda—. Te aseguro que el misterio es más... satisfactorio.

En su tono hay algo peligroso que disipa la bruma de mi deseo y despierta mi instinto periodístico.

—¿Por qué no decírmelo? —pregunto, mis dedos enredándose en su cabello, grueso y sedoso. No sé si quiero apartarlo o atraerlo más cerca.

Su risa baja vibra contra mi piel.

—¿Marchand, dices? —repite con un deje burlón—. ¿Es eso lo que necesitas creer para justificar lo que acabamos de hacer?

La incertidumbre me golpea, mezclándose con el deseo. No confirma, no niega. Juega conmigo como un gato con su presa, manteniéndome en un delicado equilibrio entre la duda y el anhelo

—Temes que, si descubro quién eres, todo esto pierda su magia —contraataco, reuniendo una firmeza que no sabía que me

quedaba—. ¿O temes que descubra algo más?

Se acerca tanto que su aliento acaricia mi mandíbula.

—Quisiera que fuera tan simple —murmura, con una nota de sinceridad que no esperaba—. Daría lo que fuera por no encontrarte tan... irresistible. Me tienes atrapado, Valérie. Eres una obsesión y ese es mi verdadero problema.

Mi nombre en sus labios suena como una confesión prohibida. Por un momento floto, envuelta en la intensidad de sus palabras, pero mi cerebro de investigadora no se apaga nunca del todo.

—¿Por qué la máscara entonces? —insisto, mi voz traicionando mi frustración—. ¿Por qué traerme aquí si tanto te fascino?

Se aparta lo justo para estudiarme, aunque nuestros rostros siguen ocultos en la oscuridad. Su mano sube por mi muslo, un roce calculado que reaviva el fuego entre mis piernas.

—Lo único importante —dice con esa voz enronquecida que fuerza para evitar que lo reconozca cuando no lleva el distorsionador — es lo que sientes cuando estás conmigo. —Su mano se detiene en la curva de mi cadera con posesividad—. Y lo que voy a hacerte sentir otra vez.

Mi pulso se dispara, pero antes de poder responder, un sonido rasga la noche. Un grito ahogado, agudo y quebrado. Reconozco la voz al instante: Nathalie.

Me incorporo por instinto, pero él me sujeta la muñeca con firmeza.

—No —ordena, su tono cortante como acero.

—Tengo que ayudarla —protesto, la adrenalina barriendo los restos del placer.

—No puedes —insiste, aunque su pulgar acaricia mi muñeca, un gesto contradictorio que me desconcierta—. No puedes interrumpir su... elección.

—¿Su elección? —repito, la incredulidad tensando mi voz.

—Cada quien juega su propio juego aquí —explica con una calma inquietante—. Como tú has elegido el tuyo.

Un escalofrío recorre mi espalda. No suena indiferente sino... conocedor. Como si supiera que Nathalie no corre peligro real. Como

si todo esto fuera una coreografía perfectamente diseñada. La revelación despierta más preguntas.

—¿Cómo puedo confiar en eso? —murmuro.

Se inclina de nuevo. La máscara roza mi cabello mientras su aliento caliente acaricia mi oído.

—Porque no me permitiría tocarte si no supiera protegerte —susurra, y sus palabras me atraviesan como un relámpago, dejándome temblando con una emoción que no logro nombrar.

Otro sonido corta el aire nocturno. Una risa. No miedo, sino placer. ¿Camille? Mi cuerpo se relaja momentáneamente.

Levanto la mirada hacia la máscara dorada que brilla tenuemente bajo la luna.

—¿Es Adrien Beaumont quien está con Camille? ¿El de la máscara plateada? —tanteo, buscando una rendija en su fachada de misterio.

Un silencio denso se extiende entre nosotros antes de que responda con una risa misteriosa.

—Esa curiosidad tuya... —murmura, su mano deslizándose por mi brazo, dejando un rastro de piel erizada—. Es lo que me fascina y me aterroriza a partes iguales.

No confirma ni niega. Sigue jugando, manteniendo el control del laberinto de verdades y mentiras que nos rodea.

Respiro hondo, intentando aclarar mi mente, consciente del temblor que recorre mi cuerpo. Miro a mi alrededor: los setos altos forman paredes impenetrables, las sombras bailan con la luz plateada de la luna, y en la distancia, gemidos y crujidos llenan la noche con historias oscuras.

Se levanta con movimientos fluidos, como un depredador que se despereza. La luz lunar lo convierte en una estatua viva de oro y sombras mientras me ofrece su mano.

—Levántate —dice, su voz suave pero imperiosa.

Quiero resistirme, mostrar que aún tengo voluntad propia, pero mis piernas obedecen antes que mi cerebro. Me pongo en pie, desnuda bajo su mirada, vulnerable y expuesta, pero extrañamente poderosa al mismo tiempo.

Sus manos me giran con una delicadeza firme hasta que mi espalda queda contra su pecho. Su respiración se acelera contra mi nuca, y sus dedos se clavan en mis caderas. El contraste entre la gentileza de sus caricias y la fuerza de su agarre me hace temblar de anticipación.

—Colócate sobre tus manos y rodillas —ordena, su voz enronquecida por un deseo renovado.

Una parte de mí, la periodista analítica, la mujer independiente, quiere rebelarse, exigir respuestas antes que placer. Pero otra parte, primitiva y honesta, anhela someterse a esta danza ancestral. Mi cuerpo decide por mí, descendiendo hasta que mis palmas y rodillas se hunden en la hierba húmeda.

Lo siento posicionarse detrás de mí. Sus manos recorren mi espalda con una devoción casi religiosa, trazando la curva de mi columna como si memorizara cada vértebra. La tensión crece, un hilo invisible que se estira hasta casi romperse.

Cuando entra en mí, lo hace lentamente al principio, permitiéndome sentir cada centímetro. Mi cabeza cae hacia adelante, un gemido escapando de mis labios. La sensación es abrumadora, como si cada terminación nerviosa despertara de golpe.

Entonces, se mueve. Ya no hay gentileza, solo hambre. Cada embestida me empuja hacia adelante, mis brazos temblando con el esfuerzo de mantenerme. El placer se construye como una tormenta, imparable y violenta.

—Eres mía —gruñe, sus palabras penetrando mi mente como su cuerpo en mi carne—. Lo eras desde antes de conocerme.

Sus caderas golpean contra las mías con un ritmo que borra todo pensamiento coherente. Una de sus manos se desliza entre mis piernas, encontrando mi punto más sensible con una precisión demoledora.

El orgasmo me golpea como una ola gigante, arrastrándome en su corriente. Mi grito se mezcla con su gruñido animal, resonando en los confines del laberinto. Durante un momento perfecto, no soy periodista, ni detective, ni mujer independiente. Solo soy sensación

pura, existiendo en un presente infinito, en este mundo de fantasía oscura.

Colapso sobre la hierba, temblando, mi respiración irregular el único sonido en la quietud repentina. Él se recuesta junto a mí, su pecho presionado contra mi espalda, y sus labios depositan un beso sorprendentemente tierno en mi hombro.

—No te dejaré ir fácilmente —susurra, una promesa o una amenaza que hace que mi corazón se acelere nuevamente—. No después de esta noche.

Se separa de mí y se pone en pie. La luna baña su silueta mientras da un paso hacia la oscuridad de los setos.

—Espera —lo llamo, odiando la desesperación en mi voz—. ¿Cómo vuelvo a la casa?

Se detiene, apenas girando la cabeza. Con un gesto elegante de su mano, aparece un sirviente como materializado de las sombras, portando una túnica doblada. El hombre de la máscara dorada indica mi posición, y el sirviente se acerca, ofreciéndome la prenda sin mirarme directamente.

Tomo la túnica y cubro mi cuerpo tembloroso. Cuando alzo la vista de nuevo, el enmascarado ha desaparecido, dejando solo el eco de su presencia en mi piel ardiente.

—La acompañaré hasta la mansión, señorita —dice el sirviente con tono neutral—. No será molestada.

En la distancia, los sonidos de placer continúan. Jadeos suaves y entrecortados, que revelan abandono. Risas que se transforman en gemidos largos.

Mientras sigo al sirviente por el camino de grava, siento el peso de las preguntas sin respuesta. La identidad de mi amante enmascarado. El propósito real de esta fiesta. Las implicaciones de lo que acabo de experimentar.

Pero bajo esas preguntas late una certeza perturbadora: más allá del deseo, más allá de la curiosidad profesional, hay algo en ese hombre que resuena con una parte de mí que creía dormida. Una parte que anhela no solo descubrir secretos ajenos, sino enfrentar los propios.

Y eso, quizás, es lo más aterrador de todo.

Capítulo 17: Ecos en la Penumbra

El sirviente avanza un paso por delante. Casi parece que no camina, y que desliza su presencia por el sendero de grava. Ni un crujido, ni un susurro. No ha pronunciado palabra desde que me encontró entre los setos, temblando no de frío, sino de reminiscencia.

La túnica que me ha entregado, seda fría que se desliza contra mi piel como una caricia líquida, es un recordatorio constante. Un testigo silencioso. Mi cuerpo lleva la memoria del encuentro escrita en marcas rojas que desaparecerán, pero que ahora gritan bajo la tela.

El cielo comienza a teñirse de los tonos que anuncian un amanecer inminente.

La mansión aparece y desaparece entre las paredes verdes del laberinto, un espejismo de piedra y cristal que parece alejarse con cada paso que doy. Sus ventanas iluminadas son ojos que nos observan avanzar, juzgando cada uno de mis pasos vacilantes.

Mis dedos tiemblan mientras me aferro a la túnica. No debería haber venido a este lugar. Pero la verdad que me atormenta es más oscura: tampoco debería haberme perdido tan completamente en los brazos de un desconocido enmascarado. No debería seguir sintiendo este pulso entre mis piernas, este fantasma de deseo que no termina de apagarse.

El rostro de mis amigas aparece en mi mente. ¿Dónde están?

Un jadeo agudo corta el silencio nocturno. No es mío.

Mis ojos se desvían involuntariamente hacia un pequeño claro entre los setos, iluminado por un farol cuya llama parpadea como si agonizara. La escena que descubro me paraliza: dos figuras y Marie, una de las elegidas. Está de rodillas, su elegante vestido hecho jirones que apenas cubren su piel pálida que brilla con una fina capa de sudor bajo la luz oscilante.

Un anfitrión con una máscara negra se alza sobre ella, su túnica abierta revelando un pecho musculoso brillante de sudor. Sus manos guían la cabeza de Marie con una mezcla de firmeza y reverencia, sus caderas moviéndose en un ritmo lento pero implacable. Los gemidos de ella son suaves, casi ahogados, sus dedos clavándose en los muslos de él. A pocos pasos, otro anfitrión, máscara verde, ojos brillando tras los agujeros, se une, arrodillándose detrás de ella. Sus manos desgarran lo que queda del vestido, y Marie se arquea con un grito que es puro placer, atrapada entre los dos en una danza salvaje y desinhibida.

Mi respiración se corta. Un calor traicionero colorea mis mejillas, y desciende en espiral hasta mi vientre. Quiero apartar la mirada pero no puedo. Hay algo magnético en la entrega de Marie, en la manera en que su cuerpo parece fundirse entre los dos anfitriones en una danza ancestral de dominación y sumisión.

El sirviente continúa su marcha sin inmutarse. No se detiene, no gira la cabeza. Para él, la escena es tan ordinaria como las estatuas que decoran el jardín.

Una idea terrible se abre paso en mi mente: ¿es esto lo que les espera a Nathalie y Camille? ¿Están en este momento en algún otro rincón oscuro del laberinto, atrapadas entre cuerpos anónimos?

Con un esfuerzo casi físico, aparto la mirada de la escena y me obligo a continuar tras el sirviente. Pero las imágenes se graban a fuego en mi mente: un caleidoscopio de carne y deseo que sé que visitará mis sueños.

—¿Qué va a pasar con ellas? —La pregunta escapa de mis labios.

El sirviente no responde de inmediato. Por un momento pienso que no me ha oído, o que ha decidido ignorarme. Luego, sin detenerse, gira levemente la cabeza.

—Terminarán su noche —dice al fin.

La respuesta es tan críptica como inquietante.

—¿Eso significa que volverán a la casa? —insisto, acortando la distancia entre nosotros.

—Si así lo quieren sus anfitriones —responde, como si fuera normal dar potestad a unas personas sobre otras.

Me detengo abruptamente.

—¿Qué significa eso exactamente? —Mi voz ya no tiembla—. ¿Qué pasará si no quieren dejarlas ir?

—Estarán bien —dice, y tras una pausa añade con lo que me parece un matiz burlón—: Sonaba a que se estaban divirtiendo, ¿no cree?

El cinismo velado me golpea como una bofetada.

La mansión se alza ante nosotros, imponente y amenazadora.

Al cruzar el umbral, el contraste es casi físico. Del frío cortante del jardín pasamos a un calor sofocante que huele a incienso, alcohol y perfumes caros en una mezcla embriagadora.

Avanzamos por pasillos interminables hasta la suite donde los invitados que han regresado están reunidos. El lujo decadente del lugar, candelabros de cristal que tintinean suavemente con corrientes invisibles, cortinas de terciopelo rojo sangre, el halo dorado de las lámparas que proyecta sombras distorsionadas en las paredes, parece ahora una fachada frágil para algo más siniestro.

Los que han vuelto del laberinto se mueven como fantasmas cansados: algunos se hunden en los sofás, otros caminan descalzos sobre la alfombra persa. De los diez que entramos en el laberinto, apenas cinco hemos regresado. Mis ojos recorren la estancia frenéticamente, buscando rostros conocidos. El corazón me da un vuelco cuando confirmo lo que ya temía: Camille no está. Nathalie tampoco.

—Siguen afuera —dice una voz grave a mi lado, ronca como si hubiera gritado durante horas.

Me giro y encuentro a Philippe sentado en el extremo de la cama. Su camisa blanca, ahora arrugada y manchada de tierra, cuelga abierta revelando un pecho musculoso perlado de sudor. Tiene un corte fino en el labio inferior, un hilillo de sangre seca que no se ha molestado en limpiar. A diferencia de los demás, su postura es estudiadamente relajada, casi insolente, pero sus ojos oscuros están alerta, escaneando la habitación con una intensidad que me dice que no ha bajado la guardia ni por un segundo.

—¿Las viste? —pregunto, sin molestarme en ocultar la ansiedad que tiñe mi voz.

Philippe asiente lentamente, pasándose una mano por la mandíbula cubierta de una sombra de barba.

—A Camille, sí. La vi antes de que me... —hace una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado— atraparan.

Sus labios se curvan en una media sonrisa que no alcanza sus ojos.

—No parecía preocupada, te lo aseguro —continúa—. Más bien, encantada.

Intento no visualizar a Camille en brazos de un desconocido. La conozco lo suficiente para saber que buscaría el peligro, se sumergiría en él con los ojos abiertos y una sonrisa en los labios.

—¿Y Nathalie? —insisto, un nudo formándose en mi garganta.

Philippe se encoge de hombros, un gesto que hace que quiera abofetearlo.

—No la vi —admite—. Pero algunos anfitriones seguían cazando cuando me trajeron de vuelta.

—Cazando… —repito, horrorizada.

Él suelta una risa seca.

—Fui lo bastante estúpido como para dejar que me atraparan —dice—. O lo bastante listo, según se mire.

—¿Quién te atrapó? —pregunto, más por distraerme que por verdadero interés, mis ojos constantemente desviándose hacia la puerta cerrada.

Su sonrisa se ensancha, un brillo desafiante animando sus pupilas dilatadas.

—Tal vez algún día te lo cuente, Valérie —pronuncia mi nombre con una familiaridad que no le he concedido—. Si sobrevivimos a esta secta de depravados.

Estoy a punto de insistir, mi paciencia pendiendo de un hilo, cuando la puerta se abre de golpe. Todos nos giramos al mismo tiempo.

Es Camille.

Está envuelta en una bata de satén rojo sangre que apenas llega a mitad de muslo. El cinturón mal atado permite vislumbrar fragmentos de piel desnuda, marcada por constelaciones de moretones. Su cabello rosa, normalmente perfecto, es un desastre

glorioso que cae en mechones despeinados sobre sus hombros. Marcas de labios y dientes salpican su cuello y clavículas, un mapa de su noche plasmado en su piel.

Sus ojos tienen un brillo febril, salvaje. Hay una mezcla intoxicante de emociones en ellos: adrenalina y lujuria satisfecha.

Camina hacia la cama con pasos deliberadamente lentos, ignorándonos a todos. Se deja caer en el colchón con un suspiro que parece arrancado de lo más profundo de su ser.

—Qué noche, eh… —musita, su voz ronca.

Sus ojos se abren de golpe y se clavan en mí.

—¿Y tú, Valérie? —pregunta, su voz descendiendo a un susurro conspirador—. ¿Cómo te lo has pasado con el tuyo?

—¿Cómo crees que me lo he pasado? —replico, mi tono más cortante de lo que pretendía—. Corriendo por un laberinto mientras me persiguen como a una maldita presa.

Camille suelta una risa baja, casi ronroneante, y se apoya en un codo, estudiándome con ojos que ven demasiado.

—Oh, vamos, Valérie, no finjas conmigo —dice con un tono meloso—. Esa cara tuya dice mucho más de lo que quieres admitir.

Sus ojos recorren lentamente mi cuerpo, deteniéndose en las marcas rojizas que la túnica no logra ocultar. Su sonrisa se ensancha.

—¿Quién era? —insiste—. ¿El de la máscara dorada? ¿O te tocó otro de los anfitriones?

—El de la máscara dorada —admito, bajando la voz hasta casi un susurro, consciente de los oídos que nos rodean—. Aunque no me dijo su nombre.

Ella arquea una ceja perfectamente depilada, genuinamente intrigada.

—Interesante —murmura, más para sí misma que para mí—. El mío tampoco. Pero estoy segura de que era Adrien Beaumont. El de la máscara plateada. Tiene que ser él.

Hay una intensidad obsesiva en su mirada que me hace dudar de su certeza. Algo no encaja en su seguridad, como si necesitara convencerse a sí misma más que a mí.

Dejo pasar su comentario y voy directa a lo que me importa.

—¿Viste a Nathalie?

Camille se encoge de hombros con un gesto estudiadamente casual, dejándose caer nuevamente en la cama.

—No —responde, examinando una uña rota con exagerado interés—. Pero si está con el de la máscara azul, creo que le llevará un rato volver.

—¿Por qué dices eso?

Ella me mira desde bajo sus pestañas, evaluándome.

—Porque ha jugado con él más que ninguna de nosotras —responde al fin—. Los vi desde lejos, antes de que me... interceptaran. Ella corría, él la seguía... pero no parecía asustada. Más bien... —busca la palabra correcta— determinada.

—¿Estás insinuando que la están forzando? —Mi voz se tensa tanto que temo que se rompa, un filo de pánico cortando cada sílaba.

Camille me mira como si hubiera dicho la mayor estupidez del mundo.

—No, idiota —replica con una mezcla de exasperación y diversión—. Estoy diciendo que él ha tenido que esforzarse de verdad para convencerla.

Se incorpora con un movimiento fluido.

—Nathalie no se rinde fácilmente, ya la conoces —añade, su sonrisa torciéndose en una mueca que no sé interpretar—. Si sigue ahí fuera, es porque quiere estar ahí.

Philippe se inclina hacia atrás, apoyándose en los codos, y cruza las piernas a la altura de los tobillos. Una sonrisa sardónica se dibuja en sus labios.

—Parece que algunas habéis encontrado exactamente lo que vinisteis a buscar —comenta, su mirada saltando entre Camille y yo con una intensidad que me incomoda.

Camille le dedica una mirada felina, entornando los ojos con fingida dulzura.

—¿Y tú no, Philippe? —pregunta, su tono burlón—. No me digas que te escapaste sin llevarte al menos una buena historia que contar.

Él la observa durante unos segundos, evaluándola, como si decidiera cuánto revelar.

—Digamos que esta noche me ha dado más preguntas que respuestas —murmura finalmente.

Un silencio denso se extiende entre nosotros, roto solo por el crujido ocasional de las brasas agonizantes en la chimenea. No sé cuánto tiempo transcurre, podrían ser minutos u horas, cuando la puerta se abre nuevamente.

Esta vez es un sirviente enmascarado quien aparece en el umbral. Su presencia trae consigo un frío que no tiene nada que ver con la temperatura de la habitación.

—La señorita Nathalie no regresará esta noche —anuncia con una voz monocorde.

Mi corazón se detiene un instante.

—¿Qué? —La palabra escapa de mis labios como un susurro estrangulado. Doy un paso hacia el sirviente, mis manos temblando violentamente—. ¿Qué significa exactamente que no regresará? ¿Dónde está?

El sirviente permanece imperturbable.

—Ha elegido quedarse —responde con la misma cadencia mecánica, y añade como una concesión—: Está a salvo. Su anfitrión se encargará de ella.

—No. —La negación brota desde lo más profundo de mi ser, mi voz elevándose con cada sílaba—. ¡No puede quedarse aquí! ¡Quiero verla!

Doy otro paso hacia la puerta, mi cuerpo tensándose como un arco a punto de disparar, pero Camille me intercepta, colocando una mano firme en mi antebrazo.

—Valérie, espera —dice, su voz firme pero no carente de compasión—. No puedes hacer nada. Si ellos dicen que está bien, lo está.

—¡Tú no lo sabes! —le grito, girándome hacia ella, la frustración y el miedo convirtiéndose en furia—. ¿Y si no está bien? ¿Y si la están reteniendo contra su voluntad? ¿Y si ese tipo de la máscara azul...?

No puedo terminar la frase. El pensamiento es demasiado terrible para vocalizarlo.

—Tienen reglas aquí —dice Phillipe, su voz bajando a un tono casi conciliador—. Lo he visto. Hay líneas que nadie cruza, ni siquiera ellos.

—¿Reglas? —repito con una risa amarga que raspa mi garganta—. ¡Ninguno de nosotros sabe qué está pasando realmente!

El sirviente da un paso dentro de la habitación, y el aire parece condensarse a su alrededor

—La señorita Nathalie ha hecho su elección —repite, y esta vez detecto un sutil filo de advertencia en su tono—. Volverá cuando esté lista. O no. Depende enteramente de ella.

Me quedo inmóvil, mi pecho subiendo y bajando rápidamente, las palabras del sirviente chocando contra mi instinto protector, mi necesidad visceral de actuar. Lucho contra el impulso de empujarlo a un lado, de correr de vuelta al laberinto gritando el nombre de Nathalie.

La mano de Camille aprieta mi brazo con más fuerza, sus uñas clavándose levemente en mi piel, anclándome al presente.

—Valérie —susurra, y hay algo casi suplicante en su tono—. Si sigues peleando, solo conseguirás hacerte daño a ti misma. Ella sabe cuidarse. Siempre lo ha hecho.

Mi resistencia se desvanece, reemplazada por una impotencia ardiente que me calcina por dentro.

Camille suelta mi brazo al sentir mi rendición y se deja caer nuevamente en la cama. Su sonrisa vuelve como una máscara bien ensayada.

—Además —añade con un tono artificialmente ligero—, apuesto a que está teniendo la noche de su vida.

Philippe suelta una risa seca, y el sirviente, satisfecho con nuestra sumisión, se retira cerrando la puerta con un clic suave que resuena como una sentencia final.

Me quedo de pie en medio de la habitación, súbitamente consciente de lo sola que estoy rodeada de gente.

No sé qué creer. No sé qué esperar del amanecer que se acerca inexorable. Pero una certeza se cristaliza en mi interior con la

fuerza de una promesa: esto no ha terminado. Ni para Nathalie, atrapada en los brazos de un desconocido enmascarado. Ni para Camille, cuya sonrisa no alcanza sus ojos. Ni para mí, que he descubierto bajo la luz de la luna una parte de mí misma que nunca supe que existía.

Capítulo 18: Marcas en Silencio

El sol atraviesa los ventanales, pero el pasillo frente a la puerta de Nathalie está cargado de un silencio opresivo. Camille tamborilea sus uñas, su fachada relajada traicionada por la tensión en su mandíbula.

—¿Otro mensaje? —pregunto, aunque sé que no ha respondido.

Camille muestra su móvil: diez mensajes, ocho llamadas, nada.

—Está evitándonos —murmura, pero no se mueve.

Mi instinto periodístico zumba. Nathalie, la más reacia al Banquete, desapareció con un desconocido y no contesta. Algo no encaja.

Un grupo de estudiantes pasa. Hablan de una fiesta en el bar del campus, de un chico que cantó encima de una mesa y de cómo acabaron haciendo un concurso de chupitos. Sus risas son un insulto a nuestra preocupación.

—Esto es absurdo. Quizás no está —gruñe Camille.

Pero antes de que pueda sugerir marcharnos, unos pasos lentos y arrastrados rompen la quietud del pasillo. Nos giramos al unísono, conteniendo la respiración.

Nathalie aparece, un fantasma de sí misma. Su piel pálida contrasta con las marcas violáceas en su cuello, sus rizos enredados. Nos ve y se tensa, sus dedos crispándose en su bolso.

—Menuda cara —bromea Camille, forzando ligereza—. ¿Noche intensa?

Nathalie evita nuestros ojos.

—Sin batería —miente, buscando sus llaves—. Lo siento.

—Nat… —empiezo, pero me corta.

—Estoy bien. Solo necesito dormir.

—¿De verdad esperas que nos traguemos eso? —insiste Camille, su fachada de despreocupación desmoronándose por un

instante—. Desapareciste. El sirviente dijo que no volverías con nosotras.

Un destello de culpa cruza sus ojos, pero su expresión se endurece.

—Ahora no —susurra, entrando y cerrando la puerta.

Nos quedamos mirando la madera. La preocupación se mezcla con la frustración, formando un nudo en mi garganta.

—Joder —masculla Camille—. ¿Has visto su cuello? Parece que la atacó un vampiro.

Trago saliva.

—¿Qué crees que pasó realmente?

Camille se apoya contra la pared, su mirada fija en la puerta.

—Lo que a todas… —dice y se encoge de hombros—. Nos han follado como nunca.

—Tenemos que saber quiénes son —digo, decidida—. Tú crees que el de la máscara plateada era el profesor Beaumont. Empieza por ahí.

—¿Y tú? —pregunta, una ceja arqueada.

—No descansaré hasta descubrirlos.

Camille sonríe, genuina.

—Míranos, jodidas por una noche con desconocidos enmascarados.

Río, el absurdo aliviando la tensión.

—Podríamos estar viendo Bridgerton.

—Y sería aburrido —replica, guiñándome un ojo—. Ve por tus pistas, periodista. Yo cazaré a un profesor.

Mientras se aleja, miro la puerta de Nathalie. Un escalofrío me recorre, como si él me observara. Pero el pasillo está vacío, y el mundo sigue girando, aunque yo me sienta diferente.

Capítulo 19: Fantasmas del Deseo

El aroma a café quemado que llena la cafetería es un ancla frágil a la normalidad. Camille remueve su taza, el clink de la cucharilla marcando nuestro silencio.

—Tienes esa mirada —dice, sus ojos clavándose en mí—. La de estoy obsesionada con un desconocido enmascarado.

—Joder, Camille —susurro, sonrojándome—. Baja la voz.

—Tocas tu cuello como si llevaras su marca —señala.

Mi mano va al pañuelo que me he colocado para ocultar cosas que no puedo olvidar.

—No es eso —miento—. Es Nathalie. No entiendo por qué no nos cuenta nada.

Camille suspira.

—¿Esperabas que contara cómo el de la máscara azul la hizo olvidar su propio nombre? Nos lo dirá… tarde o temprano.

—¿Y si la forzaron a quedarse? —insisto, la duda carcomiéndome.

—Tienes razón —concede, seria—. Está cerrada como una tumba.

Silencio. Luego, ella se inclina, decidida.

—Hablaré con Adrien. Si era el de la máscara plateada, sabe algo.

—No va a confesar nada —dudo—. ¿Un profesor en una fiesta así? Haciéndole cosas a sus alumnas. Esto es más grande que un rollo de una noche.

Ella ríe.

—Tengo mis trucos.

Un cosquilleo en la nuca me hace girar. En la puerta, un tipo de negro, casco de moto ocultando su rostro, me observa. Su cuerpo, esculpido bajo la ropa ajustada, irradia una intensidad que me corta el aliento.

—Ese tío —murmuro, señalando.

Camille mira, frunciendo el ceño.

—¿Quién?

Cuando vuelvo a mirar la puerta está vacía. Mi corazón parece un martillo hidráulico.

—Necesito aire —digo, levantándome.

Fuera, el aire fresco calma mi pulso. Camille me sigue y coloca su mano en mi brazo.

—¿Quieres hablar del de la máscara dorada? —pregunta, con un tono suave que no suele usar a menudo.

Los recuerdos me inundan: sus manos guiándome, su voz prometiendo placeres oscuros. Me vio, no como la Valérie de siempre, sino como la mujer que arde debajo.

—Fue solo sexo —miento, mi voz temblando.

—No me jodas —replica, cortante—. Te conozco. Nunca pierdes el control así. ¿Quién crees que era?

—No lo sé. Pero la forma en que me tocó, las cosas que dijo... —Trago saliva, recordando sus susurros en mi oído—. Me hizo sentir poderosa y vulnerable al mismo tiempo.

Camille se inclina hacia atrás, sus ojos brillando con comprensión.

—Eso no es solo sexo, chérie. Eso es conexión.

—¿Y si no era real? —La pregunta sale antes de que pueda detenerla—. ¿Y si solo era parte del juego?

—¿Importa? —Su respuesta me sorprende—. Te hizo sentir viva, ¿no?

Asiento, incapaz de negarlo.

—Entonces fue real para ti. Y eso es lo que cuenta.

Pero incluso mientras dice las palabras, veo la duda en sus ojos. Porque ella también está luchando con la misma pregunta: ¿qué fue real y qué fue teatro en esa noche de máscaras y deseo?

—¿Los veremos de nuevo? —pregunto, odiando mi tono suplicante.

Camille ríe, amarga.

—Son fantasmas, Valérie. Pero no se van.

Capítulo 20: La Obsesión de una Incertidumbre

El atardecer parisino tiñe de oro las ventanas de mi residencia cuando Camille irrumpe en mi habitación como una tormenta. Su cabello rubio está desordendo, sus mejillas rojas de furia o frustración, o ambas.

—Adrien lo niega todo —escupe, tirando su bolso Hermès sobre mi cama—. "No sé de qué habla, Señorita Lefevre." "Debe haber tenido sueños muy vívidos." ¡Mentiroso!

Me levanto de mi escritorio, donde he estado fingiendo estudiar durante las últimas tres horas cuando en realidad no me puedo concentrar.

—¿Estás segura de que era él? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta por la llama en sus ojos.

—¡Por supuesto que estoy segura! —Se pasea por mi pequeña habitación como una leona enjaulada—. Reconocería esas manos en cualquier parte. La forma en que me llamó 'ma petite peste'... es él.

Se detiene frente a mi ventana, su reflejo mezclándose con las luces de la ciudad que se encienden.

—Pero hay algo más —continúa, su voz bajando hasta convertirse en un susurro—. Cuando le pregunté directamente sobre la noche pasada, por un segundo... por un segundo vi algo en sus ojos. Culpa, tal vez. O miedo.

—Normal, podría perder su trabajo si esto saliera a la luz.

—Va a confesarlo, Valérie. Aunque tenga que seducirlo para sacarle la verdad. —Se gira hacia mí, sus ojos brillando con determinación.

A pesar de todo, me río.

—Eso suena más a tortura que a investigación.

Camille ríe y parece acordarse de algo. Se abalanza sobre su bolso y saca algo del interior: una máscara metálica parcialmente rota, su filigrana dorada enviando un eco perturbador a través de mi memoria. Es similar, demasiado similar, a las que vimos en el Banquete.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto, mi pulso acelerándose mientras toco la superficie fría del metal.

—Del vestuario del departamento de teatro —responde, sus ojos brillando con esa mezcla de excitación y determinación que conozco tan bien—. También tienen túnicas idénticas a las que usaron anoche.

Mi instinto periodístico se enciende como una llama.

—¿Crees que quien organiza el Banquete está conectado con el grupo teatral?

—Alguien del departamento de drama está definitivamente metido en esto —afirma, mordiéndose el labio inferior de esa manera que hace cuando está procesando información.

—¿Puedes conseguirme la lista completa de la compañía teatral? Con fotos si es posible.

Camille asiente y parece tomar una nota mental para más tarde.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta, sentándose en mi cama—. ¿Alguna pista sobre tu misterioso hombre dorado?

Mi corazón se acelera. He estado evitando pensar en él todo el día, pero es imposible. Cada vez que cierro los ojos, ahí está.

—Nada concreto. Mi esperanza es que hubieras avanzado algo con el señor Beaumont, pero claro… Los profesores tienen prohibido relacionarse con el alumnado. Es evidente que no va a confesar nada.

Un golpe suave en la puerta interrumpe nuestra conversación. Camille y yo intercambiamos miradas antes de que vaya a abrir.

Nathalie está en el umbral, pero es una versión diferente de la mujer derrotada que vimos esta mañana. Ha recuperado algo de color en las mejillas, y aunque las marcas en su cuello siguen siendo visibles, hay una nueva determinación en sus ojos.

—¿Puedo entrar? —pregunta, su voz más firme que antes.

—Por supuesto. —Me aparto para dejarla pasar—. ¿Cómo estás?

—Confundida —responde con honestidad brutal—. ¿Alguna vez habéis hecho algo que sabíais que era una locura, pero que se sentía absolutamente correcto en el momento?

Camille y yo intercambiamos otra mirada.

—Eso resume bastante bien anoche —dice Camille suavemente.

Nathalie se sienta en mi silla de escritorio, sus manos jugando nerviosamente con el dobladillo de su suéter.

—Él fue completamente honesto desde el principio —dice finalmente—. Me dijo que podía ser solo una noche, que no debía esperar nada más. Me preguntó si estaba segura de querer quedarme, sabiendo eso.

—¿Y te quedaste? —pregunto, mi voz más suave de lo habitual.

—Sí. —Su respuesta es un susurro—. Y no me arrepiento del acto en sí. Me arrepiento de la esperanza.

—¿Qué esperanza?

—La esperanza de que cuando despertara, él estaría ahí. —Nathalie ríe, pero es un sonido triste—. En lugar de eso, encontré sábanas frías y una nota que decía 'Gracias por una noche perfecta'.

El silencio se extiende entre nosotras, cargado de comprensión mutua.

—No fue solo sexo —continúa Nathalie, su voz ganando fuerza—. Hablamos durante horas. Le conté cosas que no le he contado a nadie, ni siquiera a vosotras. Me dijo que le recordaba al mar antes de una tormenta, que había una fuerza en mí que ni yo misma sabía que existía.

Se detiene, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas.

—Y justo antes de que me durmiera, me susurró al oído: "Si pudiera romper una regla, sería para verte otra vez."

Un nudo se forma en mi garganta. Son palabras diseñadas para obsesionar, para crear exactamente la esperanza que Nathalie describió.

—No caigas en su trampa —le digo firmemente.

Nathalie me mira con desilusión.

—¡Mira quién habla! —interviene Camille —. No te dejes engañar por su cinismo, chérie, Valérie está igual que tú.

Me sonrojo.

—Yo no...

—¿También pasaste la mañana con él? —Nathalie se inclina hacia adelante.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—No, no se parece en nada a lo tuyo. Es solo que… Fue como si me conociera desde siempre. No hubo torpeza, ningún momento incómodo. Solo... encajamos. Nunca me había pasado eso con nadie.

—¿De verdad crees que es León Marchand? —pregunta Nathalie, sus ojos brillando con curiosidad.

—Eso es lo que necesito averiguar.

Capítulo 21: Verdades que Arden

Tres semanas más tarde.

Me refugio en mi rincón favorito de la Biblioteca Sainte-Geneviève junto al ventanal que da a la Place du Panthéon, donde la luz dorada del atardecer parisino se filtra entre las cortinas.

Abro mi portátil y creo un nuevo documento, titulándolo simplemente: "El Banquete: Tras las Máscaras".

Intento mantenerme objetiva, escribir como la periodista que se supone que soy:

Fundado oficialmente en 1887 como un círculo de debate filosófico en la Sorbona, "Le Banquet" ha evolucionado hasta convertirse en algo completamente diferente. Lo que una vez fueron discusiones académicas sobre ética y moralidad se ha transformado en un ritual moderno donde las máscaras no solo ocultan identidades, sino que liberan inhibiciones...

Pero cada palabra me arrastra de vuelta a él: la textura de su máscara dorada bajo mis dedos, la precisión con que sus manos trazaron cada curva de mi cuerpo, su voz ronca ordenándome: "Vas a quedarte justo aquí, Y voy a follarte como siempre soñaste."

Y me quedé. Me rendí completamente.

Es ridículo. Han pasado tres semanas y no me lo quito de la cabeza. Tres semanas de no conseguir sacar nada en claro. Esos ricachones capullos saben ocultar las pruebas.

—Pareces muy concentrada en algo importante.

La voz me sobresalta, y mi corazón da un salto cuando levanto la vista para encontrarme con Léon Marchand. Está de pie junto a mi mesa, su sonrisa ladeada devastadoramente familiar, un ejemplar de "Disciplina y Castigo" de Foucault bajo el brazo. Su camisa negra está abierta en el cuello, revelando la base de su garganta donde estoy segura de haber dejado una marca esa noche.

Pero han pasado tres semanas y su piel está inmaculada.

—Solo trabajo —respondo, mi voz saliendo más ronca de lo que pretendía, delatando la tensión que su presencia siempre despierta en mí.

—¿Puedo? —Señala la silla frente a mí.

Debería decir que no. Debería mantener las distancias profesionales.

No lo hago.

Se sienta con esa elegancia felina que lo caracteriza, sus ojos verdes perforándome con una intensidad que me hace sentir desnuda.

—Foucault —leo el título de su libro, intentando sonar sarcástica—. "Disciplina y Castigo". Muy apropiado para un sábado por la tarde.

—A veces lo que más tememos es precisamente lo que más deseamos —dice, inclinándose ligeramente hacia adelante, su voz grave resonando en algo primitivo dentro de mí—. Foucault entendía la relación compleja entre poder y placer.

La conversación está tomando un rumbo peligroso, pero no puedo resistir el impulso de presionarlo.

—¿Estudias a Foucault como preparación para el Banquete? —ataco, bajando mi voz hasta convertirla en un susurro.

Sus pupilas se dilatan ligeramente, un destello que podría ser sorpresa o diversión.

—¿Sigues obsesionada con esa fantasía? —replica, pero hay tensión en su tono, como si hubiera tocado un nervio—. Pensé que ya habrías superado esa fase.

—Soy periodista. Investigar es mi trabajo.

Se recuesta en su silla, estudiándome como si fuera una presa que está evaluando.

—Hay ciertas líneas que no deberías cruzar, Valérie —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre es como una caricia prohibida —. Escribir sobre el Banquete es una de ellas.

La amenaza implícita en sus palabras me golpea como una bofetada, pero también despierta algo rebelde en mí. Recojo mis cosas con manos que tiemblan ligeramente, furiosa conmigo misma por mostrar debilidad.

—Los secretos tienen fecha de caducidad, Léon —le reto, levantándome—. Todos.

Su mano se cierra alrededor de mi muñeca, un contacto que envía electricidad directa a mis terminaciones nerviosas.

—Esta noche —susurra, su aliento rozando mi oído—. Biblioteca, sección de manuscritos antiguos. A medianoche.

—¿Por qué mierdas iría? —pregunto, aunque mi intento de indiferencia suena como un salvavidas desinflado.

—Porque quieres respuestas —dice, con esa sonrisa enigmática que me persigue en sueños—. Y resulta que yo tengo algunas.

Se marcha sin mirar atrás, dejándome con el pulso acelerado y una mezcla de rabia y deseo tan intensa que me cuesta respirar.

Estoy frente al espejo de mi cuarto, cambiándome por tercera vez, cuando Nathalie golpea mi puerta con nuestro código secreto. Abro para encontrarla en un pijama de pandas con metralletas, una imagen que contrasta brutalmente con la expresión seria de su rostro. Lleva un cuaderno de dibujo bajo el brazo.

—Camille me dijo que tienes una cita nocturna con Léon —dice sin preámbulos, entrando sin esperar invitación.

—Es trabajo —miento, dejando caer mi mochila sobre la cama.

Me muestra uno de sus bocetos: dos máscaras entrelazadas, una azul y otra dorada, dibujadas con una precisión que me corta la respiración.

—Van en pares —explica, señalando los detalles—. La máscara azul siempre se empareja con la dorada. Eligen a dos presas. Después se vigilan para que ninguno rompa las reglas o la cague.

Un zumbido llena mis oídos. Si esto es cierto...

—¿Dónde averiguaste esa información? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Una obra de teatro de hace siete años —responde, mostrándome el siguiente dibujo: una mujer con los ojos vendados y

las manos atadas—. Alguien decidió hacer realidad la ficción.

Mi corazón se acelera cuando comprendo las implicaciones.

—Si León resulta ser el tío de la máscara dorada… —carraspea y baja la cabeza un momento. Antes de armarse de valor para seguir—. ¿Puedes sonsacarle información sobre su compañero?

—Nathalie…

—No es lo que crees —me interrumpe ella—. No soy una acosadora.

—No pienso que lo seas —le aseguro—. Yo tampoco puedo olvidarle. Yo también pienso en ocasiones que estoy enamorada. Pero no es real, Nathalie. Es todo parte de la magia.

Nathalie emite una risa seca y sacude la cabeza.

—Ojalá fuera solo eso, Val —murmura y me mira a los ojos—. Es algo más complicado…

El silencio que sigue a esa declaración y la expresión de su rostro me ponen de sobre aviso. Aunque eso no ayuda a que sus siguientes palabras me impacten menos:

—Estoy embarazada.

Mi grito resuena en la habitación pequeña. Después, guardo silencio, procesando la confirmación de mis sospechas. Esta mañana sorprendí a Nathalie observando su reflejo en la ventana del baño, una mano posada sobre su vientre con una mezcla de terror y reverencia que me resultó inconfundible. Además, sus hábitos han cambiado: el té negro que solía beber compulsivamente ha sido sustituido por infusiones de hierbas, y sus noches de desvelo escribiendo poesía se han transformado en largas horas de contemplación silenciosa.

Nathalie abre la boca para añadir algo, pero mi teléfono vibra sobre el escritorio. Un mensaje de un número desconocido:

"La puerta lateral de la biblioteca está abierta. Ven sola. L"

—Tengo que irme —digo, odiándome por la necesidad en mi voz.

—Por favor —ruega Nathalie—, averigua si Léon estaba realmente allí esa noche.

Asiento, pero una parte de mí ya sabe la respuesta.

—Ten cuidado —susurra mientras me voy.

Capítulo 22: Confesiones a Medianoche

Las sombras de la biblioteca cobran vida entre las estanterías centenarias. El aroma a cuero viejo y papel antiguo me envuelve como un abrazo fantasmal. Oficialmente estoy sola, pero cada célula de mi cuerpo me dice que no es cierto.

—Has venido.

La voz de Léon surge desde las sombras detrás de mí, profunda y grave, cortando el silencio como una navaja. Cuando me giro, lo encuentro apoyado contra una estantería, vestido con una camiseta negra ajustada y vaqueros oscuros que resaltan cada línea de su cuerpo esculpido.

—Cuando alguien te cita a medianoche en una biblioteca cerrada, la curiosidad suele vencer al sentido común —respondo, controlando mi respiración para que no note el efecto que su presencia causa en mí—. Aunque supongo que no es casualidad que puedas entrar aquí después del horario de cierre.

Léon inclina ligeramente la cabeza. Una media sonrisa, apenas perceptible en la penumbra, curva sus labios.

—Tú eres la que escribió sobre mis privilegios —responde con esa calma que siempre me exaspera y me fascina a partes iguales.

—Nunca he escrito sobre ti —niego, cruzándome de brazos—. Pero me alivia saber que te diste por aludido cuando hable de privilegios y trato preferencial en mi artículo.

La línea de sus ojos se tensa, tal vez tratando de lanzarme dagas con ellos, pero no responde inmediatamente. En lugar de eso, se dirige hacia una de las vitrinas de exposición. Sus dedos rozan el cristal que protege un volumen del siglo XVII, un gesto casi reverencial.

—Supongo que te invitaron al Banquete —dice finalmente—. Y por eso ahora haces preguntas y planeas escribir sobre ello. A pesar de que te advirtieron que no lo hicieras.

El aire entre nosotros se espesa instantáneamente. Su simple mención del evento despierta una avalancha de recuerdos: máscaras brillando bajo luces tenues, música que vibraba en mis huesos, manos sabiendo exactamente dónde tocarme.

—Soy periodista —me defiendo—. ¿Me citaste aquí solo para amenazarme?

Se acerca a una mesa antigua y coloca un periódico viejo con precisión calculada.

—Para darte contexto —dice—. Y para que entiendas exactamente dónde te estás metiendo.

Mis manos tiemblan mientras lo desdoblo para leerlo. El periódico amarillento tiene fecha de 2001 con un titular que me hiela la sangre: "Muerte Misteriosa en Fiesta Privada Universitaria".

—¿Por qué me muestras esto? —exijo, mi instinto de supervivencia finalmente despertando.

—Porque hay gente muy poderosa que no quiere que escarbes en esto —dice, acercándose lo suficiente para que pueda sentir el calor de su cuerpo—. Olvídate de esa noche, Valérie.

—¿Me estás protegiendo? —pregunto, sin poder ocultar mi incredulidad.

—¿Te resulta tan difícil de creer? —replica, sus ojos verdes atrapándome como redes.

Pienso en todas nuestras interacciones: las miradas cargadas durante los seminarios, nuestros duelos verbales que siempre terminan con una chispa eléctrica en el aire.

—¿Estuviste en el Banquete? —ataco directamente—. ¿Eras tú el de la máscara dorada?

El silencio se extiende entre nosotros como una cuerda tensa. Los segundos se estiran hasta la eternidad.

—¿Te gustaría que fuera yo? —pregunta finalmente, su voz ronca y peligrosa—. ¿Te excita pensar que era yo quien te tocaba?

Una risa nerviosa se me escapa, pero siento un sofoco en las mejillas.

—Me pone nerviosa, no me excita —miento descaradamente —. Me cabrea que juegues conmigo.

Me observa con una intensidad que me desnuda sin tocarme.

—No puedes dejar de pensar en él —dice, su arrogancia habitual coloreando cada palabra—. En mí. En si somos la misma persona.

Un jadeo involuntario escapa de mis labios.

—Sabía exactamente cómo tocarme —confieso en un susurro —. Como si me conociera desde siempre.

Su respiración cambia, volviéndose menos controlada, y veo algo primitivo brillar en sus ojos.

—Las máscaras nos liberan de las restricciones sociales — dice, su mano roza mi muñeca, enviando electricidad directa a mis terminaciones nerviosas—. Nos permiten ser quienes realmente somos.

—Entonces admites que eras tú.

No es una pregunta esta vez.

—Admito… —dice, inclinándose hasta que su aliento acaricia mi oído. Mi corazón parece detenerse a la espera de la confesión— que me están entrando ganas de tumbarte sobre la mesa y follarte hasta que grites que soy mejor que él.

Se aleja un paso, rompiendo el momento como si nunca hubiera existido

—Sabes que soy competitivo. —Se encoge de hombros con un brillo malicioso en los ojos.

Quiero estrangularle y a la vez quiero arrancarle la ropa para cumplir esa fantasía.

—No hueles como él —musito más para mí.

León me contempla en silencio unos instantes.

—¿Estás decepcionada o aliviada?

No le respondo, simplemente porque no sé la respuesta. Estoy hecha un lío por dentro. Tengo tantos sentimientos encontrados que no puedo ordenarlos.

—¿Qué es peor para alguien como tú? —tantea mi irritante compañero con curiosidad— ¿Haber follado con tu peor enemigo o con un auténtico desconocido?

Trato de ocultar lo mejor que puedo lo fuera de control que me siento ante él y la extraña situación en la que estamos. Me pongo una máscara de indiferencia y levanto el mentón.

—No te des tanta importancia a ti mismo, Marchand. No eres ni de lejos mi peor enemigo —digo y me doy la vuelta para marcharme por donde he venido.

—Si insistes en escribir sobre el banquete… —le escucho decir a mi espalda con un tono tenso. Me detengo, pero no me doy la vuelta—. Tal vez eso cambie, Valérie.

Reanudo el paso preguntándome si es un consejo o una amenaza.

Camille se inclina sobre la mesa de mármol, su voz apenas un susurro conspirador:

—Los archivos del departamento de teatro confirman todo —dice, deslizando una carpeta discreta hacia mí—. Máscaras idénticas, túnicas ceremoniales, incluso distorsionadores de voz como los que usaron esa noche.

—¿Quién tiene acceso a todo eso? —pregunto, mi pulso acelerándose mientras reviso las fotografías del inventario.

—Aquí está lo interesante —responde, una sonrisa depredadora curvando sus labios—. Adrien Beaumont. Tiene llaves del almacén desde hace dos años.

Exhalo lentamente, mi mente procesando las implicaciones.

—No sé si quiero seguir con esto, Camille —confieso, una vulnerabilidad inusual coloreando mi voz—. Anoche Léon me mostró algo... inquietante.

Me mira con genuina incredulidad.

—¿Qué pasó? La Valérie que conozco no retrocede ante nada.

—Hubo una muerte en el Banquete de 2001 —revelo, bajando la voz hasta que es prácticamente inaudible.

Camille contiene el aliento audiblemente.

—¿Asesinato? —pregunta, sus ojos brillando con una mezcla de horror y fascinación morbosa.

Asiento gravemente.

—Esto no es solo una orgía para ricos —digo—. Hay secretos aquí que algunos matarían por proteger.

—¿Y tu hombre de la máscara dorada? —insiste, leyéndome demasiado bien—. ¿Vas a dejarlo ir así sin más?

Su recuerdo me atraviesa como una bala. Cierro los ojos, intentando mantener el control.

—No ha revelado su identidad porque le gusta este juego de poder —respondo, mi voz más fría de lo que me siento—. No pienso ser su marioneta. Voy a abandonar la idea de descubrir quién es, y dejar que se quede como un recuerdo perfecto.

Camille ríe, pero no hay humor en el sonido.

—Mentirosa. Estás tan obsesionada como yo. —Se inclina hacia adelante—. Pero yo voy a cazar a Adrien hasta conseguir respuestas. Cambié de compañero de baile con Kamala, ahora estoy con Émeric.

—¿Émeric? ¿Al que apodan el Dios porque está como un tren? —curioseo.

Ella asiente con gusto y un brillo malicioso en los ojos.

—Veremos cómo le siente a Adrien verme con él.

Me preocupa su obsesión, pero yo no estoy mucho mejor.

—¿Qué hacemos sobre Nathalie? —pregunta tran un instante de silencio—. Está destrozada, Valérie. No tiene ni idea de quién es el padre.

El peso de la responsabilidad cae sobre mis hombros como una losa.

—Envíame de nuevo la lista del departamento de teatro —pido, abriendo mi portátil.

Sonríe con aprobación, y activa la pantalla de su teléfono.

—Si su nombre está en alguna parte de esa lista —digo con certeza—. Vamos a desenmascararlo.

Tirada en mi cama con el portátil encima, estoy a mitad de mi segundo capítulo de Dix Pour Cent de la noche cuando un susurro de papel bajo la puerta me distrae. Un sobre blanco con mi nombre escrito en esa caligrafía elegante que ya reconozco. El pasillo está vacío cuando abro, solo el eco de pasos desvaneciéndose en la distancia.

Mis manos tiemblan mientras abro el sobre. La tinta negra susurra secretos en papel caro:

A veces me pregunto si fuiste un sueño, Valérie. Pero los sueños no te hacen temblar. Ni suplican por repetirse. No hacen que te toques pensando en fantasmas.

Sé que intentas olvidarme, ma chérie, pero tu cuerpo recuerda. Podría dejarte ir, soltarte como a una mariposa, pero no quiero. Y en el fondo, tú tampoco.

Estás marcada, tan profundamente que no sabes dónde acabo yo y empiezas tú.

Pronto.

Una pequeña máscara dorada está dibujada al final, no como una firma, sino como una promesa. Toco el papel, sintiendo una excitación traicionera que no es solo miedo.

Me acerco a la ventana, escrutando las sombras del patio. ¿Me está observando ahora mismo? La paranoia y el deseo se mezclan de una manera que debería ser perturbadora pero que resulta... adictiva.

Pienso en Nathalie y su embarazo, en la muerte de 2001, en Adrien, en Léon y sus advertencias.

—Si quieres jugar —susurro a la noche parisina—, vamos a hacerlo con fuego.

Me siento frente a mi portátil y empiezo a escribir, poseída por una determinación que no sabía que tenía. Esto ya no es un artículo. Es una provocación. Una búsqueda de la verdad, aunque me consuma en el proceso.

Y si él está esperando al final de esta búsqueda, que así sea.

Capítulo 23: Juegos peligrosos

La sala de impresoras huele a tóner caliente y papel reciclado. Estoy aquí porque el ordenador principal de la redacción se averió, y también porque necesito evitar a Léon después de nuestro encuentro nocturno. La impresora escupe lentamente las páginas de mi artículo, pero el sonido de pasos deliberados en el pasillo me hace detenerme.

—¿Hola? —llamo, mi voz resonando en el espacio pequeño.

Silencio absoluto. Un fluorescente parpadea sobre mi cabeza, creando sombras danzantes. La sensación de estar siendo observada se intensifica hasta volverse asfixiante.

Camino hacia la puerta y tiro del pomo. No se mueve. Lo intento de nuevo, empujando con el hombro. Nada. Estoy encerrada.

Mi móvil muestra "Sin señal" en una burla cruel. El pánico empieza a crecer en mi pecho como una flor venenosa.

—¡Esto no tiene gracia! —grito, pateando un archivador metálico. El estruendo resuena por toda la sala, pero nadie viene a ayudarme.

Pasos lentos se detienen al otro lado de la puerta. Una sombra se mueve por el tragaluz superior, demasiado deliberada para ser casual. El pestillo hace clic, y la puerta se abre lentamente.

Corro hacia el pasillo, que está completamente vacío excepto por un post-it amarillo pegado en la pared a la altura de mis ojos:

"O lo quemas. O ardes."

Lo arranco con manos temblorosas y corro hacia la salida, la certeza golpeándome como un martillo: esto no es una broma estudiantil. Es una advertencia real.

El comedor está más lleno de lo habitual para un viernes por la noche. Camille, Nathalie y yo hemos conseguido una mesa en un rincón, perfecta para conspiraciones.

—¿Te encerraron de verdad? —Camille, con espaguetis colgando de su tenedor, me mira con una mezcla de incredulidad y preocupación—. Suena muy cinematográfico.

—No sé si fue intencional —admito, removiendo mi ensalada sin apetito—. Pero alguien estaba ahí. Lo sentí.

Nathalie, sorprendentemente calmada para alguien que está lidiando con un embarazo no planificado con un hombre enmascarado, extiende la mano.

—Déjame ver las notas.

Saco tanto el post-it de hoy como la carta de anoche. Camille lee la carta en voz alta, su voz temblando ligeramente con cada palabra.

—Esto no es seducción —dice Nathalie después de examinar ambos papeles—. Esto es manipulación psicológica sofisticada.

—El post-it es sobre el artículo —añade Camille—. Pero la carta... esa es puramente personal. ¿Dos personas diferentes?

Asiento, mi piel erizándose ante la posibilidad.

—¿O una sola persona jugando un juego muy retorcido? —sugiero.

—¿Se lo vas a contar a alguien oficial? —pregunta Camille.

—¿Y decir qué exactamente? —replico, mi voz cargada de amargura—. ¿Que un desconocido enmascarado me escribe cartas de amor amenazantes? ¿Que me encerraron en una sala sin testigos ni pruebas?

—Suena a paranoia cuando lo dices así —admite Camille—. Mi consejo: aplaza la publicación del artículo hasta que sepamos más.

Un silencio tenso se instala entre nosotras. Nathalie finalmente toma mi mano.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta— ¿Lo vas a publicar como tenías planeado?

—No todavía —respondo—. Pero voy a pedirle ayuda con la investigación a mi amigo Pierre. Quiero saber exactamente quién está jugando conmigo.

Capítulo 24: Amenazas Veladas

El gimnasio del campus huele a sudor concentrado y a la goma recalentada de las máquinas.

Camille está desplomada en un banco después de una clase de spinning que claramente la ha dejado medio muerta, mientras yo, sentada en las gradas, mordisqueo una barrita proteica sin lograr calmar mi ansiedad constante.

—Nunca más —gime, limpiándose el sudor de la frente con una toalla rosa—. Mi cuerpo está diseñado para bailar, no para esta tortura moderna.

—Pues tus glúteos parecen bastante agradecidos —bromeo.

Me lanza una mirada que podría marchitar flores, pero antes de que suelte una de sus réplicas mordaces, la puerta del gimnasio se abre con un estruendo que hace que ambas nos sobresaltemos. Nathalie entra como un huracán, su chaqueta estructurada y su postura rígida gritando que algo va muy mal.

—Necesito hablar con vosotras —dice sin saludar.

Camille se incorpora inmediatamente, toda la fatiga desapareciendo de su rostro.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que me están siguiendo —declara, con una calma tan estudiada que resulta más perturbadora que un grito—. Y estoy casi segura de que me han estado fotografiando.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Camille, irguiéndose.

—Destellos de flash, siempre desde la misma distancia. Un Lexus negro que aparece demasiadas veces para ser coincidencia —responde Nathalie, su voz temblando ligeramente—. Tres veces en los últimos dos días.

—¿El tipo de la máscara azul? —susurro, sintiendo ese nudo familiar apretándose en mi estómago. La inquietante sensación de vulnerabilidad que nos persigue desde que esto empezó.

Nathalie se muerde el labio inferior.

—No tengo ni idea —admite, pasándose una mano por el cabello—. ¿Por qué me vigilaría de lejos en lugar de acercarse?

El silencio cae entre nosotras, denso y pegajoso. Al fondo, el rebote de una pelota marca un ritmo inquietante, como el tic-tac de una bomba.

—Esto ya no son notas misteriosas ni jueguecitos de niños ricos —sentencia Camille, cruzándose de brazos—. Esto es acoso en toda regla.

Me fijo en la tensión en su mandíbula, en cómo sus dedos se clavan en sus propios brazos.

—A ti también te pasa algo, ¿verdad? —le pregunto directamente.

Ella suspira y desvía la mirada por un momento, después parece rendirse.

—Estábamos ensayando el pas de deux del segundo acto —empieza, frotándose las manos como si quisiera borrar una sensación—. Es intensamente físico, todo contacto, respiración compartida, confiar en el otro...

Hace una pausa, y su mirada parece perderse en un punto distante.

—Beaumont estaba de mal humor diferente. Su cuerpo irradiaba tensión, como un animal acorralado. Nos dijo que no lo estábamos haciendo bien y le ordenó a Émeric que se echara a un lado y tomó su lugar junto a mí. Cada vez que sus manos me tocaban, parecía que le estuviera quemando. Y entonces, en el momento del gran levantamiento, cuando debía sostenerme en el aire...

Camille traga saliva, y yo contengo la respiración.

—Me soltó. Deliberadamente. Como si de repente no soportara el contacto de mi piel.

—¡¿Qué?! —exclamo.

—¿Te hiciste daño? —pregunta Nathalie al mismo tiempo, sus ojos escaneando el cuerpo de Camille en busca de lesiones.

—Caí sobre una colchoneta —aclara rápidamente, agitando una mano para restar importancia—. El daño no fue físico.

Su voz se quiebra ligeramente.

—Pero lo vi en sus ojos, justo antes de soltarme. No fue un error técnico. Fue... pánico. O algo más calculado. No sé qué me asusta más.

—¿Y qué hiciste? —pregunto, apoyándome contra la pared porque de repente necesito que algo sólido me sostenga.

Los labios de Camille se curvan en una sonrisa amarga.

—Me levanté, sacudí el polvo invisible de mi maillot y le dije: "Si no puedes tocarme sin desmoronarte, quizás deberías preguntarte si puedes dedicarte a esto profesionalmente." Luego salí con la cabeza alta y las rodillas temblando.

—Uff, Camille —murmura Nathalie, con admiración mezclada con inquietud—. Quizá deberías alejarte de él.

—A veces creo que me odia visceralmente —confiesa Camille, su voz ahora apenas un susurro—. Y otras... que está tan profundamente atrapado en lo que siente que ha perdido el norte de quién es.

Un silencio cargado nos envuelve mientras asimilamos la magnitud de todo esto. Finalmente, Nathalie mira su reloj y anuncia que tiene una tutoría ineludible con su profesor de literatura rusa. Camille decide que necesita una ducha interminable y se dirige a los vestuarios, dejándome sola con mis pensamientos arremolinados.

Sigo demasiado tensa como para irme a mi dormitorio, así que decido correr en la cinta durante veinte minutos, rogando por que el esfuerzo físico drene toda esa adrenalina acumulada de mi cuerpo.

Más tarde, cuando estoy inclinada sobre la fuente de agua para calmar mi sed escucho un golpe seco, seguido de otro. Otro más reverbera desde el extremo opuesto del gimnasio.

Giro la cabeza y veo a Léon, descargando una furia metódica contra un saco de boxeo que se balancea peligrosamente con cada impacto. Lleva una sudadera gris oscura con las mangas recortadas que revela unos brazos definidos y tensos, pantalones deportivos que parecen diseñados específicamente para torturar mi imaginación, y el pelo negro revuelto y húmedo pegado a su frente. Su cuerpo entero es una sinfonía de movimiento y control; cada

golpe parece calculado para infligir el máximo daño con la mínima energía.

Quiero apartar la mirada, pero es como intentar no mirar un accidente de coche a cámara lenta: imposible.

Entonces, como si sintiera el peso de mi observación, se detiene. Me mira. Y el aire entre nosotros se carga con algo denso e invisible.

—Eh, Dupont —dice, pasándose el antebrazo por la frente—. ¿Has venido a estudiar la competencia o solo a disfrutar del espectáculo?

—A verte a ti, por supuesto —respondo con sarcasmo, pero mi traicionera voz se quiebra en la última sílaba—. Sabes que el mundo gira a tu alrededor.

Una sonrisa lenta, deliberada, se extiende por su rostro. Es el tipo de sonrisa que promete problemas deliciosos.

—¿Quieres probar? —pregunta, señalando el saco con un movimiento de cabeza.

—¿A golpearte a ti o al saco? —contraataco, cruzándome de brazos.

Su risa es grave, casi un gruñido, y hace que algo primitivo en mi interior se despierte.

—Lo que más necesites para liberar esa tensión, pequeña investigadora —responde, con una voz que es como chocolate caliente.

Me acerco, midiendo cada paso, consciente de que cada centímetro que reduzco entre nosotros es territorio peligroso. El calor emana de su cuerpo en oleadas casi tangibles. Cuando estoy frente al saco, él se coloca detrás, sujetándolo. Su cercanía hace que mi piel cosquillee como si estuviera electrificada.

Lanzo un puñetazo torpe, más ruido que impacto. El saco apenas se mueve.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —murmura, su voz ahora más cercana a mi oído de lo que esperaba.

—Prefiero destruir con palabras que con puños —replico, intentando mantener la compostura—. Aunque contigo me tienta combinar ambas disciplinas.

Se desplaza hasta quedar frente a mí, con el saco como única barrera entre nuestros cuerpos. Sus ojos, de un verde paradisíaco, se clavan en los míos con una intensidad que me deja sin aliento.

—¿Sigues investigando el Banquete? —indaga, y aunque su tono es casual, la pregunta cae entre nosotros como una declaración de guerra.

—¿Tú qué crees? —respondo, sosteniendo su mirada, aunque todo mi cuerpo vibra en respuesta a su proximidad.

El tiempo se suspende entre nosotros. Sus ojos descienden brevemente hacia mis labios, y ese simple gesto hace que mi estómago dé un vuelco y que el aire se atasque en mi garganta.

—Creo —dice, inclinándose ligeramente, su voz convertida en un rumor íntimo que parece deslizarse directamente bajo mi piel— que estás adentrándote en aguas mucho más profundas de lo que imaginas. Y que cuando te hundas, nadie podrá salvarte.

—¿Es eso una amenaza? —exijo saber, más firme de lo que me siento.

—Es una advertencia —responde, y por un instante, me parece ver algo parecido a la preocupación cruzar su rostro—. Hay secretos que queman, Dupont. Y tú... —su mirada recorre mi rostro con una lentitud deliberada— pareces decidida a arder.

—¿Sabes qué pienso yo? —me inclino hacia él, mi pecho casi rozando el saco de boxeo—. Que estás metido en esto hasta el cuello. Que sabes mucho más de lo que aparentas.

Un músculo se tensa en su mandíbula. Se inclina más, hasta que nuestros alientos se entrelazan en el escaso espacio que nos separa.

—Y si así fuera... —susurra, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me atraviesa— ¿qué harías al respecto?

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

—Depende —murmuro, mi voz ahora también un susurro—. ¿Eres el arquitecto de esta pesadilla o solo otro peón atrapado en el juego?

Algo cambia en su mirada. Por un instante, la máscara de arrogancia parece resquebrajarse, y creo vislumbrar algo vulnerable,

casi doloroso. Pero entonces, tan rápido como apareció, se desvanece. Da un paso atrás, rompe el hechizo entre nosotros y agarra su toalla con un movimiento brusco.

—Avísame si quieres que te ayude a olvida a ese tipo —dice mientras se aleja, sin mirarme.

Se detiene en la puerta y gira ligeramente la cabeza, su perfil recortado contra la luz.

—O tal vez estás atrapada en el morbo del anonimato —añade, y hay algo en su tono que suena casi como una promesa.

Y luego se va, dejándome con la respiración entrecortada y la certeza de que acabo de intercambiar algo más que palabras con él. Un desafío, quizás. O algo más peligroso aún.

Capítulo 25: Cazando Fantasmas

Es sábado por la tarde y tenemos prácticamente toda la biblioteca histórica para nosotros. El aire es una mezcla embriagadora de papel antiguo y madera envejecida, y cada crujido del suelo de parqué bajo mis pies envía vibraciones que parecen despertar los fantasmas de décadas de secretos académicos.

Pierre camina a mi lado, su presencia una contradicción cálida en la frialdad de estos pasillos olvidados. Sus dedos rozan ocasionalmente mi brazo, contactos aparentemente casuales que sin embargo tienen la intencionalidad deliberada de alguien que está tanteando el terreno. Nos hemos acostado un par de veces en el pasado cuando su novio de Lyon no podía visitarlo, y creo que está considerando una repetición. Lo que no tengo claro es cómo me siento yo al respecto.

—Podríamos estar en mi apartamento ahora mismo —murmura, su voz rozando peligrosamente cerca de mi oído de una manera que hace que se me erice la piel—. Con una botella de ese Bordeaux que tanto te gusta. Pero prefieres arrastrarme a este laberinto polvoriento en busca de conspiraciones.

Por un momento, considero la posibilidad de escondernos en algún rincón privado para consolarnos mutuamente, pero la imagen de un fantasma con máscara dorada se interpone en la fantasía y… ¡parece molesto por la traición imaginaria!

Es completamente ridículo. Seguramente él, sea quien sea, se ha acostado con diez mujeres diferentes después de mí.

—Necesito respuestas, Pierre —respondo, evitando deliberadamente su mirada para que capte el mensaje—. Las notas me están volviendo paranoica. No puedo pensar en otra cosa.

"No puedo pensar en otra cosa excepto en Léon", añade una voz traicionera en mi cabeza.

Pierre me estudia con la atención meticulosa de un detective. Por algo le he pedido ayuda..

—¿Esto es por Marchand? —pregunta, leyéndome el pensamiento con una precisión que me desconcierta—. Parece que siempre lo tienes en la cabeza cuando decides sobre qué escribir.

Mi corazón salta como un caballo desbocado ante la simple mención de su nombre, una reacción visceral que mi cuerpo ya no puede ocultar. La imagen de Léon se materializa inmediatamente: el sudor recorriendo la curva perfecta de su espalda durante el entrenamiento, sus ojos verdes encontrándose con los míos a través del gimnasio, sosteniéndome la mirada con una intensidad que me hizo sentir completamente desnuda.

—Esto no tiene absolutamente nada que ver con él —miento, sabiendo que mi voz me traiciona con cada sílaba.

—Por supuesto que no —dice Pierre, ajustándose las gafas con esa sonrisa que dice que no me cree ni por un segundo—. Muy bien, periodista implacable. Sigamos con tu cruzada sagrada por la verdad.

Subimos por una escalera de caracol que gime bajo nuestro peso combinado. La madera antigua se queja con cada paso. En un recodo especialmente estrecho, mi cuerpo queda atrapado contra el de Pierre, nuestras respiraciones mezclándose en el aire denso y cargado.

Él lo nota inmediatamente. Sus pupilas se dilatan ligeramente, y su mano encuentra mi cintura en un gesto que podría parecer de simple apoyo a cualquier observador casual, pero cuyos dedos se hunden con una presión que dice otra cosa.

Me separo con un movimiento delicado pero firme, negándome a caer en esa espiral tentadora justo ahora. No cuando hay tanto en juego. No cuando la imagen de otra persona sigue acechando en todos los rincones de mi mente.

—La Sala E está al final de este pasillo —digo tras carraspear.

Pierre suspira con resignación, pero asiente rápidamente, volviendo al papel de amigo e investigador cómplice.

La estancia es literalmente un rincón olvidado del tiempo, donde la universidad almacena cuidadosamente fragmentos de su historia. Periódicos amarillentos reposan en cajas de cartón etiquetadas a mano, anuarios se apilan como testigos silenciosos de

generaciones de estudiantes, y expedientes parcialmente digitalizados duermen en servidores que nadie consulta jamás.

—Si existe alguna pista sobre la primera edición de Le Banquet, estará enterrada aquí —murmura Pierre, encendiendo su portátil y conectándose a la red interna de archivos del campus.

Me dedico a revisar los estantes físicos, sistemáticamente, en busca de cualquier referencia a máscaras, puestas en escena, o rituales demasiado reales. El polvo se adhiere a mis dedos como si intentara retenerme, mientras paso páginas quebradizas, descifrando fechas borrosas y títulos apenas legibles.

—Val, creo que he dado con algo raro —dice Pierre, y su tono me saca de inmediato del trance polvoriento.

Me acerco a su lado y miro la pantalla. Ha abierto un archivo vinculado a una representación teatral de hace casi veinte años.

—"Le Banquet" —leo en voz alta. Es una obra de teatro. Escritura original de un antiguo estudiante. Nunca publicada, solo representada una vez —dice Pierre, ampliando el documento—. Y escucha esto: la trama giraba en torno a un círculo de estudiantes que organizaban una cena clandestina donde se exploraban "las dinámicas del poder, el deseo y el anonimato ritual".

Se me pone la piel de gallina recordando lo que me contó Nathalie sobre esa obra. Leo la sinopsis: "Los invitados, privados de identidad, eran iniciados por anfitriones enmascarados que imponían reglas destinadas a subvertir las jerarquías tradicionales."

—Joder… —susurro—. Es la estructura exacta del Banquete actual. Solo que ahora ya no es una obra.

—Exacto —dice Pierre—. Creo que esto no fue solo una inspiración. Fue el origen. El primer Banquete fue una obra. Y alguien decidió convertirla en un evento real. Y no lo dejaron ahí. La tradición siguió, año tras año, en secreto.

Pierre abre otro archivo vinculado: fotos de la escenografía original. En una de ellas, aparece una sala decorada con cortinas del color del vino tinto, espejos deformantes y candelabros góticos.

—Espera... —dice Pierre, ampliando la imagen—. Esa sala...

—La Sala Carmesí —susurro, sintiendo un vuelco en el estómago.

Pierre asiente.

—Creo que aún existe. Mira —señala un pie de foto—: "Montaje en la Sala Carmesí, pabellón B3 subterráneo."

Nos miramos. Ambos entendemos lo mismo sin decirlo: ese lugar no era solo escenografía. Fue el epicentro. Donde empezó todo.

—Quizá ahí sea donde se siguen reuniendo —digo en voz baja —. Donde lo preparan. Donde planean a quién invitar. A quién marcar.

—Y si ese lugar sigue intacto... podría haber algo. Listas, cuadernos, máscaras. Algo que lo conecte todo.

Pierre se pone de pie, guardando el portátil con rapidez.

—¿Vamos? —pregunta.

—Por supuesto —respondo, con el corazón latiendo a ritmo de investigación, y también de peligro.

Un ruido súbito nos interrumpe: un golpe sordo y deliberado en el fondo de la habitación que hace que ambos nos congelemos instantáneamente.

Avanzamos juntos hacia el origen del sonido, mi corazón martilleando violentamente contra mis costillas. Un libro yace abierto en el suelo de madera, como si alguien lo hubiera dejado caer muy deliberadamente. O colocado estratégicamente para que lo encontráramos.

"Máscaras, Rituales y Poder: La Política del Disfraz en la Francia Moderna"

Y en la página que quedó abierta, subrayado con tinta dorada que captura perfectamente la luz mortecina de la biblioteca:

"El disfraz no oculta la verdadera identidad: la revela en su forma más pura. No esconde quiénes somos: multiplica nuestras posibilidades."

Pierre y yo intercambiamos una mirada cargada de comprensión mutua y terror creciente.

—Alguien nos está observando ahora mismo —susurra, su voz tan baja que apenas puedo escucharla—. Alguien quiere que sepamos que saben exactamente lo que estamos haciendo aquí.

La adrenalina se dispara en mi sistema nervioso.

—Podrían estar aquí mismo, en esta sala —murmuro, escaneando desesperadamente las sombras densas entre las estanterías altísimas.

—Tenemos que salir de aquí inmediatamente —murmura Pierre, volviendo rápidamente por sus cosas—. Ahora mismo.

Recojo el libro misterioso del suelo y lo meto en mi mochila con manos que tiemblan visiblemente. Avanzamos hacia la salida, cada paso un eco que retumba ominosamente en la quietud sepulcral de la sala. La sensación de estar siendo observados por ojos invisibles se intensifica con cada segundo.

En la puerta de salida, descubro una nueva nota cuidadosamente pegada a la madera antigua, la caligrafía elegante y amenazadora ahora demasiado dolorosamente familiar:

"La verdad no te salvará, Madame Dupond. Solo hará que te vean mucho mejor en la oscuridad."

Arranco la nota y la guardo en mi bolsillo junto a las otras. En el pasillo principal, lejos de esos ojos invisibles que parecían vigilar cada uno de nuestros movimientos, Pierre me detiene, sus manos firmes en mis hombros.

—Val, esto está tomando un cariz peligroso —dice, su voz tensa con preocupación genuina—. Tal vez deberías alejarte de toda esta gente antes de que sea demasiado tarde.

Sus ojos buscan los míos desesperadamente, una súplica silenciosa para que reconsidere mi determinación, para que me retire del abismo al que estoy tan obstinadamente decidida a lanzarme.

Asiento mecánicamente, evitando su mirada penetrante. No sé si le estoy mintiendo a él o a mí misma, porque en el fondo de mi alma, no estoy segura de ser capaz de rechazar al demonio si me invita a otro baile.

Me separo suavemente, necesitando espacio desesperadamente para respirar, para pensar con claridad.

—Te llamaré esta noche —prometo, aunque no estoy segura de poder cumplirlo—. Necesito procesar todo esto completamente sola.

Pierre asiente con resignación. Me da un último apretón reconfortante en la mano antes de alejarse por el pasillo en dirección opuesta, dejándome a solas con mis pensamientos turbulentos y el peso aplastante de las amenazas en mi mochila.

Camino en la dirección contraria hacia la salida que da directamente al Jardín de Luxemburgo.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Camille: "Tienes razón sobre Adrien... creo que voy a pasar de él definitivamente."

No respondo inmediatamente. Estoy demasiado alterada y genuinamente paranoica con la idea de que me están siguiendo activamente. Lo único que quiero es volver a la seguridad de mi habitación y cerrar la puerta con llave.

Pero mientras camino por las calles de París, una verdad se cristaliza en mi mente: el deseo y el peligro siempre han sido las dos caras de la misma moneda maldita.

Una moneda que no puedo dejar de lanzar al aire, esperando que caiga del lado correcto.

Capítulo 26: El Silencio que Quema

El campus nocturno ha adoptado una nueva identidad cuando salgo de la biblioteca. La lluvia flota como un susurro, y cada paso que doy resuena contra el pavimento mojado.

Estoy cruzando el patio central cuando lo escucho: un rugido suave que corta el silencio. Una moto se acerca despacio, como un depredador que sabe que su presa no puede escapar. La luz del faro barre la oscuridad y me encuentra, clavándome al suelo. Me detengo, agarrando mi mochila con fuerza.

La moto se detiene a pocos metros. El conductor, completamente vestido de negro, no se mueve. No habla. Solo levanta una mano enguantada y, con un gesto que parece ralentizarse en el tiempo, me invita a subir.

"No lo hagas", me grita mi instinto de supervivencia. "¿Te vas a subir a una moto con un desconocido, después de recibir notas de amenaza? ¿Es que no has visto ninguna película de terror?"

Pero entonces lo veo: un pin diminuto en la solapa de su cazadora. Una máscara dorada.

Un escalofrío me recorre la espalda, pero no es miedo. Es reconocimiento, es la sensación de que, de alguna manera retorcida, estaba esperando que esto sucediera. La adrenalina se dispara en mi sangre y, antes de que la lógica pueda intervenir, mi cuerpo ya ha decidido.

Avanzo, paso una pierna por encima del asiento y me coloco tras él. La cercanía es abrumadora: mis muslos presionando sus caderas, mis manos encontrando su cintura como si llevaran toda la vida haciéndolo. Su calor corporal traspasa el cuero, mezclándose con un aroma a gasolina, piel y algo cítrico que hace que mi estómago se contraiga.

Arranca sin decir palabra.

La moto serpentea por caminos secundarios, alejándonos de las luces del campus hasta internarnos en un bosque donde las

ramas negras parecen querer atraparnos. Con cada giro, me agarro más fuerte a él, mi roca sólida en un mundo que se está disolviendo.

Lo preocupante no es que estemos cada vez más lejos de todo, de la residencia, del campus, de cualquier lugar donde alguien pudiera ayudarme. Lo preocupante es que no tengo miedo. Solo siento esta corriente eléctrica bajo mi piel, esta sensación de estar completamente viva por primera vez en mucho tiempo.

El motor se apaga. Estamos en un claro del bosque donde la luna proyecta sombras inquietantes. Frente a nosotros hay un gazebo de madera oscura, medio devorado por la hiedra. Su estructura parece sacada de una novela gótica, bella y amenazante a partes iguales.

Él se baja primero, con movimientos fluidos que hablan de confianza, de control. Me tiende una mano enguantada. La tomo, y el simple contacto a través del cuero me provoca un escalofrío que no puedo disimular.

El gazebo huele a madera húmeda y a tierra después de la lluvia. Nuestros pasos resuenan en la estructura antigua mientras nos adentramos. Él sigue sin quitarse el casco, y el visor oscuro me devuelve mi propio reflejo: una chica con ojos demasiado brillantes, labios entreabiertos y mejillas sonrojadas. Una chica que no parece tener miedo, sino hambre.

No hago preguntas. Las palabras podrían romper lo que sea que está pasando aquí, este frágil equilibrio entre la amenaza y el deseo. Porque esto no es un encuentro casual. Es un desafío. Un juego en el que, por una vez, no quiero ser la que corre detrás de las respuestas.

Se acerca, medido y deliberado. Retrocedo hasta que mi espalda toca una de las columnas del gazebo. No me está tocando, pero su presencia ocupa todo mi espacio, todo mi aire. Lo siento en cada centímetro de mi piel, aunque haya distancia entre nosotros.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo. Mil preguntas me arden en la garganta: ¿Quién eres? ¿Por qué yo? ¿Eres el hombre del Banquete? Pero las palabras se disuelven antes de que pueda pronunciarlas.

Levanta una mano. La punta de sus dedos enguantados roza mi cuello, trazando una línea desde la clavícula hasta la mandíbula con tanta delicadeza que casi duele. Es un toque que pregunta y afirma a la vez.

—He intentado mantenerme a distancia —susurra, y su voz, amortiguada por el casco, es grave, profunda y distorsionada. Me trae directamente recuerdos del banquete.

—¿Por qué no te quitas el casco? —consigo articular, intentando que mi voz suene firme y no como lo que es: una súplica.

Suelta una risa baja que vibra entre nosotros.

—Porque eso no es lo que quieres, Valérie —responde, y sus dedos descienden por mi garganta, deteniéndose justo donde late mi pulso—. Lo que quieres es sentirme.

Antes de que pueda replicar, su otra mano encuentra mi cintura, colándose bajo mi abrigo con una seguridad que me desarma. Su contacto es cálido, firme, reclamando mi cuerpo como si ya lo conociera, como si supiera exactamente dónde tocar para que me deshaga.

Me presiona contra la columna, y un sonido escapa de mi garganta sin permiso. Mi cuerpo se curva hacia él, trazando su silueta.

—Ahora o nunca, Valérie: Dime que me detenga —murmura cerca de mi oído, y puedo sentir el calor de su aliento incluso a través del casco—. Dime que no lo deseas.

Pero no puedo mentir. No cuando todo mi ser tiembla con anticipación, no cuando mi piel arde bajo sus manos. No cuando llevo semanas obsesionada con su fantasma.

En lugar de responder, levanto mi mano hasta su pecho. Bajo mi palma siento los músculos tensarse, su respiración acelerarse. Por un instante parece sorprendido, como si no esperara que yo también pudiera tocarlo, reclamarlo.

El equilibrio cambia. Sus manos se vuelven más insistentes: una sube por mi espalda mientras la otra presiona mi cadera, acercándome más a él. Su cuerpo se encuentra con el mío, duro y caliente, y el casco sigue interponiéndose entre nosotros como una barrera que, paradójicamente, lo hace todo más intenso.

—Eres peligrosa, Valérie —murmura, y hay una mezcla de admiración y advertencia en su voz que me provoca un escalofrío—. Me haces olvidar mis propias reglas.

Sus dedos encuentran el borde de mi camiseta y se deslizan por debajo con deliberada lentitud. Tocan la piel de mi cintura, ascienden despacio, dejando un rastro ardiente que me hace arquearme. Mi respiración se vuelve irregular, y cuando siento el frío del casco rozar mi cuello, un gemido escapa de mis labios, vergonzosamente audible en el silencio del bosque.

Quiero arrancarle el casco, necesito ver su rostro, confirmar mis sospechas. Pero al mismo tiempo, esta oscuridad, esta incertidumbre, me tiene hipnotizada. Sus manos encuentran mis pechos y los acarician con precisión, como si hubiera memorizado mi cuerpo, mi respuesta a cada toque.

—Dime quién eres —jadeo, aferrándome a su cazadora como si fuera lo único que me mantiene anclada a la realidad.

Suelta una risa grave que me estremece.

—Alguien que no puede alejarse de ti —responde.

Incluso a través del guante, su toque sobre mis pechos me electriza. Un tirón suave pero firme a mi pezón me arranca otro jadeo, mitad sorpresa, mitad placer. Hay algo casi castigador en su caricia, como si quisiera marcarme, recordarme que estoy jugando con fuego. Y mi cuerpo responde con una entrega traicionera.

—No vuelvas a permitir que ese imbécil te toque —gruñe. Y no sé si se refiere a Pierre o a León—. Y deja de investigar.

—¿Temes que descubra quién eres de verdad? —le desafío, con la voz temblorosa pero la mirada firme.

—Valérie... —susurra mi nombre como si fuera un secreto demasiado valioso para compartir—. Eres como un enigma que me obsesiona.

Su mano abandona la barrera de mi cintura y se desliza dentro de mi pantalón con una determinación que me deja sin aliento. Sus dedos descienden, tocando, explorando, hasta encontrar ese punto exacto que me hace temblar.

Una oleada de placer me recorre entera, y mis rodillas flaquean.

Su cuerpo se presiona contra el mío, su pierna se coloca estratégicamente entre las mías, sosteniéndome, aumentando la presión justo donde la necesito.

—¿Ves lo que me haces? —murmura en mi oído, y por primera vez percibo un quiebre en su control, una urgencia que iguala la mía.

Comienza a mover los dedos en círculos precisos que me roban el aliento. Jadeo, me arqueo, y mis uñas se clavan en su brazo, dejando marcas en la piel que asoma bajo la cazadora. Él gruñe, un sonido de satisfacción animal. Se cuela por el borde de mi ropa interior, y es piel contra cuero. El contacto directo me arrancha un gemido que parece demasiado grande para el silencio del bosque.

Con un movimiento impaciente, se quita el guante. Cuando regresa, son sus dedos desnudos los que me tocan, cálidos y firmes, colándose de nuevo dentro de mí.

—Joder, estás empapada —murmura, y hay asombro en su voz, como si mi respuesta a él fuera un regalo inesperado.

Introduce un segundo dedo, y yo me aferro a sus hombros porque mis piernas ya no pueden sostenerme. Sus movimientos encuentran un ritmo devastador, construyendo una presión en mi interior que me tiene al borde del precipicio. Mis labios buscan su cuello, el único trozo de piel a mi alcance, y lo beso, lo muerdo con un hambre que no sabía que tenía.

Los músculos de mi vagina se contraen sobre sus dedos, en el abrazo más íntimo que existe. Y por su respiración agitada y su gruñido, parece adorar la presión que ejerzo sobre él.

Estoy tan cerca... tan cerca que puedo sentirlo construyéndose dentro de mí como una ola...

Y entonces, de repente, se aparta.

El frío ocupa el espacio donde antes estaba su calor. Me quedo contra la columna, jadeando, con las piernas temblorosas y una expresión de incredulidad que debe ser cómica.

—¿Qué...? —intento hablar, pero mi voz no funciona como debería.

Él ya está retrocediendo hacia la moto, y hay algo en su postura, algo en la tensión de sus hombros que me dice que esto no es lo que había planeado.

—Deja de aparecer en mis sueños, Valérie —dice, y su voz ha recuperado ese control férreo, esa calma amenazante—. Porque la próxima vez no seré tan amable.

—¡Espera! —grito, avanzando hacia él con piernas inestables.

Pero el motor ya ruge. La moto se pierde entre los árboles, llevándose consigo al hombre y todas mis respuestas, dejándome sola en el gazebo con el eco de su voz y el fuego no apagado en mi piel.

Me quedo allí, entre la rabia y el deseo, con las manos temblorosas y el corazón desbocado. El bosque parece burlarse de mí con su silencio.

—¡Cabrón! —grito, y mi voz rebota entre los árboles como un eco solitario.

Estoy a punto de comprobar cómo de lejos y hacia donde está el campus cuando unos faros cortan la oscuridad. Un taxi se detiene junto al gazebo.

El conductor baja la ventanilla con expresión de hastío.

—¿Valérie Dupont? —pregunta, consultando un papel—. Me han pagado para llevarte de vuelta a la residencia.

Me quedo paralizada un instante, procesando la información.

—¿Quién te ha pagado? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—No dio nombre —El conductor se encoge de hombros—. Solo dijo que eras "demasiado valiosa para dejarla sola en el bosque".

Subo al taxi con una mezcla contradictoria de emociones. Frustración, deseo, rabia... y una certeza que me quema: soy incapaz de negarme a la llamada de la oscuridad.

De vuelta en mi habitación, me dejo caer en la cama, aún sintiendo el fantasma de sus manos en mi piel. La mochila descansa en el suelo, y el libro misterioso parece observarme desde ella, recordándome que esto va más allá de un simple juego de seducción.

Saco mi cuaderno de investigación y leo los datos que anoté ayer:

•Nathalie: Vigilada, fotografiada. ¿Conexión con el de la máscara azul?

•Adrien: Comportamiento errático con Camille. ¿Miedo de exposición o advertencia deliberada?

•Léon: Conocimiento excesivo del Banquete. ¿Protector genuino o manipulador maestro?

•El Banquete: ¿Es realmente sobre sexo y liberación, o hay una agenda más oscura?

Con un suspiro y manos que aun tiemblan añado más puntos:

•Hombre de la moto: confirmado pin de la máscara dorada. Mismo olor que en el Banquete, diferente al de Léon.

•¿Qué conexión tienen los organizadores con el grupo de teatro?

•Sala Carmesí, pabellón B3 subterráneo. (Mejor pista). Gazebo: ¿localización casual o elegida con un propósito?

Mi móvil vibra con un mensaje de Pierre.

"¿Todo bien? Esa nota me dio mala espina.”

Respondo con un escueto "todo bien", incapaz de explicarle lo que ha sucedido, lo que he sentido. ¿Cómo podría hacerlo cuando ni yo misma lo entiendo?

Capítulo 27: Huellas en la Niebla

El insomnio me devora. La habitación yace en penumbra, apenas interrumpida por la luz anaranjada de las farolas que se filtra entre las lamas de la persiana. Cierro los ojos e inspiro profundamente, pero es inútil. Su aroma permanece impregnado en mis dedos: cuero y cítricos.

Me incorporo bruscamente, arrancando las sábanas que se adhieren a mi piel sudorosa. La frustración sexual se mezcla con la intelectual. ¿Quién es él? ¿Por qué me eligió? ¿Y por qué, a pesar del miedo y la confusión, deseo con desesperación que vuelva a tocarme?

Enciendo la lámpara de la mesita. Mi mirada se desvía hacia el libro que robé de la biblioteca. Lo abro con cuidado, como si fuera a morderme. La encuadernación cruje bajo mis dedos. Las primeras páginas, escritas con una caligrafía antigua y ornamentada, contienen párrafos densos sobre arquitectura sagrada. Pero la frase, subrayada con tanta fuerza que casi rompe el papel, me detiene:

"El disfraz no oculta la verdadera identidad: la revela en su forma más pura. No esconde quiénes somos: multiplica nuestras posibilidades."

Salto de la cama y me acerco a la pared donde he colgado un mapa del campus. Mis dedos trazan líneas invisibles entre puntos aparentemente aleatorios: el gazebo donde me encontré con el hombre enmascarado, la biblioteca centenaria, el edificio de teatro...

Un patrón emerge ante mis ojos. No son lugares casuales. Son vértices. Puntos de poder en un diseño que alguien creó hace mucho tiempo.

Y ahora mismo, es la única pista que tengo.

Pierre me espera en nuestra mesa habitual de la biblioteca de periodismo, desplomado sobre su portátil como un muñeco de trapo. Su taza de café es lo único que parece mantenerlo con vida.

—¿Has dormido algo? —pregunta, ahogando un bostezo.

Me deslizo en la silla frente a él y empujo el mapa desdoblado sobre la mesa.

—No mucho, pero tengo una pista.

Sus ojos se animan con ese brillo detectivesco que siempre aparece cuando estamos a punto de meternos en problemas. Observo cómo sus dedos pasan sobre la superficie del mapa, recorriendo los caminos que he señalado hasta un punto de convergencia.

—¿Crees que lleva a la sala carmesí? —murmura, inclinándose hacia mí.

—¿Ese es el túnel del incendio del 2009?

Pierre asiente, y su expresión me confirma que ya está pensando lo mismo que yo.

—Necesitamos entrar en ese túnel —digo, doblando el mapa con determinación—. Esta noche.

Pierre me mira como si acabara de sugerir un suicidio colectivo.

—¿Estás loca? Ese lugar está sellado por una razón.

—Exacto. Y quiero saber cuál es.

Algo en mi expresión debe revelar que no estoy contándole todo, porque entrecierra los ojos con suspicacia.

—¿Ha ocurrido algo? Porque ayer parecías dispuesta a olvidarlo todo.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, un calor intenso ascendiendo por mi vientre hasta mis mejillas.

—Solo quiero el nombre de tres de ellos.

Pierre me estudia en silencio durante unos segundos, como sopesando las opciones. Finalmente, suelta un suspiro de rendición.

—A las once en la entrada trasera de Humanidades. Llevaré linternas y las ganzúas. Tú trae ese cerebro obsesivo tuyo.

El edificio proyecta una sombra alargada sobre nosotros. El campus está desierto, salvo por algún estudiante ocasional que regresa tambaleante de los bares. Pierre me espera junto a la puerta de emergencia, una figura oscura apenas iluminada por el resplandor distante de las farolas.

—Pareces una ladrona profesional —comenta al verme vestida completamente de negro.

—Y tú pareces el típico idiota que muere primero en las películas de terror —respondo, señalando su camisa clara.

Me ofrece una linterna y comprueba que la cadena que bloquea la puerta trasera es tan endeble como recordaba. Un cartel amarillento advierte: "ACCESO PROHIBIDO - PELIGRO DE DERRUMBE".

—¿Lista? —pregunta, con las manos ya trabajando en el candado.

No estoy lista. No para lo que sea que nos espera ahí abajo. Pero asiento igualmente, porque algo dentro de mí necesita respuestas más de lo que teme las consecuencias.

El candado cede con un chasquido metálico. La puerta se abre hacia un pozo de oscuridad, exhalando un aire viciado que huele a humedad.

Descendemos por una escalera de caracol, nuestras linternas creando sombras danzantes contra las paredes de piedra.

El túnel es más estrecho de lo que imaginaba, con techos abovedados que parecen comprimir el aire mismo. El suelo está cubierto de polvo, pero distingo huellas recientes. No somos los primeros en venir aquí.

—Por aquí —susurra Pierre, dirigiendo su luz hacia una bifurcación.

Avanzamos en silencio, nuestras respiraciones sincronizadas por la tensión. El túnel se ensancha ligeramente, y entonces lo vemos: en la pared derecha, junto a una puerta tapiada con ladrillos desiguales, hay un grabado con palabras en latín:

"Et Lux in Tenebris."

—Y la luz en las tinieblas —traduzco automáticamente.

Me acerco y paso los dedos por el relieve. La piedra está pulida en los bordes, como acariciada por innumerables manos a lo largo de los siglos. En el centro hay un hueco circular, del tamaño justo para insertar algo.

Pierre inspecciona la pared contigua y, tras un momento de manipulación, revela un pasaje oculto tras un panel de piedra falsa.

—Mierda, Val... mira esto.

El haz de su linterna ilumina un corredor estrecho que se hunde en la oscuridad. Las telarañas están rotas y hay pisadas en el suelo. El pasaje ha sido utilizado recientemente.

Intercambiamos una mirada cargada de dudas. Es nuestra última oportunidad para dar marcha atrás.

Pero no puedo. No cuando están jugando con nosotras de esta forma.

Avanzamos por el pasadizo, que se estrecha tanto que debemos caminar en fila india. El suelo cruje bajo nuestros pies, y a cada pocos metros escucho sonidos amortiguados que podrían ser el edificio asentándose... o algo más.

El corredor desemboca en una cámara circular que me deja sin aliento. Es grande, con columnas de piedra talladas con símbolos que reconozco del libro robado. En el centro hay una mesa redonda de mármol negro, cubierta de documentos, mapas y fotografías.

—Joder —musita Pierre—. Es real. Todo es real.

Me acerco a la mesa con las piernas temblorosas. Los mapas muestran los edificios usados para los últimos banquetes, lo sé porque reconozco la dirección del último.

Tomo un papel con dedos temblorosos. Es una lista de nombres, muchos tachados con violencia. El mío figura al final, sin tachar:

Valérie Dupont.

—Es la lista de invitados —murmuro, con la voz quebrada.

Pierre señala una carpeta de cuero negro en un extremo de la mesa. La abro, y su contenido me provoca una oleada de náuseas. Hay fotografías: imágenes del denominado "Banquete", con figuras enmascaradas en una sala ornamentada.

Pierre me agarra del brazo con fuerza.

—Deberíamos irnos, Val.

Demasiado tarde. Un sonido metálico resuena por el túnel: un cierre hermético activándose. Las tenues luces de emergencia parpadean y se encienden por completo, revelando aspectos de la sala que la oscuridad había ocultado: cámaras de seguridad en las esquinas, un sistema de ventilación moderno, una puerta blindada que no habíamos visto.

Y detrás de un cristal tintado, una figura se mueve con elegancia calculada.

—No haces caso de las advertencias —dice una voz distorsionad, después parece dirigirse a las sombras tras él—. Avisa al anfitrión dorado de que ella está aquí.

La figura se acerca al cristal con un movimiento pausado. No puedo ver su rostro.

Pierre da un paso al frente, interponiéndose entre la figura y yo. Veo sus puños apretados, su postura defensiva, y por un instante me conmueve su lealtad.

—No seas tonto, Pierre —digo, apartándolo suavemente—. Esto es entre ellos y yo.

Veo sombras moviéndose en la periferia, figuras con túnicas oscuras que entran silenciosamente. Pierre intenta luchar, pero dos enmascarados lo sujetan con firmeza.

Alguien me cubre la mitad superior de la cara con una funda negra y me sumo en la oscuridad. Después me encadenan a algún tipo de asiento.

Se escuchan ruidos, pasos, voces distorsionadas y los gritos indignados de Pierre, alejándose. Me quedo sola en el silencio y la oscuridad y me pongo a gritar y a pedir auxilio mientras trato de forzar las cadenas.

No surte efecto, ni nadie acude a mi llamada.

No sé cuánto tiempo pasa, el suficiente para que me arrepienta de todas las decisiones que me han traído a este momento.

De pronto, suena una puerta abriéndose y escucho pasos.

Una mano cubre mi rostro en una caricia casi tierna.

—Supongo que te has vuelto tan adicta a mi como yo a ti — dice y reconozco la voz forzadamente ronca en cuanto la escucho.

Me da un beso en la frente que se siente como un sello, como una promesa oscura que estoy demasiado débil para rechazar..

Capítulo 28: La Sala Carmesí

Me quitan la funda de la cabeza. La sala está sumergida en carmesí. Terciopelo en las paredes, cortinas pesadas que parecen absorber el sonido, candelabros que gotean lentamente. Espejos estratégicamente colocados me devuelven versiones fragmentadas de mí misma: la periodista, la intrusa, la presa.

Estoy sentada en un diván negro que domina el centro de la habitación. Junto a él, una silla vacía espera. No hay ventanas, solo la sensación de estar encerrada en el estómago de una bestia lujosa.

Oigo pasos que se acercan con cadencia estudiada. Cada uno resuena en mi pecho como un latido de mi propio pulso.

Y entonces aparece.

La máscara dorada captura la luz de las velas como si fuera líquida. Su cazadora negra está abierta, revelando una camisa que se adhiere a su cuerpo con la precisión de una segunda piel. Su presencia llena la habitación, robándome el aliento.

—Aquí estás —dice con esa voz alterada que parece surgir de un abismo frío.

Trago saliva, recuperando el control de mi voz:

—¿Dónde está Pierre?

—No corre peligro —responde con calma inquietante—. Por ahora.

Me cruzo de brazos para disimular el temblor de mis manos.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué pensáis hacer conmigo?

Una risa baja escapa de su máscara, vibrando en el aire entre nosotros.

—Has venido tu misma, Valérie —pronuncia mi nombre como si fuera un secreto—. Y eso que anoche te advertí qué ocurriría si seguías persiguiendo máscaras. Supongo que significa que es lo que deseas, ¿verdad?

—Estoy harta de moverme a ciegas —avanzo un paso, impulsada por la frustración, pero las cadenas alrededor de mis muñecas me detienen—. Dime quién eres.

No responde. Se limita a acercarse con una lentitud hipnótica. Debería retroceder, gritar, huir. Pero permanezco inmóvil, atrapada en la órbita de su gravedad.

A un palmo de distancia, extiende su mano enguantada. Un gesto de invitación, no de orden. El poder de la elección.

Mis dedos rozan los suyos. El contacto, aunque mínimo, despierta algo primario bajo mi piel. Sin palabras, me guía de vuelta hacia el diván. Me recuesto, o quizás me rindo, mientras él se inclina sobre mí, su máscara dorada reflejando la luz trémula.

Sus manos recorren mi cuello con una delicadeza inesperada. Cada roce parece descifrar un código secreto escrito en mi piel. La sensación me desarma más que cualquier amenaza.

—Ma chérie —susurra cerca de mi oído—, en este lugar las apariencias son máscaras. Incluidas las tuyas.

Cierro los ojos. Sus dedos trazan constelaciones en mi garganta, descienden hasta el borde de mi camiseta. Mi cuerpo responde a su tacto como si reconociera algo que mi mente aún no comprende. Un gemido escapa de mis labios.

Su mano se detiene. Siento el cambio en la densidad del aire entre nosotros.

—Date la vuelta —murmura, con una voz que es tanto súplica como mandato—. Te dije que la próxima vez no sería tan amable.

Mi corazón golpea contra mis costillas. La postura me coloca en una vulnerabilidad que debería aterrarme, pero hay algo liberador en esta rendición consciente. Giro sobre el diván, quedando a cuatro patas, expuesta ante su mirada invisible.

Percibo el sonido casi imperceptible de la visera al levantarse. Antes de poder procesar lo que significa, siento sus labios en mi nuca. Cálidos. Reales. El contraste entre su boca desnuda y la artificialidad de la máscara me arranca un jadeo.

Su mano, liberada del guante, encuentra mi garganta. No hay amenaza en su agarre, solo una posesión que despierta algo salvaje

en mí. Su otra mano se desliza bajo mi camiseta, reclamando territorios que nadie ha explorado con tal precisión.

—No puedo sacarte de mi cabeza —susurra contra mi piel, y por un instante, algo en su voz parece familiar, como un recuerdo lejano de una conversación olvidada.

Se inclina más, su torso alineándose con mi espalda. El calor que irradia atraviesa las capas de ropa, fundiéndose con el mío. Su mano desciende por mi vientre con una lentitud que es pura tortura, hasta encontrar el centro de mi deseo. Los círculos que traza despiertan sensaciones que me hacen temblar.

Su entrepierna presiona contra mí, dura y urgente. Cada movimiento sincronizado con el ritmo de sus dedos, llevándome hacia un precipicio del que no quiero escapar. Mi respiración se vuelve irregular, mis gemidos llenan la habitación, rebotando en espejos que multiplican mi rendición.

—Te he deseado desde el primer día —confiesa con voz ronca. Baja mis pantalones y mis bragas lo acompañan.

El sonido de su cremallera corta el silencio. La tela cede, y siento su piel contra la mía, una intimidad que va más allá de lo físico. Cuando entra en mí, lo hace con una reverencia que contradice la intensidad del momento.

Su mano regresa a mi cuello, no para dominar sino para anclarme a este instante. Me arqueo contra él, abandonada a un placer que borra toda duda.

Nuestros cuerpos encuentran un ritmo primitivo, cada embestida más profunda que la anterior. Sus dedos no abandonan mi clítoris, trazando círculos precisos que me empujan hacia el abismo.

Ya no hay pensamientos. Solo sensaciones. La fricción de nuestros cuerpos, el sonido húmedo de nuestra unión, el eco de nuestros gemidos. El mundo se reduce a este intercambio de placer y poder.

El orgasmo me golpea como una ola que ha estado formándose durante semanas. Me atraviesa, arrastrándome a un vacío luminoso donde solo existe esta conexión. Su propio clímax

sigue poco después, un estremecimiento profundo que siento resonar en cada célula de mi cuerpo.

Permanecemos unidos, jadeantes, suspendidos en un momento que parece existir fuera del tiempo. Su mano, ahora en mi cintura, me sostiene con una ternura que no esperaba. Por un instante, la máscara entre nosotros parece disolverse.

Pero el momento pasa. Se separa con un cuidado que casi duele. Oigo el roce de su ropa mientras se acomoda, el sonido metálico de la visera al bajar. Se sienta en la silla, observándome desde detrás de su máscara impenetrable.

Y entonces lo oigo. Un suspiro, seguido de mi nombre.

—Valérie.

Una voz que reconocería entre mil. Una voz que me ha irritado, provocado, desafiado. Una voz que pertenece a alguien que creía conocer.

Me incorporo de golpe, con el corazón desbocado.

—¿Léon? —el nombre escapa de mis labios antes de poder contenerlo.

No responde. Se levanta con una elegancia felina y camina hacia una de las cortinas, apartándola para revelar una puerta tallada.

—¿Quién organiza esto? —le interrogo.

—Es complicado, Válerie.

—Entonces explícamelo.

Me mira durante largos segundos, como si estuviera tomando una decisión importante.

—No es una fraternidad cualquiera. Es... una sociedad que se dedica a proteger la historia oculta de la universidad. Tradiciones, secretos, conocimientos que algunos preferirían que desaparecieran.

Su mano encuentra mi mejilla, acariciándola con una ternura que contrasta con la intensidad de su mirada.

—Esa noche, en el Banquete... no esperaba que fueras tan... —se detiene, buscando las palabras correctas.

—¿Tan qué?

—Tan perfecta para mí.

El mundo se detiene. No hay sonido excepto la lluvia y nuestras respiraciones entrecortadas.

—León...

—Tu amigo te espera al otro lado —dice, y su voz vuelve a sonar forzada, impersonal—. Ve.

—¿Por qué haces esto? —pregunto, buscando desesperadamente sus ojos tras la máscara dorada.

Una pausa cargada de significado.

—No soy quién crees —responde, con un matiz de resignación que me desconcierta.

Desaparece tras la cortina sin darme tiempo a reaccionar. La puerta se cierra con un chasquido que suena como un punto final.

Me quedo sola, con el cuerpo apenas saciado y la mente en caos. Una certeza palpita en mi interior, imposible de ignorar:

Era él. Era Léon.

No lo digo en voz alta. Porque verbalizarlo significaría desmoronar el muro que separa mi vida académica de este submundo de rituales y deseo. Porque no puedo aceptar que el hombre que me desafía con sus teorías pretenciosas sea el mismo que me deshace con sus caricias.

El aire frío del túnel me golpea cuando salgo. Pierre está recostado contra la pared, pálido, con un moratón floreciendo en su mejilla.

—Joder, Val, pensé que no volvería a verte —dice con alivio, tembloroso—. ¿Estás bien?

—No lo sé —confieso, notando la ronquera en mi voz—. ¿Te hicieron daño?

—Nada grave. Un par de enmascarados me sacaron y me dejaron aquí. Dijeron que esperara a "la periodista". ¿Qué pasó ahí dentro?

No respondo. No puedo explicar algo que ni yo misma comprendo: cómo puedo desear a alguien que juega conmigo de esta forma.

—Vámonos de aquí —digo, tomando su brazo.

Ascendemos por el túnel en silencio, nuestros pasos resonando en la piedra antigua. Al emerger, el campus está envuelto en niebla, cómplice perfecto para secretos como los nuestros.

En la soledad de mi habitación, mientras me desprendo de una ropa que lleva impregnado su aroma, y me miro en el espejo. La mujer que me devuelve la mirada tiene algo nuevo en los ojos: una mezcla de miedo y determinación, de deseo y furia.

Ya no sé si estoy investigando un culto universitario o mi propio descenso a un abismo del que quizás no quiera escapar..

Capítulo 29: La Confesión

Los días que siguen son un tormento de normalidad fingida. Cada reunión de redacción en El Faro se convierte en un campo de batalla silencioso donde nuestras miradas se cruzan como espadas desenvainadas.

León mantiene su máscara de compañero arrogante, pero puedo ver las grietas: la forma en que sus manos se tensan cuando hablo, cómo su voz pierde firmeza al pronunciar mi nombre, el modo en que evita quedarse a solas conmigo.

Yo también interpreto mi papel. La estudiante aplicada, la periodista obstinada. Pero por las noches, cuando cierro los ojos, su tacto regresa como una marca indeleble en mi piel, y me pregunto si él también lucha contra los mismos recuerdos.

La oficina de El Faro está casi vacía cuando llego esta tarde. Solo quedamos León y yo después de que el último del equipo recoja sus cosas y se vaya. El silencio se extiende entre nosotros, espeso como miel venenosa.

Durante veinte minutos trabajamos en silencio, el único sonido es el tecleo de mi portátil y el roce de sus papeles. Pero puedo sentir su presencia como una corriente eléctrica, cada movimiento suyo registrado en mi visión periférica.

—Marchand. —Cierro mi portátil con más fuerza de la necesaria—. Tengo que hablar contigo sobre mi artículo.

Sus ojos se alzan de los papeles que está ordenando. Por un momento, algo peligroso brilla en ellos antes de que pueda controlarlo.

—¿El de la obra de teatro? —Su voz suena estudiadamente casual—. Ya te dije que estaba bien. Muy... creativo por tu parte enfocar "El Banquete" desde el rumor urbano.

Me acerco a su escritorio, calculando cada paso para mantener la distancia justa. Profesional, pero no demasiado. He

ensayado este momento.

—Sí, bueno... —Me detengo junto a su mesa—. Al hacerlo más "seguro" he tenido que dejar partes muy interesantes fuera.

Su pluma se detiene sobre el papel. No me mira, pero veo cómo se tensan sus hombros.

—¿Qué tipo de partes?

—Detalles que podrían interesar a los lectores. —Mantengo mi voz neutral—. Sobre los espacios, por ejemplo. ¿Sabías que hay túneles bajo la universidad que datan del siglo XVIII?

León cierra los ojos por un instante, como si hubiera recibido un golpe.

—Deberías tener cuidado con los sitios donde te metes, Valérie. —Su voz suena cuidadosamente modulada, pero hay algo más debajo—. No todos los espacios antiguos son seguros.

—Oh, no te preocupes. —Dejo que una sonrisa fría curve mis labios—. Aquella fue la última vez. Ya me he aburrido de ese... juego.

Las palabras salen con toda la convicción que no siento, pero necesito ver su reacción. León no responde de inmediato. Se limita a mirarme, su mandíbula tensa, los ojos convertidos en tormentas grises.

—¿De verdad? —Su voz es demasiado suave—. A mí me parecías bastante... involucrada.

El calor sube a mis mejillas, pero mantengo la compostura.

—Lo que me enganchaba era la novedad. —Chasqueo la lengua—. Pero si alguien no tiene valor para dar la cara, no vale la pena alargar la situación.

Sus ojos relampaguean ante esas palabras. Me disecciona con la mirada durante un instante que se me hace eterno, y tengo que usar todo mi autocontrol para mantener la fachada impasible.

—¿Estás intentando provocarme? —murmura, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. ¿Esperando algún tipo de confesión?

—No eres tú el que me interesa, Marchand. —Las palabras salen cortantes, movidas por el orgullo herido—. Puedes seguir escondiéndote detrás de todas las máscaras que quieras. Pero necesito el nombre del anfitrión de la máscara azul.

León se echa hacia atrás en su silla, estudiándome con una expresión que no logro descifrar.

—¿Por qué iba a saber eso?

—Porque lo sabes. —Me inclino hacia adelante—. Esto es importante, León. Nathalie está embarazada. Tenemos que contactar con el padre.

La transformación en su rostro es instantánea. Se levanta de golpe, caminando hacia la ventana. La luz del atardecer dibuja su perfil, y por un momento dejo que mi mente regrese a esa habitación carmesí.

—Tú y tus amigas deberíais ser más cuidadosas cuando participáis en orgías —dice sin mirarme, pero hay algo diferente en su voz. Algo que suena a culpa.

—¿Cuidadosas? —Un bufido escapa de mi garganta—. Limítate a pasarle el mensaje al de la máscara azul. Y dile a tu círculo de amigos que, si no da la cara con Nathalie, voy a seguir con la investigación hasta desenmascararlos a todos.

Las palabras salen de mi boca antes de poder detenerlas. León se queda inmóvil, su reflejo en el cristal traicionando una expresión que nunca había visto: pánico puro.

Se vuelve lentamente.

—Son peligrosos, Val. —Su voz ha perdido toda pretensión—. Ya están molestos por tu artículo. Solo te han dejado en paz por el enfoque que le diste.

—Perfecto. —Mi corazón martillea, pero mantengo la voz firme—. Que vengan a por mí. Porque el próximo enmascarado que se me acerque va a recibir una sorpresa muy desagradable.

—Valérie... —Mi nombre suena como una advertencia, como una súplica.

—Y la única prenda que voy a quitarle es la máscara. De un tirón.

—No sabes en lo que te estás metiendo.

—Oh, creo que sí. —Doy un paso hacia él—. Creo que sé exactamente en lo que me he metido. La pregunta es: ¿cuánto tiempo más vas a seguir mintiéndome?

El silencio que sigue es tan tenso que podría cortarse con cuchillo. León me observa como si estuviera viendo a una extraña, como si acabara de revelar algo que lo ha dejado sin aliento.

—Cierra la puerta —dice finalmente, su voz apenas un susurro.

Mi corazón se detiene por un instante. Después me apresuro hacia la puerta, diciéndome que solo hago esto por Nathalie, que no voy a dejar que la situación se me escape de las manos.

El pestillo hace clic detrás de mí. Cuando me vuelvo, León se ha quitado la sudadera y aflojado su camiseta. Por primera vez desde que lo conozco, parece completamente desarmado.

—¿Qué quieres de mí, Val?

—La verdad.

—La verdad va a cambiar todo entre nosotros.

—Ya ha cambiado. —Mi voz sale más suave de lo que pretendía—. Cambió la noche que decidí aceptar esa invitación. Y cada vez que permití que un extraño enmascarado me tocara como si me conociera de toda la vida.

Veo cómo sus manos se cierran en puños. Cómo lucha contra algo que amenaza con desbordarse.

—No era así como tenía que pasar —murmura, más para sí mismo que para mí.

—¿Cómo era entonces?

León se desploma en su silla, pasándose las manos por el pelo en un gesto que he visto hacer al hombre de la máscara dorada.

—Tú... —Levanta la vista hacia mí, y por primera vez veo al hombre real detrás de toda la arrogancia—. Apareciste en la universidad como un huracán. Inteligente, desafiante, imposible de ignorar. Y traté de acercarme, de suavizar las cosas entre nosotros, pero tus respuestas eran como... como si me odiaras de verdad.

Su voz se quiebra ligeramente.

—Cuanto más inaccesible te veía, más te deseaba. No podía pensar en nada más, no podía... —Se detiene, luchando con las palabras—. Cuando me invitaron a ser anfitrión, pensé que podría ayudar. Que podría sacarte de mi sistema.

—¿Y funcionó? —La pregunta sale como un susurro.

León levanta los ojos hacia mí, y lo que veo ahí me deja sin aliento.

—La he cagado monumentalmente. Porque en lugar de superarlo, me he enamorado de ti.

El mundo se detiene. Las palabras flotan entre nosotros, cargadas con el peso de una confesión que lo cambia todo.

—León...

—No. —Sacude la cabeza—. No es así. Llevo mucho más tiempo enamorado de ti. Desde la primera vez que te vi usar esa actitud de periodista implacable y supe que estaba jodido. Desde aquel día en el balcón de la gala benéfica, cuando me dejaste ver que la belleza de tu cerebro iguala la de tu rostro.

Se levanta, moviéndose hacia mí con pasos cautelosos, como si fuera a salir corriendo.

—Esa noche en el banquete, cuando te entregaste a mí... —Cierra los ojos—. Fue la experiencia más intensa de mi vida. No solo el sexo. Todo. Como si hubieras visto directamente mi alma.

—Porque la veo —susurro, sintiendo cómo mi propia máscara se desmorona—. Veo al hombre real detrás de todas las fachadas.

Su mano encuentra mi mejilla con una ternura que contrasta con toda la tensión acumulada.

—Si sigues investigando, te van a hacer daño. Y me van a destrozar a mí por haberte dejado llegar tan lejos.

Tomo su cara entre mis manos, obligándolo a sostener mi mirada.

—Solo te pido que ayudes a Nathalie.

León me mira durante largos segundos, como si estuviera memorizando cada detalle de mi rostro.

—Haría cualquier cosa por ti —dice finalmente—. Incluso si eso significa exponernos a ambos.

Se inclina hacia mí, sus labios rozando mi frente en un gesto que es más íntimo que cualquier beso.

—¿Qué significa esto para nosotros? —pregunto, mi voz apenas audible.

—Significa —murmura contra mi piel— que ya no puedo fingir que no existes. Que ya no puedo esconderme detrás de máscaras cuando se trata de ti.

Cuando nuestros labios se encuentran, el beso es diferente a todos los anteriores. Desesperado, sí, pero también lleno de promesas no pronunciadas. De secretos compartidos y peligros aceptados.

Cuando nos separamos, sus ojos brillan con una intensidad que reconozco de todas las otras veces, pero ahora tiene nombre.

—¿Y ahora qué? —pregunto, sintiendo que el suelo se mueve bajo mis pies.

—Ahora —dice, su voz ronca de emoción— descubres lo que es tener a un hombre completamente obsesionado contigo. Sin máscaras. Sin pretextos. Sin manera de volver atrás.

Salgo de la oficina una hora más tarde con las piernas temblorosas y el corazón desbocado. En el pasillo, me cruzo con otros estudiantes que no pueden imaginar lo que acaba de pasar entre esas cuatro paredes.

León ya no es solo mi rival arrogante de redacción. Es mi cómplice, mi amante, mi entrada a un mundo de secretos que apenas empiezo a vislumbrar.

Pero también es algo más peligroso: es el hombre que acaba de confesarme que está enamorado de mí, y yo no estoy segura de estar preparada para todo lo que eso implica.

Porque ahora que las máscaras han caído, no hay vuelta atrás. Y tengo la sensación de que lo más difícil apenas está comenzando...

Capítulo 30: Verdades que Arden

El aula de debate en la facultad de Periodismo está cargada de electricidad, como si el aire mismo estuviera a punto de estallar.

La profesora, una mujer con gafas de montura fina y una paciencia de santa, ha lanzado un tema que es puro combustible: "¿Debería el Estado priorizar la redistribución de riqueza sobre el crecimiento económico?"

Estoy en mi salsa. Me inclino hacia adelante, con el boli tamborileando en mi cuaderno, soltando estadísticas como si fueran balas.

—Un 1% de la población controla el 50% de la riqueza global. Si no redistribuimos, perpetuamos un sistema embudo donde los ricos se forran mientras los demás se joden cada día más. A la larga esta situación perjudica a toda la sociedad —suelto, con una mezcla de indignación y precisión que me sale natural. Marco mi acento de barrio parisino, curtido en las afueras, apropósito, para que resuene en el aula, y noto un par de cejas alzadas entre los pijos de la fila de atrás.

Léon Marchand, sentado al otro lado del semicírculo, me clava una mirada que es puro fuego. Su cara camisa blanca parece reírse de mí. Con las mangas remangadas, deja ver esos antebrazos musculosos que deberían estar catalogados como zona erógena. Él, con su aire de niño bien criado, no puede dejar pasar mi comentario.

—Redistribuir sin crecer es como repartir un pastel que se encoge. Si matas los incentivos para innovar, el PIB se hunde, y entonces no hay nada que repartir —replica, con esa voz grave que me pone los nervios de punta. Su tono es calmado, pero hay una chispa en sus ojos que delata lo mucho que disfrutara de hacerme saltar.

—¿Incentivos? —me burlo, inclinándome hacia él, con una sonrisa afilada—. Lo que llamas incentivos es un sistema que premia

a los que ya tienen el pastel entero. Mi madre tiene una hernia discal por limpiar las casas de los tuyos y ni así se podía permitir que yo estudiara aquí. No me hagas reír con cuentos de meritocracia.

El aula se tensa, pero no me corto.

Léon aprieta la mandíbula, y por un segundo, pienso que va a ceder. Pero no, él nunca cede.

—Para eso están las becas ¿no? —remarca él con cierto retintín—. Y mi padre trabajó dieciocho horas al día para montar su empresa desde cero —contraataca, con un filo que no disimula—. No todo es un complot de los ricos, Valérie. A veces, el problema es que la gente espera que le regalen el pastel en lugar de aprender a hornearlo.

El murmullo en el aula crece, y la profesora levanta una mano para calmar las aguas, pero ya es tarde. La tensión entre Léon y yo es un cable de alta tensión, y cada palabra es una chispa.

Me pongo de pie, con el corazón acelerado, porque no es solo política o economía: es quiénes somos, de dónde venimos, y esa maldita química que hace que cada discusión con él termine en ganas de arrancarle la camisa o la cabeza.

—Quizá si los tuyos compartieran la harina, más gente podría hornear —suelto, con una mirada que dice "prueba a superarme".

Léon se levanta también, y el espacio entre nosotros parece encoger.

—Quizá si dejaras de ver villanos en todas partes, verías que no todos queremos comernos el pastel solos —responde, con una intensidad que me eriza la piel.

Oigo un carraspeo, pero lo ignoro. Solo veo a Léon, su postura desafiante, la forma en que su pecho sube y baja, como si él también estuviera conteniendo algo más que argumentos.

—Suficiente por hoy —dice la profesora, con un tono que no admite réplica—. Seguiremos mañana.

El aula se vacía, pero Léon y yo nos quedamos clavados, mirándonos como dos lobos a punto de saltar. Cuando los últimos estudiantes salen, él da un paso hacia mí, y yo no retrocedo.

—No me vas a convencer, Marchand —siseo, pero mi voz tiembla, no de rabia, sino de algo más peligroso.

—Y tú no me vas a callar, Dupont —responde, tan cerca que siento el calor de su cuerpo.

No sé quién se mueve primero, pero de repente estamos a centímetros, respirando el mismo aire. Sus ojos bajan a mis labios, y el mundo se reduce a ese instante.

—Esto no puede seguir así —murmura, con una voz que es mitad desafío, mitad súplica.

—Entonces haz algo —replico, y es todo lo que necesita.

Me agarra de la cintura, y en un segundo, estamos saliendo del aula, casi corriendo por el pasillo, buscando cualquier rincón donde descargar esta tensión que nos está quemando vivos.

La puerta del cuarto de limpieza aparece como un milagro, y antes de que pueda pensar, Léon la empuja, me mete dentro y cierra de un portazo.

La luz que se cuela por la rendija de la puerta es fría, casi quirúrgica. Huele a lejía, a polvo rancio. Pero nada de eso importa cuando Léon me empuja contra la lavadora, con una urgencia que me roba el aire. Sus manos me agarran la cintura, firmes, como si temiera que me esfumara, y sus labios encuentran mi cuello, dejando un rastro de fuego que me hace arquearme contra él.

—Ahora tengo que castigarte —susurra, con esa voz ronca que me deshace, la misma que usaba durante nuestros encuentros anónimos. Sus dedos se cuelan bajo mi camiseta, rozando la piel de mi espalda con una mezcla de hambre y reverencia.

—Cállate y no pares —respondo, entre risas y jadeos, enredando mis dedos en su pelo para tirar de él, para tenerlo más cerca.

La lavadora vibra contra mi espalda, un zumbido que se mezcla con el latido desbocado de mi corazón. El metal frío se me clava en las caderas, un contraste brutal con el calor de su cuerpo pegado al mío. Mis vaqueros caen al suelo, enredándose en los tobillos, y los suyos siguen el mismo camino, un caos de tela que no nos importa. Su boca baja por mi clavícula, mordiendo suavemente, y yo me muerdo el puño para no gritar su nombre, porque si alguien nos pilla, será una anécdota épica, pero prefiero no comprobarlo.

El olor a detergente se mezcla con su perfume, y el riesgo de que la puerta se abra en cualquier momento solo hace que todo sea más intenso. Sus manos me levantan, sentándome en el borde de la lavadora, y me aferro a sus hombros, sintiendo la tensión de sus músculos bajo mis dedos. Cada roce, cada movimiento, es una explosión, como si estuviéramos descargando meses de peleas, miradas y promesas no dichas.

—Eres un problema —jadea contra mi piel, y hay una risa en su voz, como si no pudiera creer que estemos haciendo esto aquí, ahora.

—Y tú un pijo insoportable —replico, pero mi voz se quiebra cuando sus manos encuentran el lugar exacto que me hace perder el control.

No hay terciopelo carmesí, ni candelabros, ni máscaras. Solo nosotros, crudos, reales, con el zumbido de la lavadora como banda sonora y el riesgo haciéndonos reír entre jadeos.

Cuando el mundo vuelve a enfocarse, Léon apoya la frente en mi hombro, su respiración caliente y desordenada contra mi piel.

—Esto es lo menos glamuroso que hemos hecho nunca —murmura, con una sonrisa que siento en cada poro.

—Y lo más caliente, así que no te quejes —respondo, con una risa que aún lleva restos de placer, como brasas que no se apagan.

Nos recolocamos la ropa rápido, igual que dos adolescentes pillados en falta, ajustando camisetas y vaqueros con dedos torpes y sonrisas que delatan todo. Salimos del cuarto de limpieza fingiendo normalidad, pero el rubor en mis mejillas y el brillo en sus ojos son un neón que grita "culpables".

Es entonces cuando la veo. Nathalie está apoyada contra una columna del pasillo, con los brazos cruzados y el rostro más pálido que nunca. Nos mira como si hubiera visto un fantasma, o como si quisiera fundirse con la pared y desaparecer para siempre.

—¿Nath? —Mi voz sale más aguda de lo normal.

León se tensa a mi lado, su mano rozando instintivamente la mía en un gesto protector.

Los ojos de mi amiga se mueven entre nosotros dos, conectando puntos que preferiría no conectar. Pero hay algo más en

su expresión, algo que va más allá de habernos descubierto saliendo de un cuarto de limpieza con la ropa descolocada. Hay una desesperación que me hiela la sangre.

—Tengo que contarte algo —dice, con una voz que parece salir de un túnel profundo—. Ha aparecido.

Mi estómago se encoge como si supiera que lo que viene va a cambiar todo.

—¿Quién? —pregunto, aunque ya lo sé.

—El anfitrión de la máscara azul —susurra.

Veo cómo León se queda inmóvil a mi lado, como si alguien acabara de pulsar el botón de pausa de su vida. Su mano se separa de la mía.

—Se llama Jason Wang —continúa Nathalie, y el nombre cae entre nosotros como una bomba—. Es un multimillonario. Estudió aquí hace unos años, antes de que llegáramos nosotras. Heredero de uno de los mayores imperios empresariales de Francia y Asia.

Jason Wang. El nombre resuena en mi cabeza como una campana de alarma. He oído hablar de los Wang: hoteles de lujo, casinos, inversiones que mueven continentes enteros. El tipo de fortuna que puede controlar países, no solo personas.

—Nath... —empiezo, pero ella levanta una mano para silenciarme.

—Dice que como estoy embarazada de él, tenemos que casarnos. Que tengo que seguir sus reglas. —Su risa suena más desesperada que indignada—. Como si fuera un objeto que acaba de comprar.

La sangre se me hiela. Miro a León, que parece haberse convertido en una estatua de mármol, y luego vuelvo a Nathalie. Mi mejor amiga, la que siempre ha sido un espíritu libre, la que se reía de las normas sociales, ahora parece una muñeca rota.

—¿Qué tipo de reglas? —pregunto, con un hilo de voz.

Nathalie sonríe, pero es la sonrisa más triste que he visto en mi vida.

—Dice que una Wang no puede criar a un heredero en la pobreza. ¿Te lo puedes creer? Mi madre es la CEO de Fitfor, y me ha llamado pobre. —Su voz se quiebra ligeramente—. Tengo que

mudarme a su mansión, dejar los estudios, convertirme en la esposa perfecta. El bebé será educado como corresponde a su linaje, y yo... yo seré una posesión más en su fortuna.

El pasillo se llena de un silencio tan denso que parece sólido. León se aclara la garganta, pero no dice nada. ¿Qué podría decir? Su mundo de privilegios acaba de mostrar su cara más oscura en mi mejor amiga.

—No tienes que hacer nada que no quieras —digo, aunque mi voz suena más desesperada que convincente—. Hay opciones, Nath. Siempre hay opciones.

Nathalie me mira con una mezcla de amor y desesperanza que me rompe el corazón.

—¿Y si no acepto? —Su voz se reduce a un susurro—. Me ha preguntado qué tal va el negocio de mi madre, Valérie. Ha mencionado el nombre de sus principales inversores.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—No ha hecho amenazas directas —continúa—, pero el mensaje está claro. Los Wang no se conforman con un no por respuesta. Y tienen recursos para destruirnos financieramente.

Mi mundo se tambalea. Esta es la realidad que se esconde detrás de las máscaras, de los bailes de ensueño y las noches de pasión anónima. El poder absoluto que puede destruir vidas con un chasquido de dedos.

—Tengo una semana para decidir —continúa Nathalie, y su voz se quiebra completamente—. Una semana para elegir entre mi libertad y la seguridad de mi familia.

—Nathalie... —susurro, dando un paso hacia ella, pero se aleja.

—Nos vemos mañana —dice sin girarse—. Tengo mucho en qué pensar.

La veo desaparecer por la esquina, caminando como si llevara el peso del mundo en los hombros. Me quedo ahí, con León a mi lado y el peso de una realidad que no sabía que existía aplastándome el pecho.

El cuarto de limpieza, nuestros jadeos, la lavadora vibrando... todo parece ridículo ahora, insignificante comparado con lo que

acaba de revelar Nathalie.

—León —digo finalmente, girándome hacia él—. Tienes que ayudarme a ayudarla.

Pero cuando me vuelvo, veo en sus ojos algo que me hiela aún más que las palabras de Nathalie. Miedo. Miedo real, visceral, del tipo que te paraliza.

—Val... —Su voz suena ronca—. No entiendes el poder que tienen. Los Wang... pueden hacer que las personas simplemente desaparezcan.

—¿Y qué? ¿Vamos a dejar que destroce la vida de mi mejor amiga?

León pasa una mano por su cabello, un gesto que he aprendido a reconocer como su manera de lidiar con la desesperación.

—No lo sé. Pero tenemos que ser muy cuidadosos. Porque si nos metemos en esto, no habrá vuelta atrás. Y no solo para nosotros.

Mientras camino hacia mi dormitorio, una certeza terrible se asienta en mi pecho. Detrás de cada máscara, hay un rostro real. Y algunos de esos rostros son más peligrosos de lo que jamás imaginé.

Pero también sé otra cosa: no puedo quedarme de brazos cruzados mientras destruyen a Nathalie. Aunque eso signifique enfrentarme a un imperio que puede aplastarme como a una hormiga.

El juego acaba de cambiar. Y esta vez, las reglas las escriben hombres que nunca han oído la palabra "no".

Capítulo 31: Máscaras que Caen

—¿Estás vestida o debo traumatizarme? —la voz de Camille atraviesa la puerta con su habitual mezcla de cariño y sarcasmo.

—Entra, estoy decente... más o menos —respondo, pasándome los dedos por el pelo húmedo.

Camille irrumpe como una tormenta tropical, con el moño deshecho y una mancha en sus leotardos negros. Su cara es un poema de frustración y agotamiento, pero hay algo más: una vulnerabilidad que no he visto antes.

—Necesito alcohol. Urgentemente —declara, tirando su bolso al suelo con más fuerza de la necesaria—. Y después necesito que me cuentes qué demonios está pasando con Nathalie. La he visto esta mañana y parecía un zombie.

Su mención de Nathalie me revuelve el estómago. Me dirijo al armario y, tras apartar dos filas de libros, saco mi botella de ginebra secreta.

—Pierre me la regaló cuando cumplí veinte —explico, buscando vasos limpios—. Hielo tengo en la mini nevera. Y sobre Nathalie... —Hago una pausa—. Es mucho más complicado de lo que pensaba.

—Eres la única persona que conozco que esconde alcohol detrás de libros de periodismo —ríe Camille, pero es una risa vacía, sin su chispa habitual—. Tan tú y tan predecible. Ahora habla.

Le paso un vaso y me siento en la cama. El colchón cruje bajo mi peso, familiar y acogedor en contraste con la tensión que se palpa en el aire.

—Jason Wang —suelto el nombre como si fuera veneno—. Multimillonario, heredero de un imperio empresarial que abarca desde Francia hasta Asia. Es el anfitrión de la máscara azul. El padre del bebé que espera Nathalie.

Camille escupe el trago de ginebra, tosiendo.

—Espera, espera. ¿Nathalie está embarazada del maldito Jason Wang? —Sus ojos se iluminan con esa curiosidad morbosa característica suya, pero hay algo más profundo ahí—. Joder, Valérie. ¿Cómo se ha metido en esto?

Asiento, con una expresión grave.

—Tengo que enseñarte algo —dice, sacando el móvil—. Necesitas ver a ese tipo.

Sus dedos vuelan sobre la pantalla hasta que encuentra lo que busca.

—Mira —gira el teléfono hacia mí—. Este hombre es... perturbadoramente atractivo.

La imagen me golpea como un puñetazo. Jason Wang en la portada de Forbes Asia, con un traje que probablemente cuesta más que todo un país del tercer mundo. Mandíbula marcada, ojos oscuros que prometen peligro, piel morena y sedosa y esa sonrisa que dice "puedo comprarte y a tu familia entera". Es innegablemente atractivo, pero hay algo en su mirada que me eriza la piel. Una arrogancia que no tiene nada que ver con la seducción.

—Sí, bueno, ese bombón le ha dado una semana para que se case con él y siga sus reglas —digo con amargura—. O el negocio de su familia pagará las consecuencias.

La sonrisa de Camille se desvanece como si alguien hubiera apagado una luz.

—¿En serio? ¿Qué clase de reglas?

—Las típicas de un multimillonario que cree que el dinero puede comprarlo todo —explico, bebiendo otro sorbo que me quema la garganta—. Dejar los estudios, mudarse a su mansión, convertirse en la esposa perfecta. Criar al heredero según el linaje Wang. Básicamente, dejar de ser Nathalie para convertirse en su posesión.

Camille sigue deslizando por las fotos, leyendo artículos con una concentración que no le he visto nunca en clase.

—Mira esto —dice, mostrándome la pantalla—. "Jason Wang, conocido por su estilo de vida extravagante y sus métodos empresariales agresivos. Nunca se le ha conocido pareja estable. Algunos especulan sobre su orientación sexual, otros sobre su aparente alergia al compromiso."

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Sigue leyendo —le pido, aunque no estoy segura de querer saber más.

—"Wang es famoso por sus fiestas exclusivas en su mansión de Neuilly-sur-Seine, donde se rumorea que los invitados deben seguir un estricto código de anonimato" —continúa Camille, y ambas nos miramos con comprensión—. Por eso le gusta El Banquete.

—Es un coleccionista —murmuro, sintiendo cómo las piezas encajan con horrible claridad.

—Y ahora quiere añadir a Nathalie a su colección —dice Camille, cerrando el teléfono con una expresión sombría—. Los hombres como él no saben amar. Solo saben poseer.

Su tono cambia, y reconozco la señal. Es su turno de confesar.

—Y hablando de hombres tóxicos... —Su voz se quiebra ligeramente.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, llenando nuestros vasos de nuevo.

Camille se levanta y se acerca a la ventana, observando las luces del campus como si contuvieran respuestas que no encuentra.

—Adrien se ha enterado de lo mío con Émeric —suelta de golpe, como si arrancar la tirita de una vez fuera menos doloroso.

—Espera. ¿Lo tuyo con quién? —pregunto, casi escupiendo la ginebra.

—Émeric Dubois. Mi compañero de baile —dice con una sonrisa culpable que no llega a sus ojos—. El dios griego de piernas infinitas y sonrisa de anuncio de Dior.

—¿Tu compañero? ¿El que siempre hace de príncipe en las obras principales?

—Ese mismo —asiente—. Es dulce, me trata bien, me hace reír...

—¿Pero? —pregunto, porque conozco ese tono.

—El problema es Adrien —continúa, volviendo a ponerse seria —. Dos años tratándome como si fuera invisible en clase, sin darme nunca el papel principal, siempre criticando mi actuación... Y ahora se ha puesto celoso porque nos vio salir juntos del estudio.

Mi vaso se detiene a medio camino de mis labios.

—Émeric me besó en el pasillo y Adrien estaba ahí, mirando desde las sombras como un fantasma —continúa, su voz temblando ligeramente—. Su cara... nunca había visto a nadie tan furioso.

—Joder, Camille...

—Hoy, durante la clase, decidió... castigarme —continúa, y hay algo en su voz que me hace enderezarme—. Me tenía que corregir una posición, vino por detrás, puso sus manos en mis caderas para ajustar mi postura y...

Su voz se quiebra y me acerco a ella.

—¿Qué pasó?

—Me susurró al oído que sabía exactamente lo que estaba haciendo, que intentar ponerlo celoso con "el primer niño disponible" era patético —suelta con una risa histérica—. Sus manos se movieron más de lo profesionalmente apropiado, y cuando me levantó para un salto... —Se detiene, respirando profundamente—. Uno de sus dedos se coló donde no debería.

La rabia me hierve en las venas.

—¡No puede hacer eso! Camille, eso es acoso sexual.

Camille se ríe, pero es un sonido amargo.

—Hice como si nada y le dije que al menos Émeric me trata como si existiera fuera de sus fantasías nocturnas. Que estaba harta de sus juegos de poder —continúa—. Y entonces perdió completamente la compostura. Me dijo que era patético que tuviera que pensar en otra persona cuando Émeric me toca. Se marchó sin dar explicaciones, dejando la clase a medias.

—Camille... —susurro, sintiendo cómo el mundo se vuelve más cruel con cada confesión.

—Lo peor de todo es que tiene razón —dice, con lágrimas amenazando con caer—. Émeric es dulce, atento, me trata bien... pero cuando le beso, cierro los ojos y pienso en las manos de Adrien. En cómo me hizo sentir esa noche. En cómo me mira cuando cree que no me doy cuenta.

—¿Le quieres?

—Le odio —responde con vehemencia—. Odio que tenga ese poder sobre mí. Odio que una sola noche haya arruinado todo lo que

creía saber sobre mí misma. Odio que pueda tocarme de forma inapropiada y mi cuerpo siga reaccionando a él.

Nos quedamos en silencio, procesando la información. Nuestras vidas se están complicando de maneras que no esperábamos, y parece que todos los hombres a nuestro alrededor están mostrando su verdadera cara.

—¿Sabes qué? —digo finalmente, sintiendo cómo algo se endurece en mi pecho—. Estoy harta. Harta de que los hombres crean que pueden controlarnos, manipularnos, poseernos como si fuéramos objetos. Como si nuestros sentimientos fueran solo obstáculos que superar.

—Amén, hermana —dice Camille, chocando su vaso con el mío con más fuerza de la necesaria.

Mi móvil vibra con un mensaje. Es de León: "¿Podemos hablar? Te espero en la biblioteca. Tercera planta, sección de filosofía política."

—¿Quién es? —pregunta Camille, notando mi cambio de expresión.

—León. Quiere hablar.

—Ve —me dice, con una sonrisa que intenta ser alentadora pero no oculta su preocupación—. Y por favor, que sea para algo bueno por una vez. Porque necesitamos buenas noticias urgentemente.

Mientras me dirijo hacia la puerta, no puedo evitar pensar que las máscaras no solo están cayendo en El Banquete. Están cayendo en todas partes, revelando rostros que quizás preferiríamos no ver.

Y tengo la horrible sensación de que lo peor está por llegar.

Epílogo: Tus ojos me ven

La biblioteca exhala el perfume de siglos: cuero envejecido, papel amarillento y el barniz de maderas nobles que han absorbido mil secretos. Mis tacones resuenan contra el mármol conforme avanzo hacia el tercer piso. Filosofía política. El sanctasanctórum de los pensadores que diseccionaron el poder mucho antes de que Jason Wang naciera.

Las lámparas Art Déco derraman círculos dorados sobre estanterías que se alzan como centinelas silenciosos. Y allí está Léon, recostado contra los lomos de Maquiavelo con una elegancia estudiada que no logra ocultar la tensión en sus hombros. Los vaqueros oscuros se ajustan a sus caderas de una manera que debería ser ilegal, y la camisa blanca, con dos botones desabrochados, revela la línea perfecta de su clavícula.

Cuando nuestras miradas se encuentran, el aire se espesa. Sus ojos verdes, del color de las hojas en primavera, brillan con una mezcla de anhelo y algo más vulnerable: miedo. Miedo de que esta burbuja de intimidad se desvanezca como humo entre los dedos.

—Pensé que no vendrías —dice, y su voz grave se desliza por mi piel como whisky añejo, dejando un rastro de calor.

—Estuve a punto —admito, acercándome con pasos medidos, sintiendo cómo mis músculos se tensan en anticipación—. Pero estoy preocupada por Nathalie... necesito respuestas, Léon.

Traga saliva, y veo cómo su nuez de Adán se mueve en una línea que me fascina. Se pasa una mano por el cabello castaño claro, despeinándolo de una forma que lo hace parecer más joven, más accesible.

—Jason Wang no es solo un nombre en los periódicos, Valérie —dice, bajando la voz hasta convertirla en un susurro que me obliga a acercarme más—. Nuestras familias... se mueven en círculos que se tocan, se superponen, se devoran. He estado en sus fiestas de Año Nuevo, he visto cómo los suyos tratan a la gente hasta que quedan huecas, vaciadas de todo lo que una vez fueron.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral, pero hay algo más en su tono: un miedo primitivo, visceral, que me eriza la piel.

—¿Qué es capaz de hacer exactamente? —pregunto, mi voz apenas un hilo de sonido en el silencio catedralicio.

—Consumir —responde, dando un paso hacia mí hasta que su colonia me envuelve como una caricia—. Moldea voluntades, controla destinos, destruye vidas como si fueran cartas de una baraja. Y ahora tiene a Nathalie en la mira.

—¿Por qué me cuentas esto? —Mi pulso se dispara, atrapado en la gravedad de su presencia.

Su mano se alza, los dedos rozando mi mejilla con una ternura que contrasta con la dureza de sus palabras. Me inclino hacia su toque sin pensarlo, como una planta buscando la luz.

—Porque no quiero que ese mundo te toque —susurra, su aliento tibio rozando mis labios—. Porque lo que tenemos es nuestro, sin máscaras, sin sus reglas podridas.

Sus manos enmarcan mi rostro como si fuera una obra de arte frágil, y cuando se separa para mirarme, veo algo en sus ojos que me desarma completamente: vulnerabilidad pura, sin filtros.

—¿Aunque vengas del mundo de Jason Wang? ¿Aunque tu familia espere que sigas sus reglas?

—Especialmente por eso —dice, con una intensidad que me hace temblar desde adentro—. Porque tú me ves. No mis apellidos, no mi cuenta bancaria, no las expectativas que otros han construido sobre mí. Me ves a mí. Solo a mí.

Cuando me besa, es como si el mundo se detuviera. Hay una desesperación dulce, y siento que estamos sellando un pacto en la penumbra dorada de la biblioteca. Sus manos bajan por mi espalda, memorizando cada curva, cada línea, presionándome contra él hasta que puedo sentir los latidos de su corazón contra mi pecho como un tambor de guerra.

—Léon —susurro, pero él me silencia con otro beso, más profundo, más urgente.

—No digas nada —murmura contra mi cuello, su voz ronca enviando ondas de calor por mi cuerpo—. Solo... quédate aquí conmigo. En este momento. Donde nada más importa.

Me levanta sin esfuerzo sentándome en el escritorio de lectura. Los libros abiertos se apartan en una cascada de páginas susurrantes, creando nuestro propio pequeño universo entre tomos de sabiduría. Sus manos encuentran el borde de mi camiseta de seda, pero se detiene, mirándome a los ojos con una pregunta silenciosa.

—¿Estás segura?

En lugar de responder con palabras, enredo mis dedos en su camisa y lo atraigo hacia mí. Esta vez, cuando nos besamos, es con una urgencia diferente. No es la desesperación del cuarto de limpieza, sino algo más profundo, más trascendente. Una necesidad de confirmar que somos reales, que esto es real, que en un mundo donde todo parece un juego de poder, hemos encontrado algo auténtico.

Sus manos exploran mi piel con una reverencia que me hace arquear la espalda. La luz dorada de la lámpara de lectura nos envuelve como un capullo sagrado, creando sombras danzantes en las paredes llenas de libros que parecen susurrar bendiciones ancestrales. Cada toque, cada beso, cada suspiro compartido es una pequeña rebelión contra las expectativas y las reglas no escritas de nuestros mundos.

La seda se desliza como agua entre sus dedos, y cuando finalmente estamos piel contra piel, es como si fuéramos dos almas reconociéndose después de siglos de búsqueda. Sus labios trazan un mapa de besos por mi cuello, por mi clavícula, por cada centímetro de piel que se ofrece a su adoración.

—Eres perfecta —susurra contra mi oído, y la manera en que lo dice, con esa voz ronca de deseo, me hace creer que es verdad.

Cuando finalmente nos separamos, nuestras respiraciones entrecortadas llenan el silencio de la biblioteca como una sinfonía íntima. Léon apoya su frente contra la mía, y puedo ver gotas de sudor brillando en su piel como pequeños diamantes.

—No va a ser fácil —dice, su voz recuperando lentamente la gravedad—. Mi familia, las expectativas, el mundo al que pertenezco... todo se va a interponer.

—Lo sé —repito, pero esta vez sonrío con una certeza que me sorprende—. Pero también sé que vale la pena luchar por algo real.

Me mira como si acabara de descubrirme, como si viera algo en mí que lo sorprende y lo asusta a la vez.

—Eres peligrosa, Valérie Dupont —dice, con una sonrisa que me derrite desde adentro—. Más peligrosa que cualquier máscara o cualquier juego de poder.

—¿Por qué?

—Porque me haces querer algo que nunca pensé que podría tener. Algo real. Algo mío.

Nos besamos una vez más, despacio, como si quisiéramos memorizar este momento en cada fibra de nuestro ser. Porque sabemos que fuera de estas paredes, fuera de este círculo de luz dorada entre libros centenarios, nos esperan las complicaciones del mundo real. Pero por ahora, en este rincón secreto de la biblioteca, somos solo Léon y Valérie. Sin apellidos, sin expectativas, sin máscaras.

Solo nosotros, y la promesa silenciosa de que lucharemos por mantener esto real, sin importar lo que el mundo trate de imponer sobre nosotros.

En la distancia, el reloj de la biblioteca marca las once. Pero el tiempo aquí parece haberse detenido, suspendido en este momento perfecto donde solo existimos nosotros dos, y la certeza de que hemos encontrado algo que vale la pena defender.